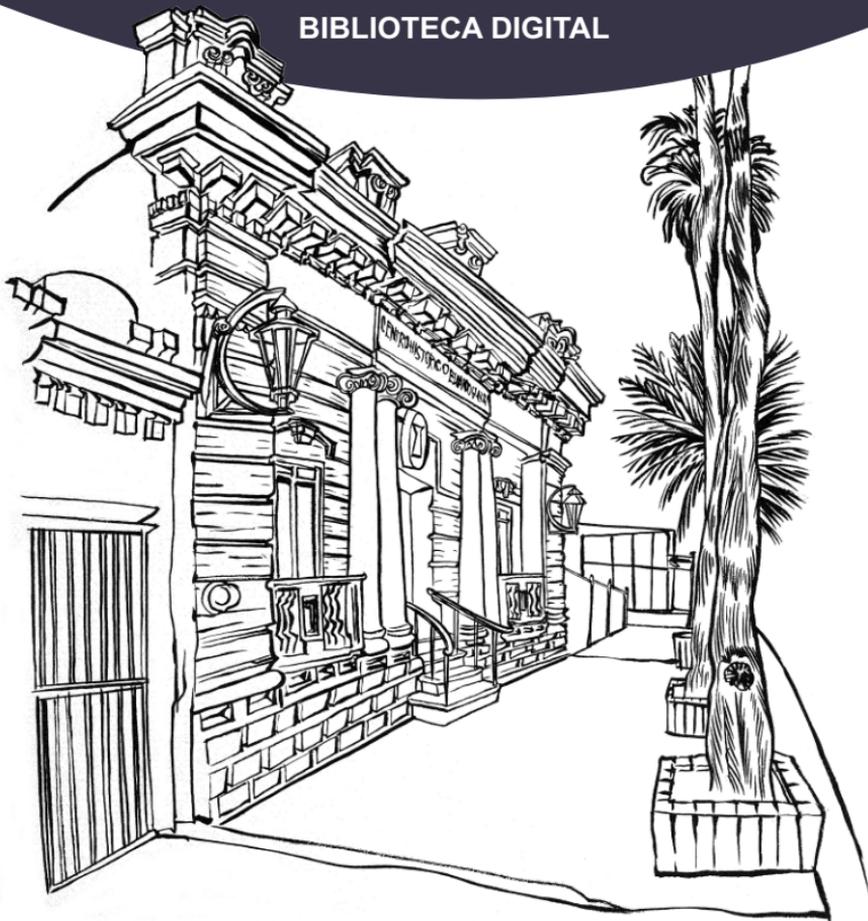




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

MAGDALENA MONDRAGON



Yo, como pobre...

NOVELA

Editorial

"PAPEL DE POESIA"

Magdalena Mondragón

Es originaria de Torreón y se inició como periodista en esta ciudad.

Muy joven incursionó en el periodismo a nivel nacional; es la primera mujer que cubrió las fuentes policíacas y oficiales y es también la primera que ha figurado como directora de un periódico en el país.

Colaboró en La Prensa durante 30 años y ha colaborado con casi todos los diarios del país. Durante doce años dirigió el Boletín Cultural Mexicano que fue publicado en inglés, francés y español con circulación en todos los centros culturales del mundo.

Se inició como novelista con *"Puede que'l otro año"*, en el que desarrolla el tema del agricultor lagunero y que fue premiado por el Ateneo Mexicano de Mujeres; *"Norte Bárbaro"*, con el que se inauguró la primera imprenta en Baja California Sur; *"Yo, como pobre"*, traducida al inglés por Samuel Putnam y recibió la nominación del Libro del Mes por el Club del Libro Americano; *"Más allá existe la tierra"*, traducido también al inglés por Jerry Hennifin del Time Magazine; *"El día no llega"*, considerada por los críticos como la novela que revoluciona en América Latina; *"Tenemos sed"*, recibió Premio Nacional de Literatura; *"Había un espía"*, publicada con el seudónimo de Selma Seminareff; *"Mi corazón es la tierra"*; *"Lo divino no es humano"* y como inédita posee *"Juego de Pasiones"*.

En teatro ha escrito *"Cuando Eva se vuelve Adán"*, considerada la mejor obra de 1938; *"La sirena que llevaba el mar"*, estrenada en Bellas Artes y obra inaugural del teatro Virginia Fábregas; *"Torbellino"*, escenificada varias veces; *"El mundo perdido"*; *"No debemos morir"*; *"El choque de los justos"*, editado por el INJUVE; *"Porque me dé la gana"*, por la que se signó contrato con la Idissay Press de Nueva York; considerada obra de texto de literatura mexicana en las universidades de Norteamérica y Filipinas.

YO, COMO POBRE...

PRESENTACION

UN DIA, una jovencita procedente de Torreón llegó a la ciudad de México. Para una mujer es más difícil conquistar a la gran ciudad.

Además, la época era de lucha por crear las estructuras de un país postrevolucionario. Corrían los años treinta. La joven lagunera, hija de un destacado médico, que además fue presidente municipal de su solar nativo, se dedicó a una de las actividades que pudieran parecer más complejas para una mujer en aquellos tiempos: el periodismo. Magdalena Mondragón fue la primera periodista mexicana.

La joven reportera se dedicó pronto a una escritura menos perecedera que el periodismo. El teatro ocupó sus afanes. Logró que compañías profesionales de la metrópoli montaran su obra *Cuando Eva se vuelve Adán*, que logró buenos elogios de la crítica.

No conforme con ser periodista y dramaturga, la joven de Torreón emprendió la difícil tarea de escribir novelas. Sus tiempos libres los dedicaba seguramente a escribir poemas de una rara belleza y perfección.

Muy bien puede considerarse a Magdalena Mondragón como la iniciadora de la novela moderna de tipo social en México. *Yo, como pobre* fue seleccionada por la crítica norteamericana como la novela del año en 1944.

Su obra y nombre han sido recogidos por las más importantes editoriales del país. En mi opinión Magdalena Mondragón, aunque es reconocida por sus colegas y la crítica; merece estudios más concienzudos de especialistas que, de una vez por todas, le den el lugar que merece en la literatura mexicana.

La edición de este libro es un mínimo homenaje de sus paisanos para quien tanto reconocimiento merece.



Apunte de *Magdalena Mondragón*,
por Aurora Reyes.

I

COMO GUSANOS que brotan del fondo de la tierra, así los hombres que viven de explotar la basura se levantan con toda su miseria humana para confundirse en la lejanía con los pequeños arbustos y con los perros; con los zopilotes y con la pala que llevan en las manos.

Entre la niebla espesa de las cinco de la mañana, los ojos asombrados contemplan un mundo distinto. En todos los sitios el amanecer es como un espejo que refleja la luz; pero aquí en los basureros, entre el vaho suave que despide la tierra; entre la nebulosa del humo de las pequeñas fogatas que el hombre ha hecho para defenderse del frío, todo tiene apariencia de podredumbre y de muerte; de desolación y de ruina; y el hombre, sin erguirse para mirar el horizonte, empieza el día, sigue las horas con los ojos clavados en el suelo.

Hombres y bestias se confunden y de las pequeñas arcas de Noé de los jacales todo sale menos una paloma mensajera de paz. No hay ramas de olivo y el corazón de los hombres zozobra como pequeña barca en ríos turbulentos de angustia.

Lo más importante de estos hombres son las manos; y así vistas a poca distancia, las figuras inclinadas tienen apariencia de orangutanes; el mundo salvaje de la miseria está ante nosotros, y toda la magnitud de la bestia que lucha para no perecer, se engrandece al pulverizar, en los hombres

que habitan los basureros, todo el sentido de la belleza.

Lejos, en el horizonte que el hombre domina a veces en forma interrogante, avanza el camión de la basura como nuevo tanque de los tiempos modernos, con todo el detritus de la metrópoli.

Gris el camión, llena con su bamboleo provocado por el camino pésimo la anchura limitada de éste, y como si la guerra hubiera comenzado en forma cruel e inaplazable, todos los hombres, los niños, las mujeres que son los moradores de los basureros, en los cuales tienen su prisión, su raíz y su esencia, forman automáticamente una fila homogénea, ansiosa.

En el silencio retumba el grito:

—¡Que viene la basural!

Como por encanto, de los jacales misérrimos salen más habitantes. ¿En dónde pueden caber todos estos seres si sólo cuentan con limitado espacio? Pronto se posesionan de la podredumbre y los brazos, como ramas secas, se levantan saludando a los muchachos del camión.

—¡Cuidadooooo!—Gritan estos porque ya en enjambre los chiquillos se han colgado, como pequeños monos, de las tablas que forman el cuerpo del vehículo y la basura cae en grandes racimos sobre sus manos y sobre sus brazos; pero ni la mugre ni el olor asfixiante parecen lastimarlos.

—¡Cuidadoooo!—Grita de nuevo el camionero; pero todo es inútil. Ya los chiquillos en imponente avalancha se encuentran casi en la cúspide del cerro de basura, y el ayudante del camionero, que está de pie sobre la inmundicia, procura mantener mejor el equilibrio abriendo ambas piernas y se inclina solícito, para ayudar a los niños a subir mejor. Ocho, diez muchachos libran la primera batalla que los hombres del camión contemplan sonriendo. El motivo del pleito, es por lo regular para que el más fuerte se lleve las mejores piezas: gallinas podridas, latas descompuestas, alimentos en perfecto estado de putrefacción. Pero es el tesoro de los basureros, el pan nuestro de cada día de los hombres que están podridos antes de morir y que sin embargo conservan la vida de milagro; es la riqueza que alimenta a los moradores de estas nuevas catacumbas donde aunque abunda el sol todo parece envuelto en sombras.

Del jacal más apartado sale una mujer con un niño en los brazos; un hombre la acompaña y tras de ellos, como

pequeñas sombras, aparecen los hijos: Augusto, Enriqueta y María.

El jefe de la familia, Damián Rodríguez, mira a sus hijos con severidad. No acudieron a tiempo para alcanzar el camión.

—Corran, dice, corran al tiradero a ver si es posible que alcancemos algo.

Los niños corrieron presurosos y junto con sus padres se lanzaron como nuevos buzos en todos los mares de la inmundicia, para recoger vidrio, pedazos de trapo, “escamocha”, es decir, comida de la que ha sido arrojada a la basura por inservible, y que forma una especie de engrudo multicolor en que flotan como pequeñas lombrices los tallarines podridos; los granos de arroz, semejantes a bolitas minúsculas llenas de pus; y la carne verde y lamosa parecida al cuerpo abotagado de hombres que se ahogaron y aparecen hinchados y próximos a reventar después de muchos días de su desaparición.

La actividad de todos es interesante. Ahora el campo invadido por la basura es como un enorme hormiguero. Junto a los mayores, los muchachos cuya edad es indefinida pero fluctuante en apariencia desde los siete hasta los doce años, buscan todo lo recogible, ayudados por palos de escoba con un pequeño gancho en la punta.

Cada uno de los pepenadores lleva un costal que coloca al lado. El costal, semejante a una boca enorme de labios abiertos en forma de “o”, traga todo: desde el papel que enganchado en la punta del hierro de la escoba del pepenador forma un pequeño semicírculo trazado de la basura al costal, hasta pedazos de trapo sucio. Papel y trapo son las cosas más codiciadas, las que se pagan mejor.

En perfecto orden, todos los hombres que viven de la basura se colocan como soldados en su puesto, y no hay disputas; el trabajo se ha repartido de acuerdo con los derechos adquiridos por cada uno, y así, los muchachos más pequeños ateniéndose a su propio derecho de herencia, ya que el puesto se adquiere de padres a hijos, son los dueños del papel; otros, el vidrio; algunos más del cartón, y así sucesivamente se va repartiendo todo, no al más fuerte, sino al que tiene más derechos de acuerdo con su tiempo de vida y trabajos en el basurero.

Damián Rodríguez, con sus hijos y su mujer, obtiene un

promedio diario de ganancias de tres pesos; no es una buena suma, pero el trabajo es corto: se junta el desperdicio de papel que luego se vende por kilos; el trapo, etc., y ésto da para comer. Después de la actividad de la mañana hombres y chicos quedan desocupados, entregados a sus propios pensamientos y al alcohol, ya que por la popular creencia no hay más remedio para el veneno que el contraveneno.

—¿Has juntado algo?—Dijo Damián Rodríguez a su hijo mayor.

Este, por toda contestación, le hizo una seña con la palma de la mano abierta, en que se apreciaban tres dedos en forma de abanico.

Significaba que había reunido como tres kilos de papel. La familia tenía divididas las tareas: la esposa de Damián, Julia, debía recoger todos los pedazos de platos rotos. Esto servía para llevar a cabo pequeños trabajos de alfarería; los chicos, el papel y el trapo; Damián, todos los desperdicios de fierro viejo, lámina, hueso, etc.

—El viaje de hoy no ha estado muy bueno, murmuró entre dientes Julia.

Su marido inclinó la cabeza. Todos buscaban arañando en el suelo. Y del montículo de basura ya no quedaba más que un círculo extendido en el que la familia formaba el centro. Habían acudido todos a este punto de reunión en forma radial, y estaban perfectamente seguros que nada quedaba ya por hacer.

En lontananza apareció un nuevo carro de la basura. Era el segundo viaje. Los hombres, mujeres y niños, se volvieron a formar en grupos compactos, en ordenadas filas. Todos llevaban su costal con desperdicios al hombro.

De lugares insospechados salieron más hombres, mujeres y niños, como una nueva oleada que lo invadiera todo. Parecían langostas que devoran cuanto se pone a su alcance; pero con una organización un poco animal, nadie peleaba por usurpar un puesto que no le correspondía.

Para asegurar la vida de las gentes que moran en los basureros, se dividen los viajes entre diferentes grupos, dejando completamente al azar los resultados; así a veces en el primer viaje que explotan en búsqueda profunda los buceadores privilegiados, se hallan cosas magníficas, de acuerdo con las necesidades y ambiciones de los seres que viven de la basura; en otras ocasiones, el viaje bueno es el segun-

do o el tercero.

Todos los días se juega al azar a ver a quien corresponde el primer viaje, etc., y de esta manera se evitan las discusiones. Los intereses de todos se encuentran completamente satisfechos.

El segundo grupo hizo exactamente lo que el primero. Y pronto, de los cerros de basura no quedó mucho: los zopilotes, los perros, los hombres, los niños, habían dividido hasta lo infinito la basura y toda se encontraba perfectamente encostada: una en los sacos, otra en los cuerpos de los zopilotes que en bandadas enormes y negras entablaban amigable competencia con los hombres y tomaban su parte correspondiente; la demás en los estómagos de los perros.

Mira, dijo María, una de las hijas de Damián, conversando con su hermana: ya está aquí el Perchas. Las dos rieron sonoramente. Habían bautizado así a un zopilote enorme, cuyas alas negras tenían reflejos tornasolados, porque se metía de tal modo entre la basura, que casi siempre se le quedaba un pedazo de ésta, a manera de corbata, sobre el cuello largo y color de rosa.

Aquello hacía tanta gracia a las niñas, que iniciaron amistad con el zopilote, amistad que culminó en estrecha camaradería.

La confianza llegó a extremos tales, que el zopilote jamás se posaba en otro sitio que cerca de las niñas, a las que contemplaba con sus ojos envueltos en círculos ardientes, en una forma bastante peculiar: diríase que entre las niñas y el ave se sostenía un duelo.

—¿Por qué juegan con esos animales asquerosos? Preguntaba el padre a las niñas, pero éstas contestaban ingenuamente:

—¿Por qué son asquerosos?

—Porque se comen a los muertos. Viven principalmente de los muertos.

Aquello enmudecía a todos; pero al día siguiente las niñas iniciaban su trabajo y buscaban en el horizonte al Perchas. Este trazaba círculos exactos, divisaba a sus pequeñas amigas desde lejos y se posaba junto a ellas, abarcándolas con la vista siempre haciendo gala de una contemplación peculiar.

—Ese animal me da miedo, solía decir a veces Julia, estreme-ciéndose.

—Calla, no seas tonta.

Había otros zopilotes cerca, pero el Perchas era el consentido de las chiquillas. Llegaron en su confianza al extremo de que cuando el animal se juntaba a ellas, le saludaban cariñosas:

—¿Qué tal Perchas? ¿Cómo amaneciste hoy? Toma, a ver si eres bueno para capearlas.

Le arrojaban pequeños desperdicios, y una que otra vez a manera de pasatiempo, le lanzaban sobre el cuello la basura que se le adhería en forma de corbata.

Alguna vez se apartaron de él con cierto miedo, porque uno de los camaradas, el perro Cenizo, murió; los niños tuvieron que arrojarlo a la basura, pero no sin antes quitarle la piel, que era vendible.

Descubrieron luego que también era indispensable conservar el cuerpo del perro porque sería utilizado en la elaboración de grasas. En total, todo el cuerpo del perro Cenizo valía cuarenta centavos; pero cuando quisieron rescatarlo de la basura para ofrecerlo en venta, descubrieron una cosa horrible: el Perchas metiendo el pico a manera de cuchillo, devoraba a grandes trozos a su excamarada. Los niños pudieron ver con terror como el zopilote hincaba el afilado pico primero en los ojos, causando un vuelo de cientos de moscas; enseguida atacó el estómago en que las tripas quedaron al descubierto, confundándose en forma impresionante el cuello sonrosado del zopilote y los intestinos del animal, delgados y brillantes.

Los niños miraban la escena como hipnotizados. Cerca, la piel del perro quitada limpiamente, presentaba un espectáculo curioso: las pulgas y las garrapatas dándose cuenta de la muerte, no encontraban sitio y mientras las garrapatas movíanse despacio como pequeñas arañitas rojas, las pulgas dando saltos enormes, buscaban seguro refugio en los vestidos y los cuerpos de las pequeñas.

Estas, olvidadas del perro, y riendo a carcajadas, daban saltos también, jugando una curiosa competencia con las pulgas.

Damián y su mujer, contemplando a los zopilotes y principalmente al Perchas, murmuraron:

Un día de estos nos van a devorar a nosotros.

—Siempre en épocas de lluvias, contestó Julia, cuando el hambre nos acosa a todos, pienso que nos atacará esta turba

negra.

Sin saber por qué, sin poder precisar su miedo, pero temiéndolo y experimentándolo profundamente, la mujer levantó el palo y espantó a los zopilotes. Estos alzaron el vuelo poniendo sobre el firmamento extrañas manchas negras.

Damián y su mujer, en silencio, abandonaron el basurero que les correspondía y se unieron a los compañeros que des-poblaban ya el campo mientras otros buscaban incansables entre la nueva basura arrojada por el segundo camión.

Eran las ocho de la mañana. Dentro de unos instantes llegarían los agentes que compraban todo: vidrio, papel, trapo, lámina, latas vacías, etc. Estaban preparados para sostener una nueva pelea: la del regateo, la del robo que se les haría en el peso; y se aprestaron a la defensa: en los costales repletos de papel, pusieron pequeños terrones; en los de trapo, igual; mientras que en los que contenían vidrio utilizaban minúsculas piedras. Con ésto se compensaba todo: pero a veces la cosa no era tan sencilla: en vez de aceptar los costales por entero, a lo que pesaran, se vaciaba el contenido, y la mercancía que tenía revueltos demasiados terrones o piedritas, eran desechados. Entonces venía un nuevo trabajo: el de limpiar aquello y volverlo a encostalar si se deseaba hacer negocio.

Lejos se divisó un nuevo camión; tres o cuatro viajes eran los que se llevaban a cabo regularmente, ejecutándose cada uno con intervalos de una hora.

Bien sabían los moradores de los basureros que estos centros de desperdicio no eran todos iguales: había los basureros de las casas ricas y otros que solo abarcaban los barrios pobres; algunos que se llenaban con los desperdicios de las fábricas; pero los que más ganancias rendían eran los basureros de las casas capitalistas.

Todos los basureros, como por ironía, habían sido bautizados con nombres rumbosos: La Morena, La Jarana, etc.

Los choferes de los camiones estaban trabajando de tal suerte, que a cada cuatro camiones les correspondía recoger los desperdicios de una determinada zona.

Los basureros que formaban parte de las zonas céntricas o de las colonias ricas, tenían desperdicios a mañana y tarde.

Los camiones solo llevaban al basurero de los barrios pobres mercancías por las mañanas.

Como en todas partes del mundo, en los basureros la le-

yenda florecía en forma constante: se había escuchado de labios de pepenadores viejos que alguna vez un afortunado se encontró un brillante del tamaño de una nuez, entre la basura; pero todavía ninguno había podido contemplar con sus propios ojos semejante maravilla, ni muchísimo menos ser héroe de parecida aventura. Pero en el fondo, la esperanza seguía echando hondas raíces y los hombres, las mujeres y los niños, siempre buscaban no solo desperdicios comercializables, sino joyas, oro, una moneda de plata, un pequeño anillo; cuando se obtenía un modesto hallazgo de esta índole, era día de fiesta para la familia.

Casi siempre eran anillos corrientes, semidestrozados, cosas inservibles; ya lo mejor había sido recogido por los barrenderos que en búsqueda constante habían sujetado al examen de sus ojos de lince todos los desperdicios de la calle.

La familia se refugió en su casa. Era hora del almuerzo. Algunos de los desperdicios de comestibles fueron calentados en la pequeña fogata y la familia comió su pan sin felicidad pero sin pena. Comían para no perecer; solo que las vigiliias diarias no los espiritualizaron mucho sino que provocaron en todos una anemia peligrosa. Con las caras pálidas y las manos que presentaban distintas capas de mugre, la familia se apoderaba del alimento para llevarlo sin reservas a la boca. En el silencio de la mañana, sólo se escuchaba en el pequeño jacal el ruido de las mandíbulas impacientes y el sorbo constante como un silbido corto y molesto, del agua teñida de café.

De pronto, un olor imposible invadió el basurero. Era una peste insoportable que se adentraba hasta el estómago y ponía llorosos los ojos.

Sin querer, volvieron la cabeza. Como a cien metros de distancia la mole gris de varios camiones se desembarazaba de su carga: estiércol en plena descomposición que no había encontrado mercado por lo que era necesario almacenarlo al aire libre en el basurero más pobre de la metrópoli, bautizado con el nombre de la Morena y enclavado en la colonia de Santa Julia en una extensa hondonada del terreno.

Hasta que el estiércol no pudiera venderse y fuera recogido, impondría sobre la pequeña colonia una peste que causaría náuseas y obligaría a los hombres, a las mujeres,

a los niños, a escapar a la una de la tarde, cuando el fuego del sol al calentarlo alzara cortinas espesas de humo corrompido, vaho de podredumbre que sería insoportable en el basurero y en que la mezcla de todo el detritus llenaría el aire hasta hacerlo irrespirable.

Por desgracia, aquella mañana ni hombres ni mujeres ni los chiquillos podrían escapar. Era necesario vender la mercancía obtenida. Los compradores solo llegaban cada dos días y la gente necesitaba dinero.

Cierto era que les pagaban con vales que canjearían en tiendas de raya que como pulpos crecían dentro del propio basurero, y que en ellas se les esquilmaría; pero esclavos de la miseria, embotados por el alcohol y la podredumbre, los hombres no tenían siquiera la ocurrencia de abandonar su sitio, de llegar hasta la metrópoli en busca de trabajo; cuando más, aspiraban a ser barrenderos, pero aunque dejaran la Morena, siempre sería para recoger basura.

La vida los iba triturando y la juventud floreciente se agostaba pronto para convertir al hombre que maneja la basura en una piltrafa humana arrojada a la impiedad de los cuatro vientos, podrida antes de podrirse; porque los seres que han vivido entre la basura sienten que la basura, como la lepra, los aparta para siempre de todos . . .

II

ALLA VIENEN los compradores!
Los gritos partieron de distintos jacales, pero a pesar de que se lanzaron en forma estridente, sonaban apagados en una mezcla curiosa de dar a conocer la noticia y ocultarla.

¡Allá vienen los compradores!

Como por encanto, la apatía convirtiéndose nuevamente en actividad y haciéndose unos a los otros la competencia por acercarse los primeros, corrían trabajosamente sobre el terreno poco firme formado por capas de basura, con el saco lleno de desperdicios a cuestas.

Al borde de la Morena detuviéronse los automóviles de los agentes compradores de las grandes casas comerciales: de las fábricas de papel, de vidrio, borra, etc.

Movimiento semejante observábase a la misma hora en otros basureros de México, y los mil doscientos cincuenta pepenadores registrados oficialmente en el Departamento Central así como los setecientos cincuenta no registrados y que figuran como libres, ofrecían su mercancía: la basura de toda la metrópoli, a precios que no admitían competencia, porque desde hacía años se fijaron sin más altas ni bajas que las que llegaban a sufrirse por el mal tiempo, en que todos los pepenadores pasaban más hambre que la de costumbre.

Al mismo borde de los carros, esperaban los compradores

con las balanzas listas; y comenzó la venta.

Damián Rodríguez con su mujer y sus hijos fueron de los primeros en llegar.

Preguntaron por costumbre más que por otra cosa: ¿A cómo paga el papel?

Mecánicamente se les dió la respuesta: a cinco centavos el kilo.

Los precios eran standard: los pedazos de vidrio verde se pagaban a dos centavos el kilo; el trapo a cuatro; el casimir a treinta y a veinticinco; los botes grandes de lámina a diez centavos; las pieles de perro y de gato a treinta centavos, etc. De acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda estos precios, en determinadas épocas del año, sufrían alteraciones, para beneficio o perjuicio de los hombres de los basureros.

De los sacos fueron saliendo las innundicias, la pedacearía de porcelana, vidrio, casimir, hueso . . .

Nadie hablaba mayor cosa: los hombres con los ojos fijos en la balanza tenían reconcentrada la atención en que no se les mermara el peso de su mercancía; los mercaderes con la mano diestra palpaban los costales desde su base hasta la mitad, con el fin de que no se les diera otra cosa que la que se les ofreciera en venta.

El promedio diario de basura recogida resulta como sigue: treinta toneladas de trapo, cuarenta toneladas de papel, cinco toneladas de hueso; doce toneladas de vidrio. Todo ésto iba a parar para ser industrializado, a la fábrica de Papel de San Rafael, a la Nacional Vidriera, etc., y el trapo que era un artículo de los que dejaban más alto rendimiento, encontraba fácil acomodo en las numerosas fábricas de la metrópoli.

Quedaba por colocar la mercancía de los desperdicios comestibles; ésto era comprable casi siempre en los restaurantes de los barrios pobres en que por cinco centavos, por diez centavos a un hombre se le daba el lujo de adquirir un menú completo en que no faltaban el guisado fuerte, el dulce y el café.

Algunos de los comerciantes de las barriadas pobres, ya tenían hecho su arreglo con los pepenadores, de tal suerte que a la una de la tarde acudían con sus botes listos para recibir las naranjas a las cuales se les había quitado previamente lo podrido, e igual cosa se hacía con los limones, plá-

tanos, fresas, etc.; de estos productos saldrían las aguas frescas que tomarían los obreros que disfrutaban mal sueldo; los niños que padecen la eterna anemia que da el hambre y las mujeres que hacen juegos elásticos con los diarios jornales para permitirse, a veces, muy contadas, tomar a escondidas de la familia un pequeño vaso con jugo de naranja.

Después de ésto, a nadie extrañaba que durante las épocas de epidemia, la muerte levantara óptima cosecha en los basureros.

Puede asegurarse que en México las gentes tienen, aparte de una natural resistencia extraordinaria, una fortaleza física de primer orden; y así es como en los mismos basureros, después de luchar cuerpo a cuerpo con la miseria, con el hambre, con la enfermedad y con la muerte, los hombres que logran salir victoriosos de la lucha conservan una mirada orgullosa y una actitud que puede confundirse fácilmente con la indiferencia; pero que no es en el fondo más que el producto de una amarga y fuerte filosofía intuitiva de aquellos que por sus experiencias, la han adquirido en fuentes vivas e insustituibles. Y a tal grado se llega a amar a la vida, que ya nada importa morir.

Damián Rodríguez y su mujer recibieron el dinero y lo contaron varias veces. Siempre, después de cada operación, suspiraban. ¿Era de alivio? ¡No! Una pena honda les roía el pecho. No ignoraban la explotación, pero sentíanse incapaces de protestar por ella.

No ignoraban que los grandes negocios florecían por ellos y sólo por ellos. Tampoco dejaban de pensar a veces que para las grandes industrias los hombres de los basureros eran una basura más. Pero la metrópoli podía ver la luz del sol a través de vidrios transparentes formados con los desperdicios; los campos se llenaban de trigo, de frutos, de flores, con el estiércol, el hueso, etc., convertidos en sustancias de abono; los trapos viejos formaban la borra con la que se hacían los colchones en que cientos de gente recobraban energías y acariciaban dulces sueños; con las pieles de los perros y de los gatos muertos, las mujeres bellas lucían en la mano los bolsos en que escondían desde la borla con la que empolvaban su nariz en un gesto de coquetería, hasta las cartas del novio, del amante, del marido... Con el papel viejo se formaban las cajas de cartón que se utilizaban en distintas formas...

Y los hombres sonreían satisfechos. No es cierto que los habitantes de los basureros fueran inútiles. Sin ellos que aportaban diariamente el alimento de muchas industrias, éstas se verían incapacitadas para producir diferentes materiales y cientos de hombres perecerían, no tendrían trabajo para ellos ni pan para sus hijos.

Y los hombres de los basureros no se sentían inútiles; porque estaban convencidos mejor que nadie de que la renovación, signo verídico del no perecer, se hacía realidad tangible en sus manos por las que se deslizaba el río de la basura como fuente generadora de vida.

III

DAMIAN RODRIGUEZ miró con tristeza al cielo. Siempre lo hacía a cada nuevo amanecer por un deseo inconsciente de escapar al medio envidiando, sin confesárselo nunca, el aleteo de los pájaros que cruzaban en forma constante el firmamento. ¡Parecía tan fácil para ellos salvar las distancias! En cambio él estaba allí pegado a la tierra del basurero y sus raíces todas se encontraban afianzadas a esta tierra por lazos firmes iniciados por sus ancestros: su padre, su abuelo, su tatarabuelo . . . Todos habían vivido, sufrido y muerto allí. Alguna vez tuvo deseos de escapar; pero era como si todo el pasado se rebelase, como si al intentar romper la tradición traicionara a su propia sangre, se avergonzara del oficio de los suyos.

Claro que él deseaba para sus hijos otra cosa. El gobierno parecía querer ayudar a los pobres, a que sus hijos tuvieran al fin instrucción y él se juró a sí mismo que no dejarían de faltar ni una sola vez, a la escuela.

Grandes trabajos le había costado tomar esta decisión heroica; sabía que su esposa iba a protestar por razones económicas: sin el concurso de los chicos la familia veríase en apuros; pero en el fondo, estaba seguro de que Julia sentiríase contenta.

Aquella mañana el cielo pareció más brillante a Damián Rodríguez; y decidido a enfrentarse a esta situación insólita y novedosa en la vida de los basureros, descruzó las ma-

nos anudadas debajo de la nuca; dobló sus largas piernas y poniéndose en pie para dar más solemnidad a sus palabras, dijo:

—Julia, he decidido que los niños vayan a la escuela.

Su mujer no contestó. La sorpresa la había dejado muda. Cierto que el gobierno insistía diariamente, año tras año para que los chicos de los basureros asistieran a la escuela más próxima; pero casi nadie hacía caso de esto. La escuela quedaba lejos y los niños, aparte del perjuicio económico que con su ausencia ocasionaban al mermado presupuesto familiar, veíanse obligados a salvar largas distancias, desapareciendo de la casa por la mañana y no reapareciendo hasta por la tarde hambrientos, con la ropa hecha jirones y convertidos en pequeños diablos irresponsables; Julia, en el fondo, no quería despegarse de sus hijos, y pensaba, con ese afán de conservación que es base del carácter femenino, que los chicos contemplando de cerca la lucha y la miseria, el sacrificio y la pena de sus padres, formarían un carácter fuerte, sin egoísmos; pero también la instrucción era necesaria . . .

—¿Qué dices a ésto? murmuró Damián.

—Lo que tú quieras, contestó Julia, para evitarse opiniones; y aunque esta respuesta distaba mucho de satisfacer al jefe de la casa, ya que no quería para sí toda la carga de la responsabilidad siempre compartida con su compañera, contestó:

—Hoy mismo los “apuntaremos” para que asistan a las clases.

—¿Pero los aceptarán?

—¿Y por qué no han de aceptarlos?

—Ya ha pasado la época de la matrícula.

—Bien, bien, hoy mismo me informaré de todo, y mañana, Dios mediante . . .

—Habrá que comprarles útiles.

—Venderemos el cochino.

—Y ropa . . .

—Para todo alcanzará . . .

¿Quién va a ayudarnos en la pepena?

Damián quedó por un instante silencioso. Su esposa había puesto el dedo en la llaga. El presupuesto familiar disminuido, la familia disgregada. Ya no verían a los pequeños más que por la tarde y un rato, al amanecer. Solos, co-

mo al principio de su caminar por la vida, él y Julia comenzarían la dura jornada sin las ilusiones que tuvieron al principio.

Recordó Damián durante un minuto cuánto había amado a su esposa. ¿La amaba todavía? Desde lo íntimo de su ser una ternura inmensa le subió hasta los labios. Habían luchado demasiado juntos, solo que sabían ahora de sobra que la lucha cruenta, implacable, no les proporcionaría dinero, liberación ni más felicidad que la del pobre deber cumplido; y seguían inclinados sobre el suelo, en el cumplimiento íntegro de su trabajo pero sin la misma fe.

—¿Quién va a ayudarnos en la pepena? —murmuró de nuevo, quedamente, Julia.

Damián alzó los hombros y luego dijo, despacio: —Todo se arreglará a su tiempo.

Julia quedóse mirando un instante a su marido y luego con voz queda pero firme, expresó:

—A la escuela sólo podrá ir Augusto. Las niñas tendrán que permanecer en casa.

Sin hablar más sobre el problema, la familia se dispuso a desempeñar el diario trabajo, siempre el mismo, siempre monótono y que ponía entre ellos y el mundo una cortina de basura.

Ya por la tarde, Damián se dirigió a la escuela más próxima, inscribió a su hijo, pidió datos sobre los útiles necesarios que había que comprar, y tuvo que sufrir la vergüenza de pequeñas observaciones hechas por parte de la profesora, la que mostróse descontenta de que a pesar de que el mayor de los niños contaba nueve años de edad, no había sido enviado antes a la escuela.

IV

JULIA ERA una buena mujer. Alta y enjuta tenía durante las madrugadas, hora en que solía levantarse la primera, una apariencia de bruja o de espantapájaros. Su rostro consumido por las hambres, estaba surcado de prematuras arruguitas, de tal suerte que sus mejillas tenían la apariencia de uno de esos mapas que hacen las delicias de los chicos por sus múltiples líneas que indican ríos y montañas. Efectivamente, cada línea en el rostro de Julia significaba hambre y dolor. En su cara, mejor que en las líneas de su mano, una gitana hubiera podido adivinar su suerte.

Era siempre la primera en levantarse y la última en irse a la cama. Lo vigilaba todo y parecía en vez de una mujer, varias mujeres multiplicadas. Nunca se quejaba, ¿para qué? Sabía desde largos años, que las quejas son inútiles. Era un árbol que no tenía necesidad del viento lastimero para deshacerse de sus hojas secas . . . Estas caían en silencio, en lágrimas que como el agua sobre la tierra, eran absorbidas rápidamente por sus mejillas cubiertas de mugre.

Julia fue en un tiempo una bella muchacha. Ya hacía muchos años de eso. Entonces la vida era plana como una llanura inmensa y sin tropiezos. Solía reír a cada segundo en forma tal que la gente volvía la cabeza para saber de donde salía aquel grito casi salvaje de alegría. Era feliz. ¿Ahora? También lo era. Pensaba con una filosofía profunda que la vida no es un pastel de novios en que las gentes

pueden hacer de moscas.

Sí alguien le hubiera pedido una definición de la vida, hubiera dicho como quien escupe un salivazo amargo: la vida es un basurero; pero en la basura, como en los pasteles de boda, también existen las moscas a millares. Y eso es la vida: pastel de novios y basura. Dulce y amarga, contradictoria y magnífica. Círculo cerrado por donde brincan los hombres como perritos amaestrados.

Alguna vez su hijita le preguntó a Julia: Mamá, ¿también aquí en el basurero existe Dios?

Julia contestó: —El padre José dice que Dios está en todas partes.

La niña comentó: —¿Pero en dónde está que no lo veo?

Pero sí . . . también debía existir Dios allí. ¿A qué infierno o a qué cielo se irían los caballos y los perros muertos, y el alma de todas las cosas? Sí; también las latas vacías y los platos rotos debían de tener un alma. Después de todo las cosas inorgánicas son como las orgánicas: poseen una vida especial, distinta pero idéntica en el fondo, toda llena de movimiento y encadenada sólidamente al universo. Los platos rotos, Julia y sus hijos, y la estrella lejana tenían cierta similitud y formaban una cadena imprecisa; por eso en las noches el plato roto adquiría brillo semejante a luciérnaga minúscula. Los ojos de Julia cintilaban y la estrella en lo alto se oscurecía un poco en la magnificencia de la noche. ¡Y sin embargo, los platos rotos, Julia y la estrella estaban unos tan lejos de los otros! Comprendía entonces, como nunca, que existían mundos distintos y personas y cosas diferentes.

La vida la seguía inquietando con todos sus misterios y sus labios aún redondos y tímidos, temblaban de emoción cada vez que sus ojos descubrían cualquier cosa como pequeña brizna en la tierra. Poseía aún la curiosidad optimista de raíz vital que la obligaba a ser orgullosa sin petulancia.

Julia era mujer fuerte. Damián se quejaba en muchas ocasiones; su mujer, no. Cuando se casaron, él tenía esperanzas de aprender un oficio, de independizarse. Aún ahora, al transcurso de los años solía expresar con desesperación, cuando por las noches íbanse a la cama:

—Esta pobreza es como una trampa. Te sientes cogido en ella. Tú fuiste para mí como el queso que les ponen a las

ratas. Por ti y por los muchachos estoy en esta trampa absurda de la miseria y ya no saldré jamás de aquí.

Su mujer le decía cortante: —Cállate, Damián.

—Es verdad, es verdad, gemía como un chico. Julia le pasaba a su marido la mano por los cabellos y lo cobijaba como si fuera un hijo más. Solo ella era la fuerte. Hacía años que Damián se quejaba. Al principio, nunca aceptó que ella formara parte del basurero. Deseaba que su mujer permaneciera en la casa, en una especie de reinado en que solo campeaba el hambre. Después, Julia, sin hacer caso de las protestas de Damián y de sus continuas quejas, lo acompañaba hasta el cerro de la basura.

—Hay que escalar la montaña, solía decir Julia, riendo. Todavía como cuando tenía quince años, de vez en vez soltaba su alegría semejante a un papalote de colores.

Con su optimismo acostumbrado, tuvo muchas veces la fuerza suficiente para hacer chistes sobre el escalamiento de la montaña de basura y obligaba a sus hijos a levantarse temprano para "ir a hacer músculo".

Los chicos se restregaban los ojos, volvían el pequeño cuerpo hacia el otro lado; pero su madre impaciente, los zarandeaba de nuevo, no sin acordarse de su marido que para ella era como un chico más. Y de esta manera comenzaban usualmente las tareas penosas, sin pesarles demasiado la miseria sobre los hombros.

Por eso Julia todavía seguía en pie, esbelta, alta y derecha como el palo mayor de un buque que sabe cruzar los mares.

Era profundamente piadosa, a grado tal, que todo lo que no fuera católico, estaba considerado absolutamente como malo; era papel de desperdicio, basura que solo se podía utilizar como leña del infierno.

Por las mañanas, Julia siempre tenía valor para cantar hermosas canciones, que a su vez escuchó a su madre y que su madre oyó de labios de su abuela. Por las noches, con las mismas canciones, arrulló muchas veces a sus hijos.

Julia era una buena muchacha. Su bondad era cosa común y corriente entre las gentes que habitaban los basureros; y unos a otros se la recomendaban como la mejor medicina en casos de enfermedad o de apuro.

Con frecuencia ayudó a muchas mujeres a traer a este mundo a sus hijos y no fue raro para su propia familia ver-

la aparecer a media noche, con los vestidos más sucios que nunca, la frente sudorosa y las manos llenas de grasa, satisfecha por haber hecho llorar mediante la clásica nalgadita a otro ser que arribó a este mundo, con su ayuda. Muchos de los niños de los basureros sintieron la primera caricia cuando los tomó Julia entre sus manos abiertas para recibirlos al pie mismo del sexo de la mujer que les dio la vida.

Numerosos chicos fueron salvados cuando ansiosos por comer pedazos de pescado podrido, se tragarón las espinas al mismo tiempo. En esas ocasiones, allí estaba el dedo providente de Julia, que se hundía como un azadón o como una pinza milagrosa en las profundidades de la garganta, hasta que el chico lograba deponer lo bastante para recuperar la alterada salud.

Entre la gente que habitaba los basureros la mayor parte eran católicos pero había una que otra familia protestante. Julia nunca quiso saber de ello hasta un buen día en que el cabo de pepenadores, por diferencia con el jefe de una de estas familias, ordenó que se les arrojara de los basureros. Esto que para muchos hubiera sido la salvación, para aquellos infelices de los Mendoza constituía el desamparo más terrible. El padre estaba parálítico y los hijos todavía eran demasiado pequeños. La madre se encontraba enferma de un mal parto.

Julia lo supo y ya no se quiso enterar de otra cosa ni de recordar ninguna religión, más que la de la ayuda al prójimo. Fue en balde que Damián, como tantas otras veces, le dijera: mujer, estas metida en otro lío. Julia tomó su rebozo, distribuyó las labores más perentorias del hogar entre sus hijos, y se fue a meter de nuevo dentro del jacal de sus vecinos, al hombre parálítico, a la mujer enferma de un mal parto, a los niños desamparados, y a los dos o tres muebles viejísimos que componían el menaje de su pobre hogar.

Cuando el jefe de los pepenadores llegó, Julia se encaró a él, le dijo dos o tres verdades, lo amenazó con los puños y con quejarse ante "las autoridades superiores". Esto fue el toque de la desbandada. Cuando triunfó sobre su contrincante, los vecinos lo dudaban. El jefe del sindicato era hombre de pelo en pecho que estaba acostumbrado a imponerse a bofetada limpia; pero Julia le descubrió el secreto de su debilidad: las autoridades superiores... Desde entonces, volvió a su casa convencida de que los protestantes,

como cualquier otro ser humano, tenían derecho al sufrimiento.

—¿Sabes? —comentó un día con su marido— Rosita es una buena mujer. —Pero es protestante... dijo con sorna Damián.

Julia siguió lavando los trastos; pero al terminar, ordenó al más pequeño de sus hijos que llevara unos pocos de frijoles a la familia del paralítico.

En tiempo de invierno no era raro verla subida sobre el techo de la pequeña casa, con las manos llenas de pelotas de lodo que iba acomodando en las hendiduras anchas, por las que en tiempo de lluvias se filtraba el agua en cascadas. Alguna ocasión tuvo ánimos hasta para blanquear las paredes y otra vez cuando disfrutó de cierto respiro, formó con tablas viejas una cama angosta para que sirviera de lecho a sus dos hijas pequeñas que desde aquel día ya no durmieron más sobre el suelo húmedo.

Las habilidades de aquella mujer eran el alma de la familia. Nadie supo nunca en qué forma Julia estiró los escasos dineros, convirtiendo en elástico cada centavo; ni fue posible enterarse de los secretos que poseía para no desperdiciar jamás un pedazo de trapo o un grano de maíz. En sus manos todo se convertía en cosas útiles. En alguna ocasión tuvo la idea descabellada de tener un criadero de gatos para vender luego las pieles. Damián rehusó esta idea; pero Julia con un tesón magnífico inició esta industria de nuevo cuño que le dejó pingües utilidades.

En muchas ocasiones los crío demasiado pequeños morían asfixiados entre la basura. De las tres parejas iniciales Julia obtuvo como cincuenta gatos de buen tamaño y gordura, hasta que el sindicato se vio precisado a intervenir para poner punto final al criadero.

—¿Por qué? —dijo Julia.

La pregunta fue ampliamente contestada. Los vecinos habían protestado y con razón. Aquel ejército de animales mermaba las utilidades de todos, al consumir gran parte de los desperdicios. Además, si Julia no exterminaba o vendía a todos sus gatos, los vecinos amenazaban con formar criaderos semejantes.

La idea aterrorizaba a muchos. Era en realidad espantoso que las gentes fueran fastidiadas por los felinos. Además, corrían muchas leyendas sobre los gatos. Eran capaces de

engullirse a las gentes, principalmente a los niños pequeños. Constituían un peligro en tiempo de lluvias cuando la alimentación escaseaba, pues entonces los gatos, atenaceados por el hambre, atacarían a los seres humanos. Los gatos, además, eran utilizados por las brujas y en cierta forma representaban a Satanás sobre la tierra.

Julia resistió todos los argumentos: la envidia de los vecinos, el peligro de una reproducción demasiado rápida y numerosa; los probables ataques de los gatos contra los seres humanos en tiempos de hambre . . . pero el papel que se le asignaba de representar a Satanás sobre la tierra, le inspiró un serio temor. Era indudable que ella como el jefe del Sindicato tenía sus debilidades: aquel temía a las autoridades superiores y ella era una mujer de conciencia que deseaba estar conforme para entrar con pie firme en el más allá. A escondidas, una noche ordenó a Damián un asesinato colectivo de los felinos. Esta proposición no le agradó mucho a Damián. Ciertamente que concedió razón a sus vecinos, pero se atrevió a exponer una leve argumentación a su esposa. Julia guardó silencio; pero como él insistiera, ella con voz melancólica contestó:

—Dicen que representan a Satanás . . . y tú ya sabes, ya conoces mis sentimientos en materia de religión y de otras cosas.

Damián guardó prudente silencio. De sobra sabía por experiencia propia que cuando su mujer se escudaba en lo que ella calificaba sus "sentimientos" era capaz de hacer los más enormes sacrificios con el más indiferente y clásico de los estoicismos. Así pues, no hubo más remedio que matar a los gatos.

Durante la noche se oyeron alaridos de pavor, que se diferenciaban en poco a otros alaridos semejantes pero de notas profundamente disímiles, y que hacían que en las noches de luna los hombres y las mujeres que todavía se permitían de vez en cuando sueños románticos, tuvieran un estremecimiento nervioso e íntimo que les subía desde las profundas raíces de la vida y que los conectaba ampliamente con la voluptuosidad.

Por la mañana los chicos se encontraron la casa desierta de gatos. A las preguntas que hicieron sobre donde se encontrarían los felinos, sus padres tuvieron una mirada tan culpable, que los niños, con esa intuición maravillosa de la

infancia, guardaron silencio.

Poco después, como obedeciendo a una consigna, sin decir una palabra, protegieron, escondiéndolo cuidadosamente, a un pequeño gato que se libró de la matanza y que se encontraba hecho un ovillo en el rincón más oscuro del cuarto.

Como un paquete misterioso, el gato pasó de mano en mano y así fue llevado hasta la carretera. Los chicos, formando un grupo silencioso se llevaron al minino hasta el sitio más apartado y su ansiedad les aconsejó ordenarle quietud y sobre todo discreción. Pero fue en balde. Los maullidos hambrientos del gato los siguieron plañideramente y Julia llena de impaciencia al descubrir el juego de sus hijos, tuvo una sonrisa melancólica.

—¿Por qué esconden al gato?

Los niños guardaron silencio, hasta que el mayor tímidamente se atrevió a preguntar:

—¿No lo venderás ni lo matarás? Es . . . es como uno de nosotros.

Julia accedió con silencioso ademán de cabeza y para demostrar su buena disposición, intentó acariciar al felino; pero éste con la pequeña cola esponjada dio un salto maravilloso y se puso fuera de su alcance. Por la noche Julia le dijo a su marido:

—¿Sabes, Damián? Pienso que hay un malentendido. Antes yo creía que los gatos representaban a Satanás, pero ahora yo creo que soy yo la que tengo metido el demonio en el cuerpo.

—¿Por qué?

—Porque al verme esta mañana, el único gato superviviente, huyó de mí como si yo fuera el diablo. Comulgaré, no tiene remedio, comulgaré. Una vez en paz con su conciencia, Julia meditó como otras muchas veces si el mismo Dios que le servía a ella de consuelo en sus tribulaciones, habría acogido con piedad el alma de todos los gatos. Por muchos días sintió remordimientos, pero luego pensó que los gatos, como las gentes, los platos y las estrellas formaban mundos distintos e inmortales.

Durante muchas noches el maullido de los gatos le hizo subir a lo largo de su espalda un estremecimiento profundo de miedo indescriptible muy semejante al estremecimiento y temor hondísimos que causa la verdadera voluptuosidad.

V

A DAMIAN LE GUSTABA jugar a la política. Damián era alto y delgado como su mujer, pero no disfrutaba de bellas complicaciones. Sencillo, sin tontería, era capaz de montar en cóleras absurdas por motivos baladíes, pero las palabras airadas que subían en torrentes hasta sus labios, a los pocos instantes se convertían en suave espuma.

Incapaz de odiar ni de tener rencor contra el mundo, permanecía infantil en muchos de sus aspectos, en forma tal, que era capaz de ilusionarse como un chico con los cuentos más bobos que le espetara cualquier hijo de vecino.

El y Julia llevaban catorce años de casados. Al principio soñó en conquistar el mundo para ella; luego vio que una cosa son los sueños y otra muy diferente los obstáculos distintos que son naturales en la vida; y comprendió que aunque no le faltaba ambición, carecía de la fuerza indispensable para saltar esos obstáculos que a su debilidad le parecieron infranqueables. Y terminó por sentarse en el camino.

No se lamentaba mucho, pero sí estimaba que la pobreza es una trampa de la que el hombre sale con dificultades inmensas. A pesar de su escepticismo, sus ojos abiertos con ingenua alegría siempre formaban una "o" de sorpresa graciosa cuando alguien le contaba cosas. Para Damián todo era nuevo. Todo, desde el cielo hasta los cuentos chinos.

En muchos días su mujer se impacientó con él; en otros lo riñó cariñosamente por esta falta de sentido práctico;

pero nunca dejó de amarlo con profunda ternura. Y ésto era lo único verdaderamente bello: el amor que ambos se tenían y que era como una flor purísima en medio del basurero.

Aquella mañana Damián dio un largo paseo alrededor de la casa. Semejaba, como decía Julia, un perro que desea alcanzarse su propia cola. Para su mujer, que había aprendido en largas contemplaciones interrogantes y astutas a leer en el rostro de su esposo, sus gestos dejaban de ser un secreto. Así, cuando Damián con varios rodeos se acercó a ella, Julia lo interrumpió antes de comenzar, con una voz helada:

—¿Otra vez la política, Damián?

El la miró como otras veces, con el mismo gesto de niño ingenuo que conservaba a pesar de los años. No se le ocurrió más que maravillarse.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Vamos, si no hay más que verte! —Contestó ella. —Siempre que das vueltas alrededor de la casa, es que traes dos problemas graves: o las elecciones, o un nuevo proyecto descabellado para hacer dinero.

Julia conocía los pasos, las actitudes, los gestos de su marido. Sabía sus reacciones y sus emociones. Con los años, su marido fue para ella semejante a una prolongación de su yo, o un desdoblamiento de su propia personalidad.

Damián empezó a platicarle cosas. Siempre lo hacía. Era rarísimo que guardase algo para él mismo por más de veinticuatro horas. Cuando no se lo contaba a Julia, sentíase culpable como si la hubiera traicionado. ¡Y eso no! El de ellos era un matrimonio perfectamente unido. Ahora necesitaba su aprobación.

—Julia, dijo tímidamente, me invitan para asistir a las elecciones del nuevo sindicato. Hay dos individuos que pueden ser jefes. Yo me inclino por Doroteo Aguirre. Tú, ¿qué dices?

—Que son majaderías. Pura política. Te encanta la política.

—No seas tonta, mujer. El sindicato no tiene nada que ver con la política. Se trata de hacer más sólida la unión de los trabajadores. El sindicato es muy necesario.

—Vivíamos lo mismo cuando no existía.

—No, no entiendes. Eres una cabeza dura. No vivimos

igual.

—Bien, bien, no discutamos. ¿Por qué prefieres a Doro-teo Aguirre? Da lo mismo uno que otro. Sería mejor que no te metieras en líos.

Damián se molestó, revolviéndose un poco sobre sí mismo. Estuvo a punto de barbotar una serie de tonterías, indignado por la incomprensión de su mujer; pero guardó prudente silencio dominándose.

—Sería mejor que no te metieras en líos, dijo maquinalmente Julia, como extrañada de que Damián no le diera pelea.

—Bueno, se atrevió a decir éste, —tú también tienes los tuyos.

—Es distinto.

Guardaron silencio por unos instantes. Era como si se hubiera efectuado el primer round de una pelea de box. Por lo pronto Damián necesitaba tomar aire; Julia siempre lo sofocaba con sus frases hirientes y cortantes. Por un minuto sintióse completamente desgraciado. Después de un prudente silencio volvió a la carga, con una decisión completamente fuera de lugar.

—De todos modos iré a la sesión de esta noche. Su mujer lo miró fríamente. Pero sin atreverse a contradecirlo, murmuró con despecho:

—Como quieras . . .

Durante todo el día el silencio se hizo tenso entre los dos. Por primera vez en largos meses disentían de algo. Pero por la noche, cuando Damián tomó su saco y sacudió sus pantalones llenos de briznas de basura, Julia le ayudó a lavarse las orejas y los cabellos y antes de partir, sacó de lugares insospechados un cuchillo de afilada hoja, diciéndole serenamente:

—Por si lo necesitas.

Sin embargo cuando él intentó besarla en la boca, ella le puso en frente la mejilla un poco helada y enjuta. Damián, de todos modos, abandonó su casa contento. Tenía la convicción del sindicato y la necesidad de que cada vez fuera más fuerte. Por otra parte, sabía en el fondo de su corazón que pasara lo que pasara su mujer estaría siempre de su lado.

Atravesó el basurero sintiendo como se hundían levemente sus pies sobre la basura y el lodo, y pensó en la oscuridad

de la noche que aquello era un poco semejante a cruzar un pantano.

Sin querer sintió como el basurero lo había ido ahogando poco a poco, durante años, a grado tal que ahora ya no tenía esperanza alguna de salvación... pero sí, allí estaba el sindicato, como una cuerda tendida a una persona que nada pensosamente para que se le ayude a llegar hasta la orilla. El sindicato podía hacer mucho por todos los hombres de los basureros: aumentar el precio de los artículos; obtener mejores salarios para los trabajadores del ramo; formar un fondo de reserva para edificar un hospital... Al menos eso se decía, eso se esperaba... Con cuanta pasión y en qué forma tan ilusionada él y otros muchos como él creían en el sindicato como en la nueva religión. Cuando se encontraban en las sesiones, escuchaban todo con respetuoso silencio, como si estuviera en una iglesia.

El sindicato era digno de ser amado. Todos los trabajadores de Limpia y Transportes, en cada momento en que la patria sufrió convulsiones revolucionarias, abandonaron los basureros e inundaron la ciudad, dispuestos a jugarse hasta la vida en aras de los ideales y de la mejoría general del pueblo. Los hombres de los basureros en todas estas ocasiones no se olvidaron de su tarea, y "limpiaron" la metrópoli de dudas revolucionarias.

Damián sonrió satisfecho. Luego, por contraste, distrajo sus pensamientos acerca del sindicato, y sintió la diferencia que existía entre el basurero y la carretera. Cuando llegó a ésta los pies se asentaron sobre la tierra dura, que, sin embargo, al ser pisada por los largos pasos de Damián, levantaba ligeras nubecillas de polvo.

El aire había cambiado de aromas y diríase que se volvía cada vez más delgado y puro. El perfume de las hojas de los árboles amplió los pulmones, y Damián al respirar, experimentó una nueva alegría cuando su sangre circuló más aprisa por el calor del ejercicio en sus venas. Sin querer automáticamente, comenzó a silbar una vieja canción de las que Julia entonaba por las mañanas y que era la misma que servía de arrullo para dormir a sus hijos.

Luego, más entusiasmado, cantó a voz en cuello el himno de los trabajadores de Limpia y Transportes:
En alto los pechos arrogantes y de cara frente al sol.
De Limpia va pasando el batallón;

Su bandera es emblema de su esfuerzo de su lucha y de su
(fe;

Es el símbolo de su acción.

A limpia y Transportes cabe el honor.

De luchadores sin igual y de obreros sin temor;

Es porque nunca su alma tembló;

Por siempre será el bravo campeón.

Que firme en su puesto, jamás claudicó

Arriba el Sindicato que ha logrado con bien defender.

A todos sus hermanos; al empleado, al peón y al chofer.

Unidos en la brega lucharemos con fiero tesón.

Porque nadie pretenda manchar su blasón.

Sentiase eufórico y alegre, y sus pasos marcaban el ritmo en forma acompasada y firme. Rió a carcajadas y se calló de pronto pensando; Si alguien me mira, creará que estoy loco... pero me siento feliz. Atravesó más de prisa el camino y al fin llegó al Sindicato situado en las calles de San Gerónimo. Era una calle curiosa que debido a los hundimientos del terreno formaba con las casas hundidas en parte y elevadas en algunos sitios, una línea ondeada y ondulante, muy hermosa. Todas las casas de la calle eran de ladrillo rojo, con adornos blancos. La puerta del Sindicato, modestísima, tenía las huellas en la madera y en la pequeña escalinata, del estrago causado por los años.

Al subir las escaleras Damián sintió con la ilusa actitud de costumbre, que sus pasos tenían el sonido de los tambores en tiempos de guerra o durante las marchas triunfales: Tam, tam, tam! Sus pisadas, llenas del ruido de sus zapatos grandes, lo emocionaron como un principio de lucha. ¡Todavía era un hombre que sabía caminar!

Ya arriba, miró de reojo el retrato de Marx, todo en negro y amarillo, con tonos verdosos; y la calva del revolucionario, brillante por la luz del foco que se reflejaba en ella, le hizo sonreír. Sin quererlo pensó que la calva semejava un espejo en el que podría verse sin dificultad los dedos.

Tuvo ganas de hacer el saludo marxista sobre la calva, con el mismo gesto de un chico de quince años. Se dijo luego para sí: Estoy loco, sigo estando loco. Luego se reprochó acremente esta falta de respeto para el padrecito Marx.

Apresuró el paso y entró en el amplio salón. Allí estaban ya todos los camaradas. La mayor parte de ellos lucían los rostros agotados por el sudor y el hambre. Tenían aspecto

cansado hasta los más jóvenes; pero al mismo tiempo poseían una fuerza misteriosa que los hacía semejantes a gigantes.

Volvió los ojos a su alrededor y se sintió satisfecho. Luego saludó a dos o tres conocidos. Le contestaron con una sonrisa leve, semejante a un gesto amargo. Allí se encontraban barrenderos, choferes, ayudantes, pepenadores, etc...

En la especie de templete que estaba situado frente a las bancas, saludó con ligero movimiento de cabeza a los miembros del Comité Sindical. Allí se encontraban todos: Tovar, de amplias espaldas, moreno quemado, con la risa franca. Tenía las manos cuadradas y decisivas.

López, alto y morenísimo, adusto y serio. Cajidal, delgado y pequeño con aire de bilioso inconfundible... Damián encogió el sombrero entre las manos y lo estrujó emocionalmente, como si fuera un pañuelo. Saldrían grandes cosas del Sindicato.

El timbre que estaba colocado frente a Tovar fue usado por la mano de éste y sonó extraño, imponiendo silencio en la sala. Había comenzado la sesión.

Se dio cuenta a la asamblea de asuntos poco importantes: de las necesidades de ayudar a un camarada enfermo y a la viuda de otro que había muerto hacía poco. Luego se entró de lleno al asunto principal.

Se trataba de lo siguiente: era indispensable unificarse en forma absoluta y pedir que se concediera a los hombres de los basureros la explotación directa de la basura, y la industrialización de la misma. Se tenía conocimiento de que el gobierno había hecho concesiones muy fuertes a los políticos para que se instalara una fábrica. Tal cosa no era justa. Los hombres de los basureros venían luchando por lo mismo desde hacía largos años sin haber obtenido semejante prerrogativa que en ellos no era tal, sino una consecuencia justa del esfuerzo.

Era necesario organizar una cooperativa y pedir apoyo al gobierno, apoyo de toda índole: moral y material.

Se dio cuenta del peligro: los políticos que estaban gordos por el dinero robado a la nación, habían iniciado los trabajos de la edificación de la fábrica industrializadora, y dentro de poco, todos los desperdicios utilizables en la elaboración de abonos químicos serían acaparados por los representantes de los políticos, y éstos crearían un monopolio

de la explotación, pagarían a los hombres de la basura, por sus desperdicios, los precios que ellos quisieran imponer, y formarían grupos blancos con los que peligraba la organización sindical. Era necesaria la unificación y hablar nuevamente con el gobierno. Sabotear la nueva industria, y pugnar porque se les concediera la formación de cooperativas.

Así habló Tovar. Luego hizo uso de la palabra López. Las medidas en conjunto servían de poco. La concesión estaba hecha y el decreto a punto de ser publicado. Sería difícil que se obtuvieran reformas. No quedaba más que un recurso: el sabotaje.

Cajidal, el líder pequeño y bilioso, hizo notar que los hombres de los basureros eran débiles junto a la fuerza de los políticos; pero los asistentes protestaron en forma airada: ellos habían luchado mucho y no flaquearían.

Sin embargo, al plantearse en esta forma la situación, la mayoría de los hombres pensó en su familia y en las consecuencias a que podría llevarlos una actividad violenta y decidida. Sabíanse de memoria lo que todo ésto significaba en un momento dado.

Tovar, sintiendo por instinto que flaqueaban, gritó: —¿Qué, no hay quién me siga en este movimiento? ¿En dónde están los hombres que hace años me acompañaban cuando era yo barrendero, para, con las piedras en la mano, romper los vidrios del Departamento Central? ¿En dónde están aquellos hombres que permanecieron días sin comer, y dispuestos a morir por sus ideas?

Sus ojos se extendieron sobre los concurrentes y a su mirada retadora algunas manos jóvenes aplaudieron con timidez.

Tovar dijo: Es tiempo de que nos demos cuenta de que la conciencia sindical, de que la unión de todos hace nuestra fuerza.

Un hombre joven y rubio gritó: —Y bien, compañero Tovar, ¿qué desea usted que hagamos?

Tovar contestó simplemente: ¡Pelear! ¡Dar pelea!

Damián sintió que la sangre le bullía en el cuerpo. El era un hombre pacífico-incapaz de pelear con nadie; pero había venido a la sesión con el fin de luchar por algo. Y sobre todo, no había que darle la razón a Julia en aquello de que el Sindicato no servía para nada. ¡Ah, si ella estuviera allí! Se convencería de que el Sindicato servía para mucho, para

el bien de todos los trabajadores, para el triunfo del proletariado. Y casi sin pensarlo, se puso en pie. Y habló. Habló primero con timidez, y luego con más fuerza. Hasta que el fuego de su voz vibrante hizo que los hombres lo aclamaran. Y gritó su sentir.

Para que los hombres hicieran frente realmente a los concesionarios hasta hacer fracasar la fábrica con el fin de que ésta pasara a manos de los trabajadores, era necesaria una absoluta fe. Por lo tanto, aparte de la unión, era necesario depurar el sindicato de los malos elementos.

La fuerza sindical se basaba en tres cosas: unión de los trabajadores, honradez y espíritu de justicia de los líderes, valor de todos.

Que no sucediera lo que en otras ocasiones. Los trabajadores habían sido traicionados durante la huelga de 1928. Los dirigentes se vendieron entonces al gobierno el que los compró con jugosos puestos. Hizo presente la forma en que se les había estafado en tiempos no muy lejanos cuando cooperaron con diferentes cantidades para que fuera construido un hospital del que nunca se supo ni donde quedó la primera piedra.

Puso ante los ojos de todos la amargura que llevaba dentro contra la Junta de Conciliación y Arbitraje plétorica de componendas en las que los representantes del trabajo traicionaban a sus hermanos de clase.

Recordó que cuando Tovar ocupó su puesto se encontró con que el anterior dirigente sindical había llevado consigo los archivos a efecto de escapar a las responsabilidades de malversación de fondos; sobre este caso aún no se había hecho nada y el culpable gozaba de libertad. El hecho ni siquiera se había discutido en asamblea, y aunque Tovar no era culpable de nada, sí consideró Damián que debió haber obrado con energía; pero se guardaba silencio para que no se expusiera a los líderes, a todos los líderes, a sospechas injustificadas que solo tenían su asiento en la poca honestidad de un líder determinado. Es decir, también a los líderes les faltaba fe. De otra suerte, sabrían que el enfrentarse a los hechos reales y combatir los actos poco honestos fortificaría el sindicato en vez de destruirlo.

¡Ladrones! ¡Ladrones! —Gritaron varias voces, que fueron secundadas por otras y por otras bocas. En vano las manos de Tovar se elevaban en alto, queriendo imponer

silencio. Sus explicaciones se perdieron en el mar de los denuestos que eran lanzados como piedras.

Al fin pudo ser oído: Era imposible pedirle cuentas al secretaio general anterior, porque se encontraba muerto.

La aclaración enmudeció a todos.

Damián se volvió a levantar; habló de nuevo.

Que se depurara valientemente la conducta de líderes y sindicalizados en el futuro, sin contemplaciones. Y que la cláusula de exclusión, arma de dos filos que se había prostituido en todos los sindicatos de México fuera aplicada en forma debida, sin opresión ni dictadura para los trabajadores; sin abuso ni perversión.

Los hombres aplaudieron con delirio. Damián había puesto el dedo en la llaga: la cláusula de exclusión. Se les había extorsionado mucho con ella. Ningún trabajador podía hacer crítica sana, enfrentarse a los problemas, etc., sin que se les excluyera del gremio y se le considerara contrarrevolucionario. Era necesario terminar con aquello.

Y se obtuvo una promesa cierta. Y se inició una era mejor con las elecciones de la nueva mesa directiva en que al final todos los trabajadores enemigos y amigos del nuevo secretario general, se dieron abrazos fraternales.

Damián pensó: Son los primeros pasos... Algún día se realizará en todo su benéfica grandeza la verdadera política sindicalista y la conciencia de clase al unificar completamente a los trabajadores los haría obtener beneficios de alcance social incalculable.

Al abandonar el salón de sesiones, Damián saludó de nuevo al padrecito Marx, y ya en la calle, los hombres, en grupos, cantaron el himno del Sindicato: En alto los pechos arrogantes y de cara frente al sol, de limpia va pasando el batallón...

VI

CUANDO DAMIAN llegó a su casa encontró a Julia arrullando a su hijo Augusto, que se encontraba refugiado en los brazos de su madre tal y como si tuviera cinco años; pero tenía doce.

Damián objetó el que su mujer sentara sobre sus rodillas a un chico mayor al que salvaba de los avances de la edad, la anemia que le tenía el cuerpo anudado y esquelético. En efecto, Augusto tenía doce años pero representaba nueve. Su madre lo trataba en aquel momento como cuando era un pedacito inconsciente de carne que merece constantemente la cuna de los brazos.

Julia miró a su marido en determinada forma que le impuso silencio. Ella sabía por qué tenía de aquella manera al chico, entre sus brazos. Augusto siempre fue el preferido de Julia. Tal vez por enfermo y enclenque; por ser el más débil y sensitivo, o por tener a pesar de su cuerpo anémico y pequeño, la misma corriente fuerte y oculta que lo hacía sobrepasar a sus hermanos como su madre sobrepasaba en mucho a la mayoría de las mujeres. Existía entre Julia y su hijo un fuerte lazo de comprensión que iba mucho más allá de las relaciones comunes y corrientes que privan en todas las familias.

Cuando Damián salió para el Sindicato, Julia permaneció sentada junto a la pequeña lámpara, dedicada a la tarea de zurcir calcetines. Estaba inquieta por su pequeño Au-

gusto, pues desde por la tarde había desaparecido no regresando a la casa ni a la hora de la cena.

Como a las nueve y ya cuando Julia se encontraba sumamente inquieta escuchó los pasos leves y ligeros de Augusto acercándose a la casa. Respiró con alivio. Empezaba a adentrarsele una angustia honda y profunda que iba invadiéndole el cuerpo y cubriéndoselo como si fuera una ola ancha sobre la arena.

Cuando vio a su pequeño, Julia sintió una pena. Lleno de lodo, pálido y ojeroso, Augusto traía los cabellos cayéndole en leves tirabuzones rebeldes sobre la frente. Las manos temblaban un poco y los ojos no la miraban derecho, como de costumbre.

Por lo regular Augusto abandonaba el basurero para dos cosas: una, para asistir a la escuela y otra para ayudar en su trabajo a los viejos barrenderos con el fin de irse buscando un puesto fijo con salario seguro. El aprendizaje de barrendero lo efectuaba los sábados, día en que no era necesario asistir a la escuela. Los sábados y los domingos. El resto de la semana ayudaba temprano a sus padres y luego tenía que recorrer el camino hacia la escuela. Ocasionalmente realizaba ventas de objetos recogidos por su madre, la que lo enviaba a la ciudad para obtener mejores precios. Pero esto solo acontecía cuando Julia había logrado reunir una regular cantidad de fierros viejos. Cuando tal cosa pasaba, era día de fiesta, pues Julia se permitía el lujo de comprar y guisar comida de primera clase.

El día que Augusto llegó a su casa bastante tarde, debía traer una regular suma de dinero que ascendía a la cantidad de diez pesos, producto del fierro vendido en la metrópoli; por eso Julia sentía una angustia honda. Luego tuvo la certeza, al ver a su hijo, de que algo le había sucedido.

El chico se refugió llorando en sus brazos y le platicó como al atravesar por uno de los basureros vecinos, un grupo de grandulones se le habían echado encima para arrebatarse el pequeño tesoro. La cosa sucedió casi sin palabras. Julia sólo preguntó:

—¿Y tú no diste un solo bofetón?

Augusto le enseñó sus manos temblorosas e hinchadas. Sí había dado hasta donde había podido.

—¿Quiénes eran los muchachos?

Augusto lo sabía perfectamente, pero por un principio

de hombría apretó los labios. De su boca jamás saldrían los nombres; pero ya sus puños se encargaban de vengarlo.

Lo que no contó a su madre, lo que lo traía pálido y ojoso, era otra cosa mucho más seria. El había tenido la culpa de aquella persecución odiosa, porque de sobra sabía que los chicos de un basurero forman una "palomilla" o grupo especial que tiene prohibido absolutamente que grupos o personas pertenecientes a otros basureros invadan sus terrenos. ¿Por qué había hecho aquello? Por una simple razón: traía diez pesos en la bolsa, y al pasar por el basurero una prostituta apodada la Resortes le había hecho señas de que se acercara. Y no era la primera vez. Cada sábado cuando él regresaba de hacer sus prácticas de aprendizaje de barrendero, la Resortes estaba allí, flaca y esmirriada, haciendo señas indecorosas a los hombres que cruzaban por la carretera. Cuando ésto sucedió a Augusto por primera vez, ignorante de lo que significaban aquellos guiños, se acercó a la muchacha; pero al intentar ésta apretarse contra él, los misterios profundos del sexo que siempre inspiran temor a hombres y mujeres, lo hizo correr en forma desenfrenada, sin que pudiera tomar aliento.

Mujeres como la Resortes existían aunque en mínima cantidad en todos los basureros. Cobraban cantidades ridículas por vender el placer y por lo regular llegaban a los basureros como otra clase de los detritus de la ciudad, buscando en este sitio un último refugio y la forma de ganarse la vida. Era necesario mendigar. Pero "esto" era peor que pedir limosna.

Flacas o gordísimas, viejas y pintarrajeadas, la Resortes y otras mujeres de su calaña habitaban casuchas infectas alejadas por completo del vecindario de gente honesta y trabajadora; nadie se metía con ellas. A algún sitio tenían que ir los hombres jóvenes y las madres preferían que este sitio quedara lo más cercano de la casa.

La Resortes hacía mucho que venía conquistando a Augusto. Este se fue acostumbrando poco a poco a las burlas de la Resortes, y le fue perdiendo el miedo. En ocasiones hasta llegó con otros muchachos de la pandilla por no se sabe qué secretas rebeldías, a hostilizar a las infelices prostitutas que gordas o flacas, pero siempre ajadas, tomaban el sol a la puerta de sus jacaes luciendo batas de seda viejísimas, de colores que un tiempo fueron vivos.

Al menor movimiento la bata dejaba a la vista desnudeces que distaban mucho de ser apetecibles. Estas fueron para Augusto las primeras cortinas que se levantaban ante sus ojos, dejando entrever el misterio del sexo.

Una vez, formando parte de un coro de doce chicos, se dedicó a arrojar piedritas pequeñas sobre las partes que dejaba a la vista la abertura de la bata. Todos intentaban jugar al blanco con determinado sitio. Las mujeres gritaron como gallinas asustadas y pronto quedaron los frentes de los jacales desiertos.

En otra ocasión los chicos se dedicaron a recorrer las casas de las prostitutas y a dar serenatas ingenuas pero crueles, en que el estribillo: "María está gorda y no vale cinco centavos": "por cinco centavos pasa con todos la noche" era motivo de la risa salvaje de los más grandes y de las curiosidades momentáneamente insolubles de los más pequeños. Augusto formó parte muchas veces de estas rondas, pero nunca le inspiraron tanto miedo como el ver a la Resortes de cerca.

Y aquel día traía dinero. No cinco centavos, sino diez pesos. Pasó por la carretera buscando de reojo a la Resortes. Quiso cruzar el camino y acercarse a la muchacha; pero antes de hacerlo ya tenía encima a todos los chicos del barrio enemigo. Y ardió Troya. No le dejaron sitio sin investigar ni pedazo del cuerpo que no sufriera daño. La Resortes fue la que lo salvó. Y en medio de las burlas generales, lo llevó hasta su jacal, le lavó la cara, le dio de beber un poco de agua con azúcar y forzándolo, poco a poco, le hizo conocer el amor.

Tardó muchísimo tiempo Augusto en aprender que el sexo es algo mucho más serio que la compra del placer que entonces como nunca, le dio náuseas. Hacer el amor como fumar el primer cigarro, le provocaron la misma cosa: muchísima basca.

Cuando abandonó a la Resortes, los de la pandilla, que lo espiaban, le dieron a entender que habían visto todo; y las trompetillas con que se festejó su inexperiencia, le provocaron durante largos días una humillación que no se le olvidó durante muchos años.

Pero una cosa le venía doliendo en forma aguda. En su aturdimiento con la Resortes, quiso hacer algunas aclaraciones pertinentes. Alguien le había dicho desde hacía tiem-

po que los niños no venían de París. Le preguntó a la Resortes y ésta le dijo riendo: "Ya sabes como vienen los niños"

¿Así?, —Dijo él con una especie de horror, de solo suponer que su padre y su madre . . . La Resortes, viendo al pequeño muchacho haciendo el amor, dijo secamente: "Así".

Augusto no volvió a ver a la Resortes. Le huyó después como le huyó al principio. No podía encontrar paralelo alguno entre su madre y la Resortes; y sin embargo, él había venido a este mundo cuando su madre hacía los mismos menesteres que la Resortes. Sin embargo, ¿por qué no eran iguales?

Tardó muchos años Augusto en comprender que el sexo es muchísimo más que un material de venta y un rato de placer.

A la entrada del pueblo platicó el caso a otros muchachos mayores. Y todos le confirmaron que había adquirido un sabio conocimiento del amor. Sí, efectivamente, de "aque- llo" dependía el que un niño naciera.

Cuando llegó a su casa, todo su mundo bamboleante, necesitaba un puntal para no sufrir un definitivo derrumbe. Por eso fue que no vio a su madre de frente; por eso fue que no sintió la dulzura de otras ocasiones cuando ella lo refugió en sus brazos; y por eso experimentó inconscientes y profundos celos repletos de horrible descontento; y al ver a su padre entrar en la casa, abandonó las rodillas de su madre y salió corriendo de la casa.

Cuando su padre quiso levantar la mano sobre su pequeña cabeza por haber perdido la suma de diez pesos, Julia lo impidió enérgicamente. "Acuérdate de cuando tú eras pequeño", dijo a Damián y este retroceso a la infancia enterneció al hombre que cansado y con desilusiones ya no tenía más que un amargo escepticismo. Y Damián y su hijo buscaron refugio en Julia. Y aún cuando el pequeño Augusto quiso establecer paralelos entre su madre y la Resortes, no pudo hallarlos. Padre e hijo solo sentían al lado de Julia una cosa: la solidez de su alma semejante a una montaña donde no se respira más que aire puro.

Solo con los años supo Augusto donde residía y qué significaba la verdadera sensualidad; solo con los años supo que la sensualidad es como el arco-iris: tiene distintos colores y diferentes gamas. Solo después supo hasta qué punto

en el sexo podía haber dignidades inigualables y vida profunda. Y que el sexo significaba algo mucho más grande que el simple y magnífico placer.

Las cosas fueron para él más confusas cuando pocos días después, su madre, sin que lo supiera su padre, le ordenó llevar una poca de comida a Mariana, la prostituta de la Morena. Mariana era una muchacha muy joven, magra, con unas crenchas rebeldes. Tenía una bella sonrisa y las manos y los pies grandes, que se veían desproporcionados como base de su cuerpo enclenque.

Mariana era una flor de los basureros. Huérfana, desamparada, no tardó en ser pasto de la lujuria de los hombres; y así rodó. Nunca había salido del basurero. Y una mañana la muchacha vióse con un niño entre los brazos. Cuando Augusto llevó la comida a Mariana, ésta, todavía recostada sobre un sucio jergón, acariciaba con lentitud la cabeza de su hijo.

Ni ella misma sabía quien era el padre. Pero no importaba, amaba lo mismo a su hijo. Los primeros días, llena de desesperación ante el desolado panorama de su miseria, intentó ahogarlo entre las cobijas; pero luego le faltó el valor. Y volvió sin querer a los años de su infancia, cuando anheló jugar a las muñecas. No tenía la consciencia de la maternidad, pero sí el instinto.

Julia ayudó a Mariana con frecuencia. Siempre por conducto de Augusto que le guardaba el secreto. Desde el día en que Augusto volvió a su casa y se refugió con su madre, se estableció entre los dos un nexo más fuerte sin palabras. Julia supo instintivamente lo que le pasaba a su hijo, y evitó las explicaciones penosas. Para Mariana tenía un cariño tan fresco y tan natural como el que ella prodigaba a toda persona que sufría. El corazón de Julia era ancho como los mares, y en él cabían todas las penas como arenas del mundo.

Un día Augusto le dijo a su madre: El niño de Mariana no puede sentarse. Tiene una cabeza enorme. Y era verdad. El raquíptico cuerpo no podía materialmente sostener una cabeza que día a día se agigantaba.

Y Julia decidió las cosas sin consultarlas con Damián. Fue por Mariana y le propuso que le ayudara en los quehaceres de la casa, por determinada suma. Julia poseía el secreto de dar sin necesidad de imponer humillaciones. Y esto era lo

que más se le agradecía. Tomó al pequeño entre sus brazos y comprendió que el niño no tenía salvación; pero mientras moría, que la joven madre no tuviera necesidad de venderse.

Mariana después dijo a Julia, una noche, llorando, intentando besarle las manos cuadradas y firmes, hasta qué punto su gesto generoso la había salvado. Estaba al borde del suicidio porque no podía sufrir los ojos de su pequeño enfermo cuando la segúan abiertos, aunque inconscientes. en el acto del amor vendible que solo deja descontento en el espíritu y asco en el cuerpo.

Cuando Damián supo lo que había hecho su mujer, se indignó; pero a la vista del niño enfermo, ya no tuvo su mujer que exponer otros argumentos. Después de todo Damián era también un hombre con el corazón en su sitio. Y su mujer dijo: Una enfermedad no se pega más que cuando el individuo está predispuesto a ello; con tener a Mariana en mi casa no se le pegará a nadie la prostitución porque yo soy una mujer honrada.

—¿Qué dirá la gente? Argumentó Damián.

—La gente, respondió Julia, dirá que Mariana se ha vuelto una muchacha buena.

Y Damián guardó silencio. Comprendía de sobra que su mujer era capaz de cambiar el curso de muchas cosas; pero sabía mejor que nadie que Julia era una mujer fuerte en la que se podía tener confianza plena. El tiempo, como de costumbre, demostró que Julia tenía razón.

Cuando el niño de Mariana falleció, Augusto estableció diferencias y niveló preocupaciones. Al contemplar el cadáver del niño hidrocefálico, supuso que aquello era la diferencia entre su madre y las prostitutas. Sólo éstas podían dar semejantes frutos. La vida futura le enseñó después que las mujeres honradas, víctimas de la inconsciencia masculina, también tenían hijos así. Y las conexiones cada vez más precisas y lejanas de las tonalidades, principios y fines misteriosos y magníficos del sexo le siguieron infundiendo respeto, temor y asco, tan hondos y apegados al cuerpo como los sentimientos que inspira el temor de la muerte. Pero todo ésto se resolvía simplemente en mayores ansias de vivir.

VII

Y ERA CIERTO. Mariana era una muchacha honrada. Se había prostituido por la miseria y por la ignorancia. La vida fue dura para ella. Perdió muy chica a sus padres y quedó sola en el mundo, vagando entre los basureros como un perro sin amo.

Por dos veces se recogió en la casa de una familia que había sido amiga de su madre. Pero tuvo que huir. Las hijas de su protectora siempre la vieron con desdén y le ocasionaron múltiples molestias.

Fue tan terrible el rencor que le guardaron por quitarles un mendrugo, que durante las comidas le arrojaban moscas sobre el plato y en muchas ocasiones las cosas subieron de punto, pues flotando sobre la sopa encontró pedazos de excremento. Esto motivó que su protectora le diera una paliza a la hija causante del daño; pero a los dos días la venganza llegó hasta ella en forma perversa imposible de tolerar; habiéndola invitado a que jugara, accediendo ella, se vio de pronto con un vaso dízque de agua entre las manos; pero el contenido distaba mucho de ser agua, ya que resultó ser un brebaje de tal naturaleza amargo y perjudicioso que aparte de ser ingrato para el paladar le provocó una diarrea tan fuerte que durante quince días luchó para conservar la vida. Desde entonces sus intestinos quedaron tan sensibles, que cualquier cosa le provocaba trastornos serios.

Después de ésto no tuvo más remedio que huir, vagando

por muchas horas a la luz del sol y durmiendo en cualquier sitio, donde se le hacía tarde; pero la mano piadosa de su protectora la acogió de nuevo y le pidió permanecer en casa; y por amor a ella y por gratitud, soportó por algunos años todas las injusticias con la sonrisa forzada en la boca.

Y así llegaron los doce años, cargados de promesas en que la niña se hizo mujer ofreciendo a los ojos de los hombres la brevedad incipiente de los senos y el ensanchamiento inicial de las caderas.

Y los ojos del marido de Juana, su protectora, se empezaron a fijar en ella. Sintió cómo aquellos ojos llenos de un deseo intenso la siguieron en su ir y venir, la desnudaban incendiándola y la poseían . . . Y una noche su cuerpo que aún ignoraba el amor, sintió junto al de ella el de un hombre fuerte y rudo, cuyas barbas que desconocían casi totalmente las navajas de rasurar, le dejaban escozores ardientes sobre las mejillas pálidas. Y no supo como escapó. El cuerpo del hombre la aprisionaba casi ahogándola, tratando de penetrarla y sus manos le recorrían el cuerpo con un deseo sin sentido, pero completamente preciso. No quiso gritar. ¿Para qué? Doña Juana, su protectora, no debía enterarse de aquello. Y sin saber en qué forma, sacando fuerzas de flaqueza, pudo huir al deseo masculino, impaciente, feroz, siempre preciso . . . Y corrió, corrió, sintiendo que la perseguían, que la aprisionaban. No supo cuántos minutos duró su carrera. Cuando pudo tomar alientos, estaba lejos de la casa, sola en el ancho basurero, que durante la noche y a la luz de la luna tenía sinuosidades de montaña y de mar, con la resaca imponente de sus montículos de basura. Y respiró el aire pútrido que no lograba purificar la noche. Y una vez más durmió a campo raso, cara al cielo, estrechándose profundamente ante la vida que no lograba entender y que sin embargo sentía palpar.

Intentó trabajar en distintas casas pero de todas tuvo que salir huyendo. La lascivia de los hombres era infinita. Siempre aquel deseo preciso sin sentido y sin profundidad.

Y con ojos de mujer perseguida sin descanso, apenas en los umbrales de los trece años, los días se le hicieron pesados como plomo por la necesidad inaplazable de escapar, siempre de escapar . . . Y decidió vivir sola y aislada, trabajar en los basureros, resignada a morir de hambre.

Inició pues su trabajo y fue construyendo su pequeña

casa con láminas viejas y madera podrida. Era un jacal misérrimo y daba poco abrigo; pero en fin, era su casa. Por las mañanas se dedicaba a la pepena, sin discutir sobre sus derechos y aceptando lo que le daban. Tenía todo el aire de una pobre perra que han molido a palos.

Sin querer, su andar había perdido desenvoltura y sus hombros inclinados presentaban una espalda encorvada dispuesta a recibir golpes y humillaciones, y a esconder los pechos que redondos y suaves se hurtaban a las miradas masculinas.

Y una noche como aquella otra que recordaba con terror, sintió que alguien forzaba su puerta; que un cuerpo fuerte la buscaba ansioso; que como aquella otra vez, el hombre la aplastaba duramente contra la tierra y le separaba con violencia los muslos delgados. Y ya no luchó más. Dejó que la penetraran y sintió como el deseo masculino se volcó sobre ella a los breves instantes y como la respiración jadeante se aquietó por segundos. Entre ella y el hombre no medió una palabra, un beso o un grito. Sin saber por qué, lloró en silencio unos minutos; pero como si aquello hubiera sido una incitación, el hombre la poseyó de nuevo, brutalmente, y a sus sollozos esta vez desgarradores, solo respondió con el afianzamiento de sus manos masculinas y amplias sobre las jóvenes caderas, iniciando forzosamente un ritmo que ella aprendió después.

Cuando hubo terminado el hombre, no tuvo para ella una palabra; se levantó en silencio y abandonó el jacal.

Durante varias noches aquel hombre regresó. Solo supo por breves conversaciones que sostuvieron, que se llamaba Fidencio. Cuando le dijo que iba a tener un niño, ya no volvió más.

Mariana abortó por no supo ella qué causas, y aquel niño, por fortuna, no pudo ver la vida. Todavía débil y macilenta, se levantó para dedicarse al trabajo de costumbre, y esta vez ya sin alientos y sin esperanza, se dejó poseer sin luchar y sin corresponder, por uno, por dos, por muchos hombres . . . Aprendió a cobrar y ya no fue al basurero. Su carta estaba echada. Era imposible escapar al deseo masculino preciso, directo y sin otra finalidad que la del goce inmediato.

Y un buen día se encontró enferma. Lo supo porque prostitutas más viejas se lo advirtieron, la pusieron al tanto de

todos los riesgos del oficio y la ayudaron a internarse en el Hospital Morelos. Allí supo realmente lo que significaba la miseria de la carne, la horrible trampa del sexo y la tragedia de algunas mujeres.

Tres meses estuvo reclusa en la amplia sala. Las camas blancas formaban filas iguales lo mismo que las sillas y los pequeños lavabos. Todas las camas tenían una enferma. A pesar de su miseria, Mariana sintióse menos miserable al ver de cerca la tragedia de otras muchachas.

Allí estaba por ejemplo Rita. Rita había trabajado como criada en una casa de Puebla. Un día, un solo día, salió a pasear con el novio y cuando regresó a su casa, tenía la ignorancia de su infección: sífilis de primer grado. No volvió a ver al muchacho. A los pocos meses la enfermedad y el embarazo avanzaron en forma incontenible. Y allí estaba Rita, en la sala del Hospital Morelos, revuelta con las prostitutas avezadas en el oficio, que toleraban con risa sarcástica sus males. Pero Rita no era una prostituta. La impunidad e irresponsabilidad masculina la habían hecho una víctima más.

Nunca olvidó Mariana la noche en que Rita abortó. Sería la una de la madrugada cuando un grito agudo rasgó la noche. Varias de las mujeres se levantaron de sus camas para auxiliar a la muchacha. Allí estaba, hundiéndose en su propia sangre en la que nadaba como un muñequito de trapo el pequeño feto masculino, apenas formado.

El feto era una masa sanguinolenta que nunca hubiera podido convertirse en carne. Bien lo sabía Mariana por otra muchacha sifilítica que tuvo un hijo cuya piel morada y rugosa, semejante a las orejas de los elefantes, por poco se queda en pedazos en las manos de la enfermera cuando ésta lo extrajo de las cavidades maternas.

Rita pudo reponerse a los cuantos días y no volvió jamás a su profesión de criada. Se lo aconsejaron las viejas prostitutas que hacinadas en la misma sala, abandonaban ésta diariamente por las mañanas para tomar el sol a lo largo de los amplios corredores.

Ser criada no daba ningún resultado. Era mejor el cabaret. Y durante varios días, expresamente, sostuvieron conversaciones tentadoras sobre el mucho dinero que podía obtenerse bebiendo agua pintada de verde que se hacía pasar por ajeno; de las sumas que podían lograrse bailando

con individuos estúpidos y de los vestidos que se compraban con el producto de esfuerzos mínimos; y Rita salió del Hospital para ingresar al cabaret.

Jamás a ninguna de ellas se le ocurrió que los hombres pudieran ser castigados por el contagio de enfermedades venéreas. Y así el sufrido rebaño femenino, sumiso, humillado, ignorante, engrosó las filas del ejército de mujeres que se someten todos los días a la lascivia impaciente de los hombres. Y Rita como Mariana supo en forma constante del deseo sin finalidades profundas.

Mariana comprendió muchas cosas. Tenía trece años y era una mujer cuyas experiencias sobrepasaban todo lo imaginable. Comprendió muchas cosas. Supo por ejemplo que las mujeres del Hospital Morelos eran carne de cabaret, de hospital. Cada una era un caso para la estadística.

Y así logró saber, por conversaciones oídas a los médicos, que la prostitución es un mal social; y ella sonrió con amargura. Un joven médico habló de que ni las cárceles ni los prostíbulos terminarían con el crimen ni con la prostitución; pero nadie le hacía caso, ni siquiera los demás médicos.

Y se daban excusas y explicaciones. El alcohol, sistemas glandulares defectuosos, descomposición social... Y se llegaba a una conclusión: era necesario luchar contra aquello; pero nadie decía que no es predicando la moral, ni ocultando el rostro para no ver la podredumbre como ésta desaparece; tampoco la podían evitar las explicaciones ni las excusas: solo un cambio total en la forma de gobierno, un cambio que removiera desde los cimientos de una nación hasta conmoverla transformando a las mujeres de bestias de placer en seres humanos libres de las diferentes clases del comercio del sexo, dignificando a éste en forma efectiva, podía terminar con la prostitución; por que entonces ésta no tendría razón de existir.

A las preguntas tímidas de Mariana sobre por qué algunas de ellas habían abrazado la "profesión", contestaron varias con historias comunes y corrientes de engaños masculinos e ingenuidades femeninas siempre defraudadas hasta convertirse en trágica perversión negativa del amor. Otras, cínicamente, solo dieron una respuesta: Somos muy p... porque nos gusta.

Algunas mujeres intentaron trabajar de nuevo como cria-

das pero habían perdido la paciencia, el humor y las ganas. La mayoría estaban enfermas, podridas y deseosas de contagiar a todos los hombres que pudieran. "Es nuestra venganza", solían exclamar. ¡Cochinos, ay, los cochinos! Por solo este motivo, para contagiar a los hombres, y para recibir la paga por el contagio, muchas mujeres continuaban en la prostitución.

A varias de ellas, principalmente a las profesionales viejas, las iba a visitar "su hombre". Tipos feminoides asquerosos. Y Mariana comprendió en forma recóndita e instintiva la causa justa del por qué aquellas mujeres sostenían monetariamente a hombres fuertes y llenos de vida. Significaban su equilibrio. En su trágica deformación del sexo, las mujeres prostituidas no se encontraban tan despreciables cuando después de vender placeres, podían adquirir, con el precio de éstos, no el placer, sino "el amor" de un hombre que dependía de "ellas". Y así la naturaleza truncada les substituía el amor auténtico por una mezcla asquerosa e indecente de pseudo amor maternal y placer de hembras encauzado hacia un tipo de hombre degenerado feminoide y semi-infantil.

Y Todas ellas sentían un placer recóndito cuando compraban a un hombre. No, mientras pudieran pagarse ese lujo, no estaban completamente perdidas. Sentíanse aún personas.

En el Hospital Morelos se les hicieron proposiciones de trabajo pero nadie las aceptó. Ninguna de ellas creía poder ser admitida por la gente decente. La mayoría no se encontraba allí por su gusto. Habían sido llevadas a la fuerza, por los agentes sanitarios; y lo único que deseaban era salir de nuevo para ejercer su "profesión".

Y ya en la calle se olvidaban o intentaban olvidar todo: la enfermedad, el suicidio que abrazaron muchas de las compañeras para buscar un escape definitivo; y otras, sin valor para ingerir los terribles tóxicos que destruyen las entrañas y dejan morados los labios y las uñas, optaron por la muerte a pausas del alcohol o las drogas. Pero todas aprendieron a la perfección una cosa: la sapiencia de reír sin lágrimas.

VIII

LA EPOCA DE LLUVIAS esta cercana, dijo Julia, y este fue el pretexto para darle a Mariana trabajo por primera vez. Se le dio sin humillaciones: se le estimó como a un miembro de la familia que en forma unida y compacta vigilaba constantemente durante la primavera que la casa y el tejado se mantuvieran en buenas condiciones.

Todo el mundo en los basureros temía la época de lluvias. El enorme basurero convertido en laguna cuya agua se resumía rápidamente, conservaba, sin embargo, una humedad malsana y mal oliente que causaba en casi todos los miembros de la colonia reumatismo y enfermedades del estómago.

Durante los días de sol, el vaho que arrojaba el basurero humedecido era de tal índole insoportable que aun las personas más acostumbradas a estos olores no podían resistirlos con facilidad y las vías respiratorias casi nunca salían inmunes de esta batalla con la miseria.

Julia, con las mangas subidas hasta más arriba del codo, y las manos sosteniendo la falda que en esta actitud le daba una apariencia de ave con las alas abiertas hacia arriba, salió a explorar las posibilidades de hacer adobes. Cada año la fuerte mujer era la primera en ver cara a cara los problemas, resolviéndolos en forma precisa y práctica.

Julia se puso de acuerdo con las otras vecinas, y todas admitieron que era necesario separar las mejores láminas

que se encontraran en los basureros, para reparar las paredes de sus jacales y defenderse del frío; y que desde luego se iniciaría la elaboración de adobes.

Durante algún tiempo utilizaron los carrizos en vez de la lámina; pero resultó mejor material este último, sólo que después de la temporada de lluvias quedaba completamente inutilizado por la herrumbre y el moho, y sus hojas levantadas por el impulso del viento molestaban con exceso los oídos, ya que el aire adquiría, al chocar contra los pedazos de lámina, resonancias impresionantes que tenían cierto parecido con el aullar de animales salvajes.

¡La época de lluvias! Bien sabían todos lo que ésto significaba: más hambre y miseria de las que por costumbre se toleraban en el basurero. Las familias previsoras guardaban algún dinero para el verano en que el trabajo escaseaba en todos los basureros; pero la mayoría tenía que enfrentarse a la falta del dinero que no recibió durante las épocas normales.

Julia con todos sus aires de capitán que hace frente a la tormenta, distribuyó las tareas, no conformándose con reducirse al círculo de su familia, sino que sus actividades se extendieron hasta la organización de sectores diversos que existían dentro del basurero, a fin de evitar que durante las épocas malas los vecinos cuyas casas se derrumbaban por la falta de resistencia, fueran a engrosar las filas ya demasiado numerosas de las familias que aún contaban con techo.

La elaboración de lodo para el techo lo mismo que el acarreo de carrizo, quedó en manos de las mujeres y de los niños; también a cargo de ellos quedaba la vigilancia de los basureros durante las lluvias, a fin de rescatar de la podredumbre diversos materiales que eran secados al sol en forma cuidadosa y utilizables hasta donde era posible, en ventas que venían a reforzar aunque raquíticamente el presupuesto familiar.

A los hombres les correspondía, en cambio, buscar trabajo como ayudantes de barrendero, de choferes empleados en el acarreo de basura, pepenadores callejeros, etc., etc., creando así pequeños derechos a determinado empleo; derechos que en la mayoría de las ocasiones disfrutaban los hijos.

Al acercarse la primavera y el verano el basurero tenía calidades de activo hormiguero, con una fisonomía comple-

tamente diferente a la de cualquier época del año.

Distintos grupos trabajaron para hacer lodo. Las tareas se amenizaban con música y muchas mujeres, con gran sentido del humor, obligaban a los hijos mayorcitos a que bailaran una especie de zapateado sobre la tierra húmeda y mal oliente. Durante esta época la animación subía a tal punto, que muchos elaboraban adobes en número suficiente para levantar una pared a su pequeño jacal.

Ocho días se trabajó de prisa. Julia organizó dentro de su propio sector un extenso lodazal haciendo que niños y niñas formando parejas bailaran al son de la música tocada por tres individuos de La Morena. Los instrumentos viejos y desafinados, dos guitarras y un violín, lanzaron notas agudas cascadísimas; pero subrayadas por la risa barbotante de labios juveniles. Julia los animaba:

Pisen más fuerte. Así . . . Así.

Muchachos y muchachas danzaban en forma incansable, pisando con fuerza la tierra húmeda, hasta que el lodo, perfectamente batido, revuelto con la paja y los materiales corrientes para este caso, quedaba bien dispuesto para la fabricación de adobes.

Ya sabían todos que la lluvia se presentaba casi siempre con precisión matemática a principios o a más tardar a mediados de julio; pero antes de esta época los adobes ya se encontraban perfectamente listos, formando hileras zigzagueantes en las que muchas tardes los niños jugaron al escondite.

Julia determinó que como se acostumbraba cada año, se dejara una cantidad de lodo fresco y bien preparado para colocarlo sobre el techo, y diciendo y haciendo movilizó a toda la familia, inclusive a Mariana, para acarrear en pequeños recipientes este lodo. Una vez encauzada la manobra, Julia, trepada sobre unas piedras, ordenó al pequeño ejército que sin dilación y en fila india, le trajeran el lodo que ella fue colocando expresamente sobre el techo en forma tal que después de que finalizó la tarea estuvo completamente segura de que el agua no se filtraría en goteras en el interior del jacal. Cuando menos por la noche los hombres pobres tenían derecho a dormir en paz.

Con su aire de mujer sin fatigas, Julia ordenó con voz enérgica redoblar el trabajo y las ventas, y guardar un poco de dinero para las épocas malas.

Y cayeron las primeras lluvias . . . Fuertes y enérgicas, las gotas tamborilearon su tam-tam de canto negro sobre el tambor débil de los techos; y a pesar de las previsiones, muchos hombres, mujeres y niños, padecieron hambre . . .

Los días grises envolvieron de niebla a La Morena, y sus habitantes adquirieron la palidez de las horas.

Año tras año era lo mismo; pero la miseria es un mal irremediable e incontenible, como la lepra. Se posesiona de un hombre y no lo suelta jamás hasta cuando lo convierte en un guiñapo inservible.

Los ojos tristes de los hombres siguieron la cascada de la basura que vertían los camiones sobre los basureros, empapando la lluvia los desperdicios hasta volverlos poco comercializables. Sólo el vidrio, la lámina y otros objetos sólidos escapaban de la ruina.

Durante un tiempo Julia ideó que no se permitiera descargar la basura sino que la colecta se llevara a cabo dentro de los propios camiones destinados a los desperdicios; pero para ésto se tuvo la dificultad de las horas fijas correspondientes a los turnos de los camioneros, que carentes de máquinas en número suficiente, tenían su horario preciso y limitado que no ofrecía la posibilidad de dilaciones; pero se consiguió cuando menos que el estiércol fuera entregado directamente a las fábricas de abonos químicos que también utilizaban en su trabajo los huesos y las grasas de los animales muertos.

En cambio el papel, el cartón y otros artículos semejantes que son comercializables, no contaban como venta dentro de las operaciones de verano. Y muchos hombres abandonaron por esta causa el basurero.

Damián Rodríguez, descontento y gruñón, no tuvo más remedio que acceder a las sugerencias de su mujer; y dejando por completo a la familia en manos de su esposa, se decidió a prestar servicios como barrendero, desarrollando su trabajo en la ciudad.

La vida entonces tornóse completamente irregular para la familia. Damián que en tiempos normales organizaba todo de tal suerte que se iniciaban y terminaban las tareas armónicamente y a un mismo tiempo, tuvo por su nuevo trabajo que levantarse a las dos de la mañana cuando menos, para llegar, caminando a buen paso, a las cinco horas a la zona respectiva.

Ante sus ojos se abrió un panorama: el de los hombres grises que recojen durante la madrugada la basura que ensucia todas las calles.

Y así comenzó su nueva vida. Caminando con lentitud, acariciado por el viento frío de la madrugada, cruzó la ciudad y llegó a su zona.

Allí el espectáculo era distinto al de los basureros; pero igualmente triste: Los hombres, mostrando la camisa raída y el pecho viril desnudo, "toreaban" el tiempo inclemente con una sonrisa nevada en los labios.

Algunos mientras esperaban su turno bailaban en uno y otro pie, acompasadamente, semejando este paso semirápido un ensayo de danza indígena. Otros, con las manos en los bolsillos, parecían pequeños hombres de paja, costal de huesos y carne en que el ademán y la palabra ausentes hacían que sus cuerpos formaran como un saliente de la pared que pintaba líneas oscuras en la amplitud de la calle.

La mayor parte de ellos, como otros tantos hombres pobres de México, se dedicaban al consumo del alcohol como substancia defensiva de sus males, y como único remedio para evadir la realidad de la pobreza.

En más de una ocasión los hombres que venían desde lejanos lugares para prestar el servicio de barrenderos, perdían su salario por el solo motivo de llegar un poco tarde.

Ni uno solo de los hombres tenía sueldo fijo ni seguridades de ningún género. Parias de la ciudad, hormigas del esfuerzo, ponían todo su empeño, sin embargo, para que la metrópoli luciera sus calles limpias y armoniosas a la admiración de propios y extraños.

La ciudad se dividía en numerosas zonas y delegaciones y en cada una de ellas un grupo de barrenderos se presentaba diariamente para que el trabajo se le distribuyera en forma equitativa. Cada barrendero tenía la obligación de asear determinado número de calles.

Claro que el barrendero no era tan importante como los choferes de los servicios de limpieza; y menos podía compararse con los hombres que manejaban las máquinas barrenderas que como tanques modernos atravesaban la ciudad en el transcurso de la noche, cuando menos durante una vez; pero a ellos quedaba encomendado el aseo de todos los tramos unidos a las banquetas, la limpieza de lejanas colonias, y por este solo motivo se estimaban sus servicios como

importantes.

Aquella mañana Damián después de haber cruzado la ciudad, se acercó al grupo de los barrenderos. Y allí se encontraba el inspector, el que libreta en mano, gritaba:

—¡Juan Anzures!

El aludido contestaba: ¡Presente!

—¡Su turno! —contestaba el otro.

A cada grito acudían los hombres saliendo de lugares insospechados; pero la mayoría se encontraba defendiéndose del frío ocultos en una pequeña tienda en que una mujer gorda y morena, en cuya boca lucía desafiante la luz cruda de un diente de oro que brillaba o se apagaba de acuerdo con la movilidad de sus labios, ofrecía a los desesperados de la pobreza su jarrito de hojas con alcohol, por diez centavos.

Claro que los puestos de esta índole se encontraban prohibidos por las autoridades, pero el inspector ya estaba cansado de luchar contra lo imposible. Además, ¿qué podría hacerse con los pobres diablos? Era indiscutible que el alcohol ayudaba a los carentes de abrigo que eran la mayoría a sostenerse un poco en acción.

Como negocio, el puesto de hojas no reportaba grandes utilidades a su dueña. Doña María, la vendedora de la infusión perniciosa, llevaba monóticamente detrás de su puesto, la friolera de quince años. Vio a muchos hombres caer para no levantarse; a otros morir de tuberculosis, a otros más desaparecer en la vorágine de la miseria; pero ella seguía allí desafiando al tiempo y a la muerte, sosteniendo a los hombres en la alegría del alcohol.

Aunque la infusión era detestable, ella sin saber por qué sentíase en determinados aspectos como una enfermera; y cuando los inspectores de Salubridad le exigieron en más de una ocasión que cerrara su puesto, encontró una forma astuta para volverlo a abrir.

En cualquiera ocasión la necesidad general de los barrenderos para ingerir por las mañanas hojitas con alcohol hubiera sabido burlar a la policía más estricta.

Doña María tenía abierto el crédito para todos los barrenderos; y aunque no ignoraba que muchos de ellos jamás le podrían pagar, ninguno se quedó sin ingerir sus hojitas con alcohol.

La vendedora se nivelaba de sus pérdidas con los hom-

bres que pagaban sus cuentas; pero siempre había un déficit que ella no resentía sólo por la nobleza del negocio y por la explotación que se hacía en la venta que dejaba pingües ganancias.

Doña María llegó a prestar dinero con porcentajes más o menos fuertes; y entró en componendas en más de una ocasión con el inspector para recoger el sueldo de los barrenderos y pagarse así, a la fuerza, cantidades que había prestado de buena voluntad, pero con exceso de usura.

El barrendero en general era un hombre empeñado en sus deudas. Debía en el sitio en que dejaba encargado sus implementos de aseo, ya que el gobierno no había hecho pequeñas bodegas en las distintas zonas de la ciudad; debía a la vendedora de hojas y al puesto de cigarros, y aunque las cantidades diarias de las deudas ascendían a la ridícula cantidad de treinta centavos cuando más, el sueldo de un peso veinticinco centavos que era el salario percibido, veíase mermado por cerca del treinta por ciento de los débitos. Damián escuchaba atentamente los gritos del inspector llamando a los barrenderos por sus nombres, y al mismo tiempo conversaba con sus amigos. Y oyó historias.

Allí estaba el caso de Juan Anzures. Era un buen muchacho. Afecto a su trabajo y a cumplir con su deber. Vivía en Tacubaya y tenía que venir desde ese lugar lejano hasta el otro extremo de la metrópoli para desempeñar su trabajo de barrendero. Debido a ésto, él, como otros hombres que se hallaban en las mismas circunstancias, tenían que caminar varias leguas, pero cuando llevaban la premura del tiempo encima, se veían obligados a emprender abiertamente una carrera durante dos o tres calles; tomar alientos, caminar otras dos calles y volver a emprender nueva carrera, hasta que en estas situaciones los sorprendía la policía la que desde luego les marcaba el alto.

—Señor, soy barrendero.

—¿Y por eso vas corriendo?

—Sí, señor, porque llego tarde, si no . . .

—Cuéntale eso a otro.

—Señor, veinticinco centavitos si usted me deja seguir.

—A lo mejor has cometido un robo. ¿De quién es la co-
bija?

—Pos mía.

—No es verdad.

—Mía, se lo juro a usted por mi madrecita.

El hombre era palpado por todos rumbos y a veces el genearme lo dejaba escapar por veinticinco centavos; pero en otras ocasiones, cuando el infeliz se impacientaba airadamente por la detención, los juramentos no valían de mucho y se le llevaba a la cárcel, en donde permanecía hasta veinticuatro horas detenido sin haber cometido delito alguno.

Las historias continuaban de boca en boca. Allí estaba el caso de Crisóforo Pacheco. Crisóforo había sido un muchacho alegre. Alto y joven, sus brazos poderosos golpeaban con la escoba las calles hasta dejarlas brillantes de limpias. Pero un día pasaron con velocidad increíble unos borrachos que manejaban un automóvil; y lo confundieron con la escoba, barriendo el piso con él.

Allí aprendió Damián Rodríguez que el porcentaje de hombres muertos cuando barrían las calles, era considerable.

El automóvil del inspector, con los faros encendidos, ponía dos triángulos de luz brillante en la oscuridad de la calle. La falta de foco en el poste de la esquina, obligó al inspector a inclinarse cerca de la luz para poder leer la lista de sus hombres, y en medio de los murmullos de los barrenderos se escuchaba su potente voz:

—¡Ladislao Gutiérrez, su turno . . . !

Ladislao Gutiérrez no contestó. —Estará enfermo o encarcelado—, comentaron sus compañeros; y sobre la indiferencia general siguió leyéndose la lista, sin que a nadie importara la presencia o la ausencia de un hombre menos o más.

Sobre la puerta del puesto de hojas, la luz amarillenta recortaba las figuras en mínima acción, apurando rápidamente su dosis de veneno; y este cuadro pálido y amarillo contrastaba curiosamente con los dos triángulos brillantes de la luz del automóvil que iluminaba la figura de hombres en otra clase de acción: pendientes de su trabajo y de la lectura de las listas. Las escobas ligeramente puestas como fusil sobre los hombros, hacían que a las luces de la madrugada los barrenderos semejaran la procesión que forman los muchedumbres durante los domingos de ramos.

La misma calle daba relieve a esta situación paradójica y humana: diversión y trabajo; defensa y ataque; inercia y acción.

La nota predominante en todas las bocas era el lenguaje en que las malas palabras adquirían calidad sonora de protesta natural y significaban tanto o más que el alcohol: eran la defensa de los pobres contra la miseria. Si alguien les hubiera pedido silencio a los hombres o cambio en su lenguaje, se habrían reído irónicamente a carcajadas.

El inspector seguía leyendo nombres: José Segura . . .

Alguien de la multitud gritó:

—Lo enterramos ayer.

Ante la indiferencia general, Damián preguntó:

—¿De qué moriría?

—De tuberculosis, jijo, de tuberculosis. ¿O tú crees que el polvito de las calles es igual al que se untan las rotas en la cara.

—¿Por qué no se ponen el pañuelo para protegerse? —dijo el inspector con tono enérgico; pero sabía que era inútil su observación.

En su descuido y en su falta de precauciones contra la infiltración de la tierra en las fosas nasales, encontraban los barrenderos su punto débil y su fuerza. Tenían una especie de orgullo en salir incólumes de la lucha contra la miseria; sólo que en esta lucha sucumbían anualmente muchos.

—Damián Rodríguez.

Damián se adelantó varios pasos. A su alrededor los hombres tiritaban, con las manos metidas en los bolsillos, saciéndoles de la boca entreabierta una pequeña columna de vapor en que los olores alcohólicos predominaban, así como las malas razones que retumbaban sobre el pavimento, llegando hasta los oídos en forma metálica, desagradable.

Aletea la grulla.

—Macizo.

—Carajo, qué frío hace.

—Pos otras hojas.

Ora ni esas ayudan. Parece como si tomáramos agua.

Sobre la calle gris empezó a caer la lluvia pertinaz, monótona, a gotas pequeñas. La mayor parte de los hombres carecían de sarape y muchos de ellos no llevaban encima más que su overol y una camisa delgada de la que emergía como un tallo delgado el cuello musculoso, con los tendones y las venas en relieve.

—¡Jijo, qué frío!

Y ya nadie se acordó de los muertos, de la tuberculosis,

de los que no habían llegado. El tema del frío se hizo general. Era una especie de lamento que se emitía con un sentido de ritmo monótono, acompasado por la movilización paciente de los pies que eran frotados en una danza leve sobre el suelo, mientras que las rodillas chocaban sin separarse.

Damián Rodríguez se dirigió a un zaguán amplio para pedir sus artículos de trabajo. Pagó sus diez centavos reglamentarios y recogió las "láminas" y la escoba; y así armado cruzó la calle.

Al atravesarla, se topó con Fabián Garza, prieto, alto, flaco, que luciendo su overol raído su camisa sport abierta y un pequeño gorro café que apenas le cubría la cabeza, se dedicaba a lanzar su chorro de orines como minúscula cascada en amplios círculos que dejaban una línea brillante y curva en la desolación de la calle.

Garza reía a carcajadas. Se divertía con ésto como un chico. Había estado ingiriendo tres jarros de hojas con suficiente alcohol y su nariz enrojecida podía apreciarse por los reflejos que dejaba caer sobre ella la luz del automóvil.

Damián se quedó de pie, mirando a Garza. De primero le indignó un poco aquella tarea a su parecer estúpida; pero terminó también por reír, festejando la ocurrencia. Los hombres que esperaban su turno, dándose cuenta de la situación, también reían.

Con las lágrimas brotándoles de los ojos por el esfuerzo de tanta risa, Garza se acercó al grupo abrochándose el pantalón, y con sonrisa maliciosa expresó cálidamente.

—Acabo de dejar la firma Garza en "todita" la calle.

Rieron a coro. Les parecía estupenda la acción. Inconscientemente festejaban el gesto valeroso de mearse y hasta ensuciarse en toda la calle que los tenía prisioneros con su inmundicia durante varias horas diariamente.

Apreciaban el gesto de Garza como una liberación momentánea de la esclavitud. Todavía podían mearse y escupir sobre la miseria; y mientras que hicieron ésto, no habían dejado de ser hombres.

Aquella mañana los barrenderos trabajaron satisfechos, y hasta uno de ellos cantó con voz rajada y bronca:

—Me importa madre que tú ya no me quieras...

Sobre el asfalto de la calle, la firma Garza fue borrada a los pocos instantes por la lluvia...

IX

SIN SABER POR QUÉ, para Damián, el barrer, había sido siempre menester propio para mujeres; tal vez por eso, humillado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, no tuvo más remedio que tomar entre sus manos la escoba y empujar con desgano la basura.

La lluvia había dejado humedecida toda la calle y en el gris pálido azuloso de la mañana, el barro color chocolate hacía pesada la escoba para las manos inexpertas de Damián, que en vano la intentaban pasar lo más levemente posible, como una pluma, sobre la superficie lodosa tratando de recoger así los papeles y el detritus de la metrópoli.

En más de una ocasión sus manos se resistieron a la hábil maniobra que hubo de suspender por momentos, hasta que los otros barrenderos, con más experiencia, le aconsejaron dejar las cosas como estaban en los sitios donde el agua hacía imposible el barrido; y concretar éste a los lugares más secos.

Los ojos de Damián se extendieron a su alrededor. La ciudad dormida y sin ruidos, ofrecía sus amplias calles como alas extendidas y grises, a las que ponía tonos violáceos el reflejo todavía oscuro del cielo. Estaba amaneciendo. Muchas veces había visto Damián amanecer, pero nunca en forma tan triste como en esta ocasión.

Toda la ciudad se le antojó de pronto un enorme sudario gris en que los hombres tenían calidad de fantasmas a

los que nunca abandonaba la noche. Las figuras borrosas de sus compañeros habían perdido la altivez del paso y solo eran pequeños montones humanos, inclinados sobre una escoba, en forma servil.

Viéndolos así Damián pensó con amargura que no era extraño que hasta las aves los pudieran confundir con odiosos espantapájaros. En cuanto a los transeúntes, pocas veces se fijaban en los barrenderos; tal diríase que estos hombres eran una basura más.

Poco a poco iba amaneciendo. Las estrellas se convertían en puntos suspensivos con los que ponía término el misterio de la noche; y el sol iba aclarando las cosas dejando sobre ellas tonos dorados.

El tráfico de la calle se inició con timidez. En la mañana que apenas nacía, el ruido de un claxon habían perdido su tono estridente para convertirse en anuncio triunfal de la aurora.

Los repartidores de periódicos, los lecheros, los panaderos, cruzaban raudos para llevar el sustento espiritual y material de cada día a los barrios más lejanos. Viéndolos transitar, pensó Damián, diríase que en ninguna casa se carece de sustento... pero aquello como otras tantas cosas, no pasaba de ser una mentira.

Sin desearlo sentíase cansado. Ya había recorrido con su escoba varias calles pero todavía faltaban muchas; y la tarea debía terminarse a las siete en punto.

Sus ojos soñolientos se extendieron en derredor. La amplia calle era partida en el centro por el musgo verde, semejante al vello de un sexo fuerte. Sobre el césped, como puntos dorados, estaban cientos de hojas secas, que tenían el mismo tono del pan cuando recién sale de los hornos.

Era divertido ver cómo el barrendero encargado de la limpieza de los bulevares iba recogiendo en la punta aguda del palo que tenía en un extremo un clavito pequeño, estas hojas que crujían dolorosamente y cuyos cuerpos sin flexibilidad iban amontonando su dorado esplendor en el saco de la basura. Igual cosa se hacía con los papeles; pero no, no era lo mismo. Tenían más belleza los árboles aún cuando estuvieran muertos.

¿Por qué los árboles, a pesar de que sus miembros yacieran en distintas direcciones no daban jamás una impresión penosa? ¿Si sucediera igual con los hombres! Damián recor-

dó un choque de ferrocarril. Los brazos, las piernas, los toros, las cabezas despegadas de los cuerpos, los nervios como cuerdas flojas, no tenían la belleza de hojas de árbol; eran masa sanguinolenta y destrozada. Y de pronto comprendió por qué. El árbol al arrojar sus hojas se revestía de nuevo ropaje; el hombre al destruirse no renacía; pero pensó con ternura en sus hijos y los consideró como hojas vivas a las que empapaba de rocío el llanto mañanero cuando urgidos por el hambre, le pedían pan . . .

A Damián se le nublaron los ojos y el paisaje ya no fue sino una mancha informe de gris, verde y azul. De pronto se quedaron prendidos en un punto luminoso: ¿era el reflejo de la luz sobre el agua aquel punto plateado? Tímidamente se acercó y pudo cerciorarse de que no, aquello que brillaba acariciado por el sol era un objeto semi-oculto por el lodo.

Su optimismo logró abrirse paso y creyó como otras muchas veces habían creído innumerables barrenderos, que el milagro se hacía palpable y que un tesoro que le aceleraba el latir del pecho con todo el inesperado hallazgo de una sorpresa estaba allí, a sus pies.

Tembló por un instante. Su mano tímida se alargó pero temeroso de que alguien lo sorprendiera, la ocultó nuevamente y luego la aferró al palo de la escoba, mientras que sus ojos buscaron formas humanas vigilantes. Nadie paraba atención en él.

Poco a poco venció su miedo de ser visto y rápidamente se inclinó y se levantó, llevando entre las manos el objeto brillante. En el fondo de sí mismo sintió algún descontento. De principio había soñado con una moneda de a peso; y ahora solo tenía en las manos una cuchara. Luego se alegró. Un hallazgo era un hallazgo. De todos modos estaba bien . . .

Ocultó el objeto en la bolsa del pantalón y pensó en la alegría que les iba a proporcionar esa tarde a sus hijos. Allí nadie conocía una cuchara nuevecita; solo sabían de estos instrumentos por los desperdicios que llegaban en los carros de la basura. Alegrementemente pensó que iba a molestarlos continuamente embromándolos para que ya no comieran con los dedos. El personalmente tenía más agrado devorando los alimentos de esta manera. ¡Al diablo la cuchara!

Por un instante pensó en venderla con alguno de sus

compañeros, ya que a él no le servía para mucho; pero luego imaginó que la misma iba a convertirse en materia de diversión dentro de la casa. Y no dijo nada del hallazgo.

Casi había terminado de barrer las calles que a él le correspondían, y ya desde el extremo final de su tramo podía divisar a su compañero que más rápido que él, se encontraba fumando recargado en la esquina, después de haber terminado su tarea.

Eran amigos desde hacía unas horas. Se llamaba Ranulfo Aguirre. Era hombre de cierta edad, de cara oscura y cabellos lacios. Un poco gordo y con las manos callosas de tanto haber manejado la escoba en el transcurso de los años.

A pesar de su aire adusto, tenía el aspecto de un chico cuando fumaba el cigarro. Un aire inocente y tranquilo.

—¿Qué hay? ¿No has terminado?

Damián quiso decir muchas cosas que le nacían en el pecho y se le inmovilizaban en la garganta y en la lengua. Nunca pudo expresar lo que sentía y ahora menos que nunca.

—Lo que nos pagan no alcanza para mucho.

—No; no alcanza.

—Habrà que pedir un aumento.

Damián contestó como un eco: —Habrà que pedirlo. Luego, reflexionando —Pero eso ustedes, que tienen ya años; yo acabo de comenzar.

—Todos tenemos derechos.

Damián se estremeció. Ya hacía tiempo que oía las mismas cosas.

Los hombres que arreglaban y limpiaban la ciudad se apoyaban en esta palabra como en el palo de sus escobas, ¡Los derechos! ¡Bah! Como él, muchos eran escépticos y no porque no creyeran en sus derechos, sino porque dudaban de los hombres. Los hombres buenos no abundan en ninguna parte y el olvido de uno mismo para bien de la colectividad requiere sacrificios que equivalen a una especie de suicidio.

Pero Damián no dijo nada. Sabía que todos necesitaban dinero, y que era necesario pedirlo. Así pues, sólo murmuró después de meditarlo:

—Estaré con ustedes.

—¿Te cansaste mucho?

—No tanto.

—Ya te saldrán por hoy ampollas en la mano. Mañana serán más dolorosas. Hasta que se te curtan, así . . .

Ranulfo extendió sus manos callosas, endurecidas, en que ni después de horas de barrer las calles podían dejarle las escobas señales mayores en las manos.

A Damián le pareció aquello una crucifixión. Las manos le dolerían, tal vez le sangrarían . . . Luego sonrió con desprecio. ¡Vaya con el señorito! Pues ya debía estar acostumbrado después del trabajo allá, en los basureros; pero luego meditó que no era lo mismo. Allí lo ayudaban su mujer, sus hijos, y él era ducho en el oficio; aquí no lo ayudaba nadie y el trabajo de mover la escoba era monótono, semejante al de un remero. Con razón las mujeres se cansaban después de trabajar en la casa.

—¿No te encontraste nada en la calle?

Damián se sobresaltó. No le gustaba mentir, pero creyó que era procedente hacerlo. Entre negar y afirmar, prefirió guardar silencio. Luego preguntó:

—¿Y tú?

—Ya hace mucho que no me encuentro nada. Años ha, los borrachos abandonaban dinero sobre las aceras, objetos valiosos, pero ahora . . .

—¡Allá viene el inspector!

El inspector de zona, pequeño y esmirriado, con la cara de color de aceituna podrida, clavó sus miradas iracundas sobre los dos hombres, y expresó dirigiéndose a Damián:

—Vaya de conversa, mientras en la calle todo es basura.

—Ya he barrido.

—¡Si a eso le llamas barrer!

—Lo haré de nuevo, si gusta.

El otro se suavizó. —No, pero mañana pon más cuidado. Si no lo haces bien, no te pagaré hasta que aprendas. Jijo, uno no puede ser la beneficencia pública.

El inspector se alejó refunfuñando, mientras Ranulfo le aconsejó a Damián algunas argucias del oficio. Cuando no pudiera arrastrar la basura con la escoba, era indispensable recoger nada más los papeles más visibles, principalmente en épocas de lluvias, pues de no recogerlos con la mano, la escoba era incapaz de arrastrarlos, los dejaba pegadísimos al lodo.

Lo importante, en tiempos secos, era pegar mucho la escoba al filo de la acera, que era donde se acumulaba la

mugre y poner todo el resto de la calle al cuidado de las barrenderas; de este modo, con la escoba manejada bien, cada barrendero terminaba en muy poco tiempo su tarea.

Damián agradeció los consejos. El otro satisfecho de su lección, tomó la escoba, la juntó a la acera y le dijo:

—Así . . .

Se encontraban casi en una esquina. Damián lanzó un grito que se le medio estranguló en la garganta. Un coche manejado por borrachos, dio inesperadamente la vuelta a la calle. La defensa reluciente, brillante, fue lo que vio Damián, deslumbrado por la luz enceguedora de los faros.

—¡Ranulfo!

Damián rápidamente ocupó la banqueta; Ranulfo, sin poder conseguir equilibrio, y debido a la premura de la huida, cayó sobre el pavimento, pegando su cabeza justamente en el filo de la acera.

La masa encefálica quedó a la vista, al romperse el cráneo semejaba una granada abierta. Después fijóse Damián que sobre la acera estaban unos pocos de sesos revueltos con sangre. Sin desearlo, sin quererlo, tuvo un pensamiento basado en la gastronomía. Aquello parecía chorizo con huevos fritos. Se horrorizó de sí mismo, y procuró ayudar a su compañero. Todo inútil. se hallaba muerto.

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

El grito retumbó en la calle, y acudieron al poco instante otros barrenderos. Los hombres no dijeron nada. Los más se persignaron y se quitaron la gorra. Damián le cruzó al muerto los brazos sobre el pecho.

—¿Y ahora?

—A la delegación más próxima.

Era la voz del inspector. No tuvo una frase de piedad; ni se persignó siquiera.

—La culpa es de ustedes, dijo cortante. Ya les he advertido muchas veces que tengan cuidado.

—Es que . . .

No dejó que continuara Damián, cortándole tajante. —A veces se emborrachan tanto que confunden a la escoba con una muchacha. No es raro que pierdan la cabeza.

Esto hizo reaccionar a los hombres que dijeron amenazantes: ¡Cállese! ¡Cállese usted!

El inspector los miró sin rencor y con indiferencia, murmurando:

—¿Qué esperan? A la delegación próxima.

Allí se levantó el acta. Después alguien tuvo que ir a dar la noticia a la viuda. Ranulfo tenía mujer y seis hijos. Todos quedaban en la calle. Pero en la calle estaban desde antes de morir el padre. Con salarios tan bajos era imposible que ninguna familia comiera. Sin embargo, en la pobreza del hogar, el hombre muerto había dejado un hueco profundo para ir a llenar el de la sepultura.

Damián llegó ese día bastante tarde a su casa. Sin desearlo, había tomado unas cuantas copas y sus pies se tambaleaban, mientras que de sus labios salían las notas de una canción obscena.

Hacía años que Damián no se embriagaba. A Julia le extrañó esta actitud de su marido y pensó con rencor en la ciudad. Realmente, a Damián no podía dejársele solo.

Sin embargo, cuando su marido entró en la casa, no dijo una sola palabra y fingió dormir; pero ya no pudo fingir más cuando la mole de su marido fue una sinfonía de sollozos que le eran lanzados sobre su propio oído.

—¿Qué es, qué te pasa?

Julia sentía una ternura inmensa por Damián. Habían luchado mucho tiempo juntos y era para ella un ser sumamente querido. Un hijo más. Todo su enojo se desvaneció e inquieta repitió su pregunta, tomándole la cara con sus dos manos.

—¿Vamos, dí, qué te pasa?

Damián contó entrecortadamente la tragedia y luego expresó con los nervios hechos pedazos:

—Julia y si un día . . .

La mujer le tapó enérgicamente la boca con sus manos. Luego dijo con reconcentrada fe:

—¡Jamás, jamás!

Acariciándolo como a un niño, logró que Damián conciliara el sueño.

A la madrugada siguiente, su mujer le hizo mil recomendaciones. Le abrigó el cuello, lo besó en las mejillas y Damián se sintió feliz. Hacía mucho que Julia no le dispensaba tantos mimos y atenciones. Volvían a estar como recién casados. Después de todo, la desgracia servía para algo.

Al mediodía llegó bastante temprano, y cuando todos se sentaron alrededor del brasero, Damián, asumiendo el mismo aire que tiene un prestidigitador de fama, sacó de lugares

insospechados el objeto reluciente que había guardado desde el día anterior para sus hijos: una cuchara.

Al verla brillar en el cuarto oscuro, todos se quedaron con la boca abierta. Luego, de los labios salió la misma pregunta: ¿Para mí? ¿Para mí? Damián orgulloso, como en sus mejores tiempos dijo gravemente:

—No, esta cuchara es para tu madre.

Julia sonriente y ruborosa, miró la cuchara, la puso cerca de su cara a manera de espejo; la frotó con su delantal y luego la colocó muy despacio y cuidadosamente sobre la pobre mesa, en medio del humilde refrigerio, y dijo con suavidad:

—No, Damián. La cuchara es para todos.

X

PARECE INCREIBLE que un artículo de tan poca monta y relieve como una cuchara, que es vista con indiferencia en cualquier hogar en que reina la normalidad, fuera contemplado en la casa de Julia, anclada en el basurero, primero con admiración; luego como un artículo de lujo; después como algo estorboso para la comunidad primitiva de los dedos; Julia, dándose cuenta de la actitud de la familia, y no deseando que Damián se pusiera susceptible por el trato que se le daba a su obsequio, decidió guardarlo.

Así lo hizo; pero la niña menor descubrió el escondrijo y logró jugar a hurtadillas con la famosa cuchara usándola a manera de azadón sobre la tierra húmeda con el fin de sembrar algunas semillas que más tarde florecieron en bellos mastuerzos.

Un buen día la cuchara se rompió, y de su brillo ya sólo quedaba el plomo oscuro y vulgar que no interesaba a nadie.

La pequeña, temiendo ser reprendida, arrojó la cuchara inservible al basurero contiguo. De allí fue llevada en calidad de desperdicio a la Secretaría de la Defensa Nacional donde más tarde sería convertida en bala.

Este fue el único suceso digno de mencionarse durante treinta días que siguieron al aciago en que Ranulfo fue muerto por un coche.

Desde entonces Damián no podía ver un objeto brillante

sin que asociara el recuerdo de la defensa del automóvil asesino y del hombre arrojado sobre el pavimento. Fue este uno de los motivos de su desprecio hacia la cuchara que él mismo trajo a casa; y de que no llevara al cinto, como antes, su cuchillo; pero de estos secretos no le dijo nada a Julia por temor de parecerle débil.

La única que no perdía su línea recta era Julia. Aseaba a los niños que tenían que partir para la escuela; cocía una yerbita para Damián antes de que este abandonara la casa para irse a barrer las calles y vigilaba de cerca a Mariana a fin de que cumpliera con sus obligaciones.

Por las tardes hacía milagros con la ropa vieja, y de un pedazo de sábana al parecer inservible, sacaba dos o tres calzoncitos para las niñas; de trajes viejos de Damián, pantalones para Augusto. Julia sabía de todo; nunca nadie la escuchó decir: No sé. Bien o mal, de sus hábiles manos salían adobes, calzoncillos, elásticos centavos que agigantaban el presupuesto familiar; tortillas, guisos bien condimentados, y pescozones para los chicos desobedientes.

Damián continuaba yendo regularmente a limpiar las calles. Este trabajo era molesto. Sentíase menos hombre desde que lo hacía, y por esto mismo escuchábasele decir como antes, cuando se encontraba recién casado con Julia: Verás, un día tendremos dinero . . .

Ella lo oía en silencio y jamás se rió. Era necesario mantenerle su fe. De todos modos le agradaba oírlo hacer planes para entregarle joyas, dinero, golosinas. La falta de dinero nunca los había separado y los sueños jamás dejaban de ser hermosos. Al menos los pobres tenían este derecho: ¡Soñar!

Nunca más Damián volvió a encontrar otra cosa; y aún cuando todas las mañanas abandonaba la casa henchido con la esperanza de nuevos y milagrosos hallazgos más productivos que una modesta cuchara, no pudo descubrir en las calles sucias más que los acostumbrados papeles, colillas de cigarro, etc.

Pronto aprendió que los barrenderos tenían algún negocio: vendían por su cuenta y riesgo los papeles encontrados y además sacaban algún dinero de una nueva industria: "destripar" colillas.

En efecto, semanariamente cada hombre reunía cuantas colillas encontraba, y al final de siete días tenía una buena

cantidad de tabaco en las manos; tabaco que vendía por kilos, medios kilos, etc., de acuerdo con su propia suerte. Así fue como Damián vio aumentado el presupuesto de la familia con unos cuantos centavos que fueron de bastante utilidad.

Igualmente eran vendidos los tubos de colorete vacíos, las botellas, los zapatos viejos y otras cosas semejantes.

Nadie se podía meter con los botes de la basura porque ésto correspondía a los hombres de los camiones y por lo tanto a ellos beneficiaba la venta, Según supo Damián a estos individuos les tocaba siempre la mejor tajada, pues de muchas casas eran arrojados desperdicios de diversa índole, sumamente utilizables.

Ya cuando la basura iba a reconcentrarse en la Morena, los hombres de los camiones habían hecho una separación de los objetos servibles que en más de una ocasión pudieron colocar en las casas que se dedicaban a la venta de objetos viejos.

Damián como de costumbre abandonó aquella mañana su casa para dirigirse a su trabajo. Cruzó las calles y los basureros, la carretera y las banquetas y al fin se encontró con su escoba entre las manos, dispuesto a desempeñar su tarea.

En las brumas del amanecer pudo contemplar a una muchacha que abandonó sigilosamente una casa y que por todo su aspecto parecía ocultar algo que la hacía temblar.

Con toda cautela la siguió, pudiendo ver que su objetivo inmediato era el bote de la basura. Algo podía verse en los brazos de la muchacha: un bulto grande envuelto en papeles. ¿Qué sería?

Sin vacilar, Damián Rodríguez cruzó rápidamente el tramo que los separaba y cuando ella estaba a punto de arrojar su paquete en el bote, Damián le detuvo ambos brazos, dejándola totalmente paralizada.

La mujer volteó a verlo con el terror pintado en el rostro.

—¿Qué llevas ahí? —Dijo Damián.

Ella guardó silencio. Era una muchacha joven, de cabellera bronca y piel oscura. Manifiestamente una criada.

—¿Qué llevas ahí? —repitió Damián.

La muchacha pugnó por desasirse del apretado abrazo, revolviéndose como una fiera herida. Sus labios, sin embargo, no se movieron. Las manos de Damián la aquietaron, inmovilizándola.

—Si me dices qué es, te deajo ir. ¿Por qué te asustas? ¿Has cometido un crimen?

La muchacha lo miró con espanto y de pronto, en su cara dura y enérgica se pusieron de relieve dos lagrimones cristalinos.

¿Por qué lloras?

La muchacha continuaba guardando silencio; pero a las palabras de Damián se desató en una verdadera lluvia de lágrimas, escondiendo la cara en el rebozo.

—Déjame ver que ibas a tirar.

Al decir Damián ésto, fue como si la muchacha hubiera recibido un toque eléctrico, porque logró desasirse de las manos de Damián que se habían aflojado un poco; y al verse libre, echó a correr por toda la calle.

Damián vaciló en seguirla, pero como la actitud de la muchacha denotaba que había cometido algo de cuidado, resolviéndose al fin, la persiguió.

—¡Detente!

Al oír los gritos de Damián, ella corría más y más. Era una verdadera huida. Damián pensó que si no apresuraba el paso, la muchacha lograría penetrar de nuevo en la casa de donde había salido y que era difícil entonces saber qué cosa era lo que iba a arrojar en la basura. Estirando más las piernas logró al fin cortarle el paso.

Los dos jadeaban y se miraron como enemigos. En los ojos de la mujer ya no había ni miedo ni llanto. Solo una mirada fría y dura. Sin querer, Damián bajó los ojos.

—¿Por qué me sigue usted?

—Parece como si hubieras cometido un crimen.

—No he cometido ninguno.

Lo miraba desafiadamente. En realidad Damián sintióse desanimado. ¿Qué derecho tenía él para interrogarla ni para seguirla? Después de todo arrojar un paquete en el basurero no es ni con mucho un delito. Sin embargo, algo lo retenía de pie, ante ella, sin permitirle que entrara.

La mujer empezó a inquietarse y de sus labios endurecidos brotaron insultos, más insultos; envalentonada por el silencio de Damián, le dijo:

—Déjame pasar.

Damián sin decir nada, arrebatóle el bulto de las manos. El papel al desgarrarse, dejó a la vista el cuerpo de un niño muerto.

El hombre y la mujer se miraron paralizados.

—¿Tuyo? —Le dijo Damián.

Ella negó con la cabeza; pero por su actitud claramente podía verse que el niño le pertenecía.

—¡Perra!

Ante el insulto la muchacha levantó la cabeza con altivez, y de sus labios endurecidos diríase que iba a brotar una nueva sarta de insultos; pero también como al principio, prefirió guardar silencio.

—Vamos a la delegación.

Ante el pensamiento de la policía, la muchacha se quedó helada.

—No, dijo al fin, allí no.

Su voz sonaba hueca y al mismo tiempo fuerte. Su cara más endurecida se plegó toda entera en un rictus mantenido por una decisión interior inquebrantable. Damián supo por intuición que antes de presentarse a la policía la muchacha hubiera preferido la muerte.

—No pretenderás . . .

—Déjeme usted ir, contestó perentoria.

Damián sonrió. De nuevo la mujer sentíase desvalida y débil. Ya no lo tuteaba. Pensó por un instante: si hacía lo que ella le estaba pidiendo, se vería con el niño muerto entre las manos; si la dejaba arrojarlo en el bote de la basura, la cosa le podría traer como consecuencia algunos interrogatorios por parte de la policía; pero él, claro está, no había visto nada. ¡Quién sabe qué motivos tuviera aquella infeliz para matar a su hijo! . . . Pero los que fueran, como fuera, tal cosa no tenía disculpa.

La lucha se intensificó dentro de su ser. Al fin pensó que como cualquiera otra persona, ella tenía derecho a ser oída, a contar su historia.

—Bien, le dijo. Te permitiré que arrojes el cuerpo al bote de la basura; pero luego tendrás que explicarme por qué lo hiciste. Si la historia no me gusta, entonces . . .

—Me denunciará a la policía, dijo la muchacha advirtiéndose cierta sorna amarga en su respuesta.

Sí; te denunciaré a la policía.

—Aquí trabajo, —dijo con estoicismo, —y aquí me encontrarán si me buscan.

Se miraron uno al otro y se entendieron. La miseria los hacía cómplices. Sin decir una palabra, caminaron ambos

hacia el bote de la basura, y allí, con sumo cuidado, mientras que Damián vigilaba la calle desierta, la muchacha dejó su penosa carga.

Después pudo darle curso abierto a un llanto silencioso, amargo, profundo.

—¡Mi hijo! —Murmuró.

Sin saber por qué, esta actitud indignó a Damián. Lo consideraba todo una comedia. ¡A buenas horas salía ella con sentimientos hacia su hijo!

—Cállate, le espetó con violencia.

Ella hizo un esfuerzo visible y se dominó. Como un lamento dolorido sólo pudo decir:

—Era mi hijo . . .

—¡Y lo mataste! ¡Vamos!

La muchacha dobló la cabeza humillada. Guardaba silencio que parecía no iba a romperse nunca. Damián pensó en un instante en casos como aquel que ahora veía de cerca; pero de los que frecuentemente había oído hablar.

Una vez que alguien platicaba cosas semejantes, Julia protestó, indignada:

—A las mujeres así debían arrancarles las entrañas.

Esto le dio valor. No, realmente, no debía prestarse a nada de lo que había hecho aquella mujer. ¿Por qué la había ayudado? ¿Y Julia, qué diría Julia? El pensamiento lo aterrorizó. Quiso regresar al bote de la basura, sacar al niño muerto y presentarlo en la delegación; pero al volverse, pudo mirar que la calle había empezado a poblarse de transeúntes. Miró a la mujer. Sus ojos suplicantes, de agonía intensa, también lo detuvieron. ¡Ya las cosas no tenían remedio!

Caminaban él y la muchacha en silencio. Damián pensaba rápido. Sí, se habían dado muchos casos semejantes. ¿Cuántas mujeres mataban a sus hijos anualmente? El nunca había tenido temor a que los hijos vinieran; así, pues, no podía entender el que por la pobreza o por alguna causa determinada se eliminase a las criaturas.

Algunos pequeños sufrían muertes horribles. Se habían dado casos de chiquitines cuyos cuerpos flotaban en el drenaje; otros asfixiados apenas nacidos; algunos más ahorcados con las propias manos de la madre. En realidad, aquello era algo que repugnaba.

También sabía de muchas mujeres que abortaban y se

quedaban tan campantes. Y sin embargo, "eso" era tan grave como matar a un hijo. En resumidas cuentas, era lo mismo.

¿Cómo podía alguien ser capaz de matar a un ser tan querido, tan amado como es un hijo?

Con la voz ronca, Damián se detuvo junto a la mujer, obligándola a pararse y mirándola a los ojos, le lanzó la pregunta:

—¿Por qué lo hiciste? Vamos, explícate.

—En realidad no supe lo que hacía.

—¿Fue por la miseria?

Ella negó con la cabeza.

—¿Por el temor a la familia?

—Tampoco.

—¿Tenías miedo de perder tu trabajo?

—¡Qué val

—¿Pues entonces?

Damián comenzaba a impacientarse. Odiaba en principio a esta mujer dura y fuerte, que no le esquivaba los ojos, a pesar de su crimen y que estaba erguida y orgullosa frente a él.

Luego pensó, con una sonrisa, que no era el primer hombre al que se le hacía de lo más difícil comprender a las mujeres. ¡Al diablo con ellas!

En realidad, meditó, todas las preguntas que le hacía eran tontas. Damián había ido cuando chico a la escuela, e inteligente y sensitivo por naturaleza, su intuición lo guió en trances difíciles. Podía comprender unas cosas y razonar otras.

Pero todas las sentía.

La gente del pueblo, meditó, no tiene interés alguno por el matrimonio. A nadie le extraña que una mujer del pueblo tenga un hijo, y a ella por su parte lo único que le interesa es cumplir con su destino.

En muy raras ocasiones las mujeres del pueblo rehuyen la familia. Cerca de la naturaleza, formando parte de ella, adquieren algo de su grandiosidad. Dan un hijo tan bellamente como el árbol da frutos y las plantas flores.

Tampoco a las mujeres del pueblo les importa mucho el sostenimiento económico, pues su ciego instinto animal y puro, les dice que el hombre rara vez se hace responsable del impulso que lo llevó al deseo; pero nada más.

Con una curiosidad que él sintió morbosa, quiso penetrar en los recónditos misteriosos de aquella mujer. Por su apariencia desvanecida y a la vez fuerte, veíase claramente que acababa de dar a luz.

Mucho debió de ser el fuego que la consumía, que la obligó a levantarse, a matar, a salir a la calle y arrojar sin contemplaciones y sin miedos, su hijo a la basura.

—¿No lo querías?—Se atrevió a preguntar Damián.

La mujer contestó rápida y cortante: ¡No!

Aquello sonaba a cosa inaudita. Por lo regular sabíase que las madres siempre quieren a sus hijos. Aquella mujer debía de estar completamente loca.

—¡No lo querías! ¿Por qué?

—¡Qué te importa!

La respuesta lo dejó anonadado; pero luego se repuso. ¡Vaya si le importaba! Habían hecho un trato. Así se lo dijo, expresándole:

—No te queda más remedio que contarme tu historia, si no quieres ir a la “enrejada”.

—¡Cochino! La mujer escupió. Claramente podía notarse que las fuerzas la abandonaban. El la invitó a que se sentaran sobre la acera.

Cuando estuvieron instalados, Damián esperó, en silencio. La mujer inició una conversación en que abundaban las confidencias. Sentía el deseo de vaciarse, como un río que se desborda y se sale de cauce.

—No. No se había entregado inconscientemente. Lo hizo con toda la pasión de que era capaz su cuerpo joven y anhelante.

—¿Fue en esa casa? —Preguntó Damián.

Ella negó con la cabeza. Su pasión de nuevo le traspasaba la carne y sus ojos brillaban en la oscuridad de la cara.

—¿No lo has vuelto a ver?

—¡Hizo tantas promesas! —suspiró ella. ¡Muchas promesas!

Lo había amado intensamente. Durmieron muchas noches juntos, y cuando supo que ella estaba encinta, ya no la deseó más. Desapareció, no volvió nunca. La dejó sola con su miseria y con la nueva vida que la agitaba, empequeñeciéndola. ¡Qué inútil sintióse los primeros días en su desolación!

Pero no podía creerlo, y todas las noches lo esperaba. El

menor ruido le apresuraba los latidos del corazón. ¡Era imposible! ¡Era imposible! ¡El había hecho tantas promesas! Pero pasaron un mes, dos . . . y la soledad se hizo más intensa. Entonces todo el amor que le había cultivado devotamente, se le transformó en odio. Y sólo tuvo un pensamiento: ¡Matarlo! ¡Matarlo como a un perro! ¡Ahorcarlo entre sus propias manos!

Atropelladamente la muchacha contaba sus tragedias. Y puso las cartas sobre la mesa. Un fraude. Eso era lo que se le hizo, a título de amor.

La había defraudado en lo que es más sagrado para una mujer: en su fe, en su sexo. El hijo después de todo, no era para ella más que una consecuencia de todo lo anterior.

Cuanto más sintió el fraude, más odio le tomó al niño. ¡El representaba tanto al padre!

En realidad, era inútil. El hijo no le había servido para retenerlo. Por él, por el hijo, había perdido al hombre . . . ¡y sólo le quedaba en sus días ilimitados aquella consecuencia del sexo!

Y atropelladamente el pensamiento fluía. Las frases luchaban entre sí, primitivas y pequeñas, pintando con dos o tres colores fuertes sintetizados en palabras simples todo el dolor de una vida.

—¿Sabe usted? —dijo— en estos casos supongo, las mujeres respondemos al fraude de dos únicos modos: o ponemos en el hijo todo el amor que nos falló en el hombre, o aborrecemos al hijo. ¿No lo cree?

Yo aborrecí a mi hijo. ¡Dios me perdone!

Damián escuchaba en silencio. Sentíase fascinado en este mundo íntimo de las mujeres que así, como fieras heridas, distaban mucho de tener la clásica resignación que se les atribuía. ¡Qué misterios profundos de la naturaleza en que el instinto salta como una bestia salvaje sobre la maternidad purísima y la atropella!

Por la mente de la muchacha jamás pasó el deseo de abortar al niño. Pacientemente llevó su embarazo hasta el fin, y estaba resignada a la maternidad y al sufrimiento consiguientes. Toda la noche había padecido agudos dolores que sufrió a solas, en su cuarto de criada; y ya cerca de la mañana, sintió que algo se desprendía de su propio cuerpo, quedando sin embargo, ligado a ella. Sobre el petate de la habitación corría la sangre. La placenta salió a los pocos minu-

tos y la bañó con su viscosidad. Y ella estaba allí, laxa, e inútil, sin fuerzas para moverse. ¿Cuánto tiempo pasó así? ¿Una hora? Nunca lo supo. Cuando levantó la cabeza, temió que el niño se hubiera ahogado en la sangre materna; pero no, respiraba quietamente, trabajosamente, con una potencia vital maravillosa.

¡Al fin su niño había nacido! Quiso encontrar su ternura, pero le fue imposible moverse. El niño permanecía en medio de sus piernas abiertas como un muertito, colgando de la madre por medio del cordón umbilical.

Y el primer pensamiento malévolo le cruzó por el cerebro. ¿Y si muriera ahogado en la propia sangre que le brotaba a raudales del sexo? Esperó, esperó casi sin respirar. Y luego escuchó que el silencio y su espera eran rotos por el llanto tierno y semiahogado. Sintió de pronto un odio profundo contra la criatura. Un odio que se le ramificaba por el cuerpo como las venas que le recorrían toda la carne. Un odio que le brotaba de las profundidades de las entrañas.

Todo el odio que no había podido dar curso en el padre, tomó forma precisa en el hijo. ¡No quería aquel hijo! ¡Había amado demasiado y la defraudaron! su cuerpo dolorido gritaba y protestaba contra aquel fraude. Otras mujeres podían consolarse de los fraudes que les habían cometido y refugiar su dolor o su ternura en los hijos. Ella, no. Lo había amado honda y apasionadamente y en estas condiciones las mujeres no hallan ningún refugio ni en la soledad ni en la maternidad.

De pronto comprendió que aunque hacía tiempo que no lo había visto, continuaba ligada a él, ligada y enraizada, como las ramas de los árboles dependen del tronco.

Tuvo el deseo de conocer a su hijo. Un deseo vivo, como el que experimentó cuando ansiosamente acercó sus labios a los del hombre para recibir el primer beso. Se levantó trabajosamente y lo sostuvo en sus manos. Con sus dedos temblorosos cortó el cordón umbilical que se quedó en parte adherido en la punta de las uñas. Sí, se parecía a él.

Por un momento sonrió. Allí estaba de nuevo, con toda su zalamera y odiosa hipocresía retratada en la suavidad curva de los labios. La misma nariz y los mismos ojos, ¡sólo que tan imprecisos! La frente y la forma de los dedos. La cara demasiado pequeña y surcada de arrugas nuevas, fue limpiada tiernamente por la madre. La sangre le continuaba

corriendo, pero ella no la sentía. Sólo su ternura inmensa, ahora, inundaba el cuerpo dolorido.

De pronto, sin saber ella por qué, le entró de nuevo un odio sin límites. Y sus manos luego de acariciar la cara, pasaron a la garganta y ya no supo más: la apretó y el pequeño corazón semejante al de un pájaro implume, dejó de latir.

Desde el fondo de sus entrañas la mujer sintió que la única forma de liberarse del hombre que la había defraudado era matándolo y no habiéndolo podido hacer con el padre, lo hizo con la representación sexual más grande, más directa, más precisa que del hombre tenía: el hijo.

Al sentir el cuerpecito flojo entre las manos, le entró una pena profunda. ¿Qué había hecho? Quiso volverlo a la vida y lo golpeó en distintas partes: a cada nuevo golpe al niño se le hacían rodetes morados. Cuando al fin pudo verlo con más serenidad, el niño parecía haber sido víctima del más monstruoso de los crímenes.

La mujer tuvo terror de ella misma; por un instante pensó en matarse; pero dentro de su propio corazón no cabía el arrepentimiento. Era difícil de explicar. ¡Existen tantas mujeres abandonadas! En cada barrio pobre cientos de ellas llevan de la mano tres, cuatro, cinco niños sin padre responsabilizado. Y ellas aceptan la maternidad y el sacrificio sin protesta, asumiendo la perpetuación creadora de la especie.

Ella tenía su teoría sobre esto. A los hombres si no les importa la mujer tampoco les importan los hijos. Claro que había sus excepciones, pero esta era la verdad escueta. Por eso había tantos niños abandonados. Los hombres sólo buscaban el placer en forma directa, y eso es lo que primordialmente les interesa. A las mujeres, aparte del placer les importa la maternidad. Pero ambas cosas formando una ligazón sexual tan profunda, que una mujer podía aceptar la maternidad como única forma del placer cuando no había amado mucho a un hombre o como un goce perfecto y fantástico cuando lo había amado; pero si se había entregado entera y había sufrido un fraude en su carne y en su espíritu algunas mujeres llegaban en instantes determinados a sentir pasionalmente el deseo de matar, y si no lo encauzaban con el padre, tenía que derivarse hacia el símbolo sexual más poderoso para ellas: el hijo.

Sí. Las madres aman con locura al primero y al último

hijo, porque ambos les recuerdan lo mejor de su vida amorosa y la plenitud que de ella obtuvieron.

La muchacha se explicaba incoherentemente; pero estas eran sus conclusiones precisas que resumió en lo siguiente:

Cuando el niño nació, toda la pasividad materna que sostuvo amorosa y pacientemente durante el embarazo, se transformó en algo preciso, hondo y absoluto: revivir, por un instante, el momento decisivo en que fue penetrada por el sexo masculino; y de pronto sintió cómo aquel cuerpo pequeño no era más que el falo gigantesco que no penetraba, sino que era expelido a borbotones por su propia sangre y se encontraba ante ella laxo e inútil . . . Y toda ella como una bandera desgarrada, enceguecida por la pasión que se enseñoreó volcánica, ya no supo más que del delirio de matar; pero no al hijo, sino al padre que lo engendró; al momento de placer que jamás fue correspondido; a todos los sueños rotos, a las ilusiones destrozadas, a su categoría de mujer que por sufrir el fraude fue envilecida. Dio y no le dieron; no pidió solamente un falo: pidió a un hombre . . . y se lo negaron.

Ella se explicaba incoherentemente; su voz sonaba opaca y tenía el mismo color de la ceniza que apaga el fuego.

—Los hombres matan a las mujeres cuando los defraudan, porque únicamente les importa el placer, dijo ella. Matan a las mujeres . . . Son menos cobardes que nosotras. Nunca un hombre ha matado a su hijo recién nacido. Cuando no le importa la mujer tampoco le importa el hijo . . . Sí, por eso hay tantos niños abandonados. Las mujeres, cuando sentimos el fraude, a veces matamos a los hombres ¡tan pocas veces!; pero con muchísima más frecuencia matamos a los hijos que significan para nosotras el principio y el fin del acto amoroso. Las mujeres aman u odian a sus hijos. Todo depende de la significación sexual que representen.

Ella no se expresaba precisamente con estas palabras, pero ésto querían decir. Ahora su voz sonaba rajada y metálica. Toda ella era como una campana agitada por el viento.

Damián se estremeció. Sentíase como un hombre perdido en la selva. Todo el espanto de la vorágine de las pasiones femeninas estaba allí, al alcance de sus ojos. Y ella lo miraba con odio. Odiaba ya a todos los hombres. ¿Sería capaz alguna vez de amar de nuevo? ¿Cómo se llamaba aquella mujer? Se miraron como dos enemigos. Siempre el loco amor lo

había aterrorizado tanto como la muerte; pero hoy, a través de la muerte, había conocido esta clase de amor. ¿Cómo se llamaría aquella mujer?

No se atrevió a preguntarlo. Era una mujer, una hembra desnuda y desgarrada que formaba parte de la basura de la calle; pero también era materia viva, sangrante...

De pronto sus pensamientos fueron rotos por una frase cortante que pronunciaba ella con crueldad:

—¿Por qué te digo todas estas cosas? Tú nunca podrás entenderlas... Puedes entregarme a la policía.

Pero Damián no se movió. La mujer lo midió con los ojos, en silencio, se puso de pie, y sosteniéndose el vientre con las manos, se alejó refugiándose en la casa de donde había salido. Damián siguió sus huellas después de que ella desapareció, con los ojos clavados en la línea sanguinolenta que marcó sus pasos. ¡El cordón umbilical! —pensó—. ¡El cordón umbilical! Y decidido a romperlo antes de que le matara muchas cosas que él había considerado siempre sagradas en la síntesis de la maternidad, escapó de aquel sitio justificando el miedo hacia la mujer. Los que no lo experimentan, se dijo, es porque nunca la han visto verdaderamente desnuda.

¡La selva! ¡Había estado en la selva! Pero al abarcar sus ojos solitarios la calle, la gris anchura le pareció un desierto.

XI

AQUELLA NOCHE Damián llegó muy deprimido a su casa y por primera vez en muchos años guardó un secreto para Julia.

La mujer lo notó inquieto y tuvo la seguridad de que algo pasaba; pero como Damián no le comunicó sus sentimientos, ella se vio obligada a respetarlos.

Damián pensó con beneplácito que ya sólo faltaba un mes de lluvias. El trabajo había sido tan deprimente, que deseaba que el año venidero no se viera obligado a prestar de nuevo esos servicios.

Los días transcurrieron monótona y rítmicamente; pero, sin embargo, de la mente y del corazón de Damián no se alejaba el pensamiento de la muerte. Y tuvo que verla cara a cara.

Siempre la había temido. Durante las épocas de lluvias la enfermedad hacía presa de los niños de los basureros; pero nunca con tanto rigor como en ese año. Un buen día se desató la difteria. Cada noche, al regresar a La Morena, los pequeños cirios alumbraban la oscuridad. Habían volado los ángeles sin alas.

Para no perder sus costumbres, algunos de los habitantes de los basureros tenían fuerzas, en medio de su dolor, para alquilar músicas; y en estas condiciones, con la cantidad de niños muertos y los músicos tocando en diversas casas, la muerte adquirió categorías de carnaval.

Era un espectáculo extraño. La muerte siempre era así en México. Y, sin embargo, los hombres estaban acostumbrados mas a la muerte que a la vida y en el último instante su aparición no les causaba sorpresa.

Al fin la muerte rondó la casa de Julia y de Damián. La más pequeña de la familia cayó en cama.

Era terrible ver a la muerte de cerca, palparla con las propias manos y escuchar como tratando de extrangular la garganta, hacía que la respiración saliera bronca y silbante.

Julia no perdió el ánimo. Al darse cuenta de lo que le pasaba a su hija no lloró ni dijo una palabra. Simplemente tomó su rebozo y se dirigió a la ciudad.

—¿A dónde vas, Julia?

Ella contestó perentoria: Tú quédate, Damián. Cuida a la niña. Yo . . . yo voy a tratar de salvarla.

Claro que no tenían dinero. La muerte los encontraba inermes para la lucha, con las manos vacías, libres del combate de los medicamentos; y sólo podían proporcionar a la pequeña enferma los cuidados que no ayudaban mucho.

Julia abandonó la casa con el rostro bañado de ceniza. Durante todo el camino la persiguió la respiración atormentada y silbante de la pequeña.

Recordó con terror otras epidemias. Ya hacía años de eso. Entonces fue la enterocolitis y murieron cientos de niños. En otra época los azotó la viruela y los que no murieron quedaron marcados por pequeñas ruedas hundidas en el rostro; los más desgraciados fueron los que ya no pudieron ver el sol que se hundió en la nieve de los ojos perdidos.

Tiempos duros en La Morena. Cualquier enfermedad florecía y fructificaba como jamás lo hacían las cosas buenas.

¡Mal haya la vida! —Sin querer se le salieron las palabras. Julia no podía resignarse ni llorar. Detestaba el basurero, las enfermedades y la muerte.

Su paso se apresuró veloz y sus manos apretadas y firmes no tenían la actitud del vencimiento. Julia sabía luchar. Había sacado a su familia adelante, con tropiezos y dificultades; pero ningún hijo se le había muerto todavía.

Recordó con ternura a su marido. ¡Pobre Damián! Para él aquella era una prueba bien dura. Pero no se contaba mucho con él. Imposible enviarlo a pedir nada. No sabría cómo hacerlo. Tampoco cuidaría mayormente de la niña . . . pero ¡era tan poco lo que podía hacerse!

Le había recomendado antes de salir que pusiera un poco de vinagre en la boquita seca, a fin de que la garganta se humedeciera y las anginas no se pegaran. De seguro Damián se vería apurado para ejecutar semejante cosa; pero la haría.

Lo importante era que los otros niños no cayeran también enfermos. Pero, ¿dónde aislarlos? Toda La Morena estaba infectada con la difteria. Año por año la muerte se cobraba en vidas humanas el sacrificio desafiante de los hombres. Y siempre, éstos salían perdiendo.

Julia llegó al Hospital General, gritó, suplicó, no hizo caso alguno del que intentó detenerla y comunicó sus cuitas. Del Hospital General avisaron a Salubridad y de allí se le prometió que saldría una brigada con medicamentos y doctores.

Al llegar al basurero, dio a conocer la buena nueva; pero muchos vecinos no estuvieron de acuerdo con la visita de los médicos y de las enfermeras. Por instinto detestaban todo lo que olera a orden, medicina e higiene. Algunos eran tan estúpidos que hasta pensaban que la mugre era guardadora insubstituible de la salud.

En verdad era extraño que no murieran más gentes en La Morena y cómo muchos lograban sobrevivir a los cientos de peligros que los acechaban en forma constante.

Los médicos y las enfermeras llegaron. Llevaban mascarillas sobre la boca y la nariz. De otro modo no hubiera soportado el hedor que inundaba el ambiente.

Doce, trece, quince enfermos. A todos hubo que inyectarlos. Y se declaró la cuarentena. Nadie podía salir del basurero. Allí estaba la vida estancada de costumbre, petrificada por la muerte.

Luego se procedió a inyectar a todos los chiquitines. Se habló de la urgencia de trasladarlos al hospital . . . pero se desechó por imposible. Los hospitales para menesterosos se encontraban llenos.

—Aquí van a morir, comentaron algunas enfermeras.

—No lo creo. —Fue la respuesta seca del médico en jefe.

Y era verdad; no morían. Por milagros absurdos de la naturaleza, iban sorteando diariamente mil muertes distintas los grandes pequeños habitantes de los basureros.

Los médicos dijeron que a fuerza de ingerir gérmenes, lograban inmunizarse contra las enfermedades, en forma permanente. Los que sobrevivían eran, a no dudarlo, seres fuer-

tes, enérgicos y llenos de vitalidad. La lucha en los basureros no daba la medida a los hombres débiles: los exterminaba.

Durante las noches, Julia y su marido cuidaban de su niña enferma. No contaban más que con una sola habitación y debían de correr el riesgo de que sus otros hijos se contagiaran. Cierto que estaban vacunados . . . pero, ¡se habían visto tantas cosas!

Damián ya no pudo ir a barrer las calles. La cuarentena había sido impuesta para todos.

La noche en que hizo crisis la enfermedad fue pesadísima para él y para su esposa. Julia aparentemente no sentía absolutamente nada. Ni lloraba ni menos lamentábase de la situación. Cuidaba de Damián y de los chicos exactamente como si nada hubiera pasado, y nunca habló del mal de la niña.

Sólo por la noche, sus ojos vigilantes no se despegaban del rostro de la pequeña; y es que tenía la seguridad de que la muerte siempre llega furtiva al peso de la madrugada o a la hora en que el día se despega, al filo de las doce.

Los aullidos de los perros que anunciaban la muerte, la hacían tener estremecimientos incontrolables.

Más aún la entristecieron los llantos de las madres solitarias, cuyo alarido doloroso contrastaba con el ruido estridente de los cohetes que iluminaban la noche con luces de colores.

Las "charangas" que anunciaban la muerte tanto como el aullido de los perros le parecieron más y más odiosas. En verdad no había por qué hacer fiesta con la ausencia de un pequeñín.

Por las noches, Julia evitaba asomarse a la puerta. El espectáculo de La Morena le partía el corazón.

Recogida y silenciosa, buscaba las manos de Damián, y ambos, como niños medrosos, guardaban silencio; pero la potencia de su cariño los sostenía más unidos que nunca.

Vinieron días más aciagos. A la muerte se unió el hambre. La cuarentena del basurero no permitía entrar ni salir a nadie. Los camiones tuvieron que ir a dejar su basura a otros sitios; los compradores de desperdicios ya no visitaron el basurero y tampoco ninguno de los de allí podía internarse en la ciudad para ofrecer en venta la pobre mercancía.

Nadie en los basureros tenía ahorros. Todos los infelices

moradores iban pasando los días con limitaciones increíbles.

El hambre no dejó de sentirse y para colmo de males también la sed hizo presa de todos.

Debido a las filtraciones de la lluvia que caía sobre los desperdicios hacinados en La Morena, los pozos se encontraban infectados y el agua contaminada tenía un sabor horrible. Los habitantes de La Morena resistieron un día, dos . . . al fin, atenaceados por la sed, bebieron microbios a millones.

Julia, en medio de su dolor, tuvo manifestaciones de energía increíble; organizó, como lo había hecho otras veces, brigadas de mujeres para que impulsaran a los hombres a no permanecer sentados, con los brazos caídos. Era necesario limpiar el pozo. La limpia consistía en sacar baldes y baldes de agua y en poner diques a fin de que las corrientes impulsadas por las lluvias no vertieran más agua sucia en los pozos que habían quedado medianamente libres de microbios.

Los perros del basurero se habían vuelto feroces. Por las noches algunos tenían la apariencia de lobos hambrientos. Hubo que matar a muchos, y arrojar los cadáveres lo más lejos posible. Sin embargo, no podía soportarse el hedor. Los zopilotes, en grandes parvadas oscurecían el horizonte. Eran los anunciadores de la muerte.

Día con día durante algún tiempo, los moradores del basurero se encaminaban en procesión lenta, con una cajita blanca o azul sobre los hombros, hacia el panteón. A pesar de todo, la música todavía sonaba, y los cohetes seguían iluminando el firmamento. Era necesario enterrar al angelito de acuerdo con la tradición.

Al principio los vecinos acudían al entierro y acompañaban a los deudos hasta el lejano panteón; pero la permanencia del dolor y de la muerte los hizo irse acostumbrando y a medida que en cada casa hubo nuevos enfermos y nuevos muertos, reinó la indiferencia para el dolor de los otros.

Parecía que todo el mundo se había olvidado de los habitantes de La Morena. Hasta que un nuevo día, después de los que parecían muchos, —y sólo habían transcurrido diez desde que el camión de Salubridad los visitara— aparecieron de nuevo los empleados, los médicos y las enfermeras y hubo necesidad de pedirles auxilio. Los hombres del basurero necesitaban comer.

Después de cinco días de angustia en que todos pensaron

que iban a morir o sentíanse ya muertos en un mundo que no pertenecía a los demás, el gobierno les mandó ayuda. Hubo alimentos para chicos y grandes; para hombres y mujeres...

La hija de Damián y de Julia se fue recobrando poco a poco. Su respiración, de angustiosa, se fue tornando lenta y segura. Había quedado muy débil.

Damián dijo sonriendo a su mujer: —¿Sabes? Cuando la niña estuvo enferma, tuve pensamientos espantosos. Me acordé, por ejemplo, de un día en que tú, desesperada porque se encontraba llorando le dijiste a nuestro hijo Augusto: Dáale a la niña la muerte para que se calle. Julia, sentí que nosotros queríamos que se muriera y que al fin la muerte, pero no la de juguete, iba a venir para llevársela.

—No digas tonterías.

Llegó la muerte al jacal más próximo a la casa de Julia. Hubo grandes ceremonias. Durante toda la noche las vecinas, ya medio recuperadas de la epidemia, volvieron a humanizarse y asistieron al velorio. De no se supo qué insospechados lugares salió a relucir el alcohol, que los hombres revolvieron con hojas de yerbas distintas.

Las mujeres se concretaron a rezar, pasándose una a la otra los Avemarías desgranados en la solemnidad del rosario.

Todo mundo estaba pendiente del rito de la muerte. Cada uno la sentía dentro de sí mismo como algo inseparable y fatal.

Para hacer menos pesada la noche, los asistentes al velorio se entretuvieron contando historias de fantasmas; y todo mundo parecía encontrar una diversión muy especial en ello.

—Sí, es verdad, —decía una de las vecinas— yo les aseguro a ustedes que mis nervios se encuentran en magnífico estado, y, sin embargo, una noche pude ver de cerca a la muerte.

—¿Cómo era?

—¡Nadie la ha visto! Y cuando uno la ve...

—Yo la vi. Tenía el rostro tapado por un sudario blanco.

—A lo mejor era un fantasma.

—Tal vez, pero parecía la muerte. No podía ser más que ella.

—¿Pero qué te quería?

—Nada. Al día siguiente supe que se había muerto mi hijo, en Mazatlán.

—Es curioso. Yo tuve un presentimiento cuando se murió

mi marido. No tenía motivo alguno para pensar que se encontraba en peligro; sin embargo, una mañana a determinada hora tuve la urgente necesidad de dirigirme a la iglesia para encomendarlo a Dios.

Al día siguiente recibí un telegrama: en él se me comunicó que mi marido había sido fusilado el día anterior, más bien dicho asesinado por una banda de fascinosos que entró en un pueblo cerca de Cuernavaca donde él tenía su tienda.

—Sí; la vida es muy extraña.

—¡Y tanto! Pero el muerto al pozo y el vivo al gozo.

—Menos mal que el muertito de hoy no tenía pecados que contar. No será, pues, un alma en pena. Con dos rosarios lo dejamos en paz.

Luego, con una especie de morbosidad malsana, se acordaron de los hombres de los basureros muertos en forma trágica. El tema de la muerte seguía pegado en las gargantas y en los corazones.

—Sí, Raúl, mi compadre, murió curiosamente. Sufrió un tropezón con una cáscara de plátano. No le dio importancia a la cosa. A los pocos días se encontraba con el dedo hinchado. Luego dijeron que era gangrena. Cortaron un pedazo. La cosa siguió. Tuvieron que cortar el dedo. El pie se encontró completamente morado y negro. A los dos días hubo que amputar la pierna; pero el mal alcanzó al muslo. Cortaron también éste . . . ¡pero ya la muerte la tenía en todo el cuerpo!

—En cambio mire usted qué coincidencia: don José Flores, amigo mío, quiso suicidarse. Desesperado porque su novia no lo quería, se dejó caer desde una altura considerable. Todos pensaron que se mataba; y en el último segundo cayó sobre una lona de esas que extienden los grandes hoteles sobre sus puertas. Allí quedó el buen mozo como un niño medido en su cuna.

Lo mejor es que el dueño del hotel, condolido de sus desgracias, lo nombró albañil en jefe y le aumentó el sueldo. Desde entonces ha llovido el tiempo y ahora es un hombre casado y feliz. Cuando uno le habla de que se quiso suicidar, se enfurece.

—Yo conocí otro caso; fue el de un señor en cuya casa trabajaba. Un día sufrió un percance en el baño. Nada, una simple resbaladilla, y se rompió la cabeza. No dijo ni pío.

Es el destino.

—Que Dios nos libre de todo mal.

—Amén.

—Hay que rezar otro rosario.

Los hombres sobrecogidos por un instante, desataron su alegría temerosa y defensiva y para olvidar el miedo contaron chistes colorados. Recorrieron toda la gama, y al fin cayeron en la fúnebre. No podían evitar el miedo a la muerte.

—Ey, dijeron las mujeres: A rezar otro rosario.

Los hombres lanzaron su protesta: Pero si era un angelito, ¡qué culpas iba a tener el pobre!

—No es porque tuviera culpas, sino para que lo reciba Dios en su santo seno.

Rezaron nuevamente todos, y cuando terminaron, las mujeres iniciaron una conversación que las divirtió muchísimo: hablaron de sus maridos. Más de una pensó que si su compañero fenecía, al fin podía manejar libremente la vida propia y la de sus hijos. Después de todo, en lo íntimo de muchas de ellas el marido había sido una responsabilidad más en vez de una magnífica ayuda.

Los hombres lanzaron su protesta: Pero si de negocios. Eran las tres de la mañana. Hablando de negocios, de mejores precios para los artículos de la basura; del dinero que podrían ganarse, etc., se les fue pasando la hora. Cuando se dieron cuenta, ya estaba amaneciendo.

Muchos de los vecinos se refugiaron en su casa; a la hora del entierro el angelito sólo llevaba la música, los cohetes, dos o tres personas, y la madre llorosa . . .

¡La muerte! ¡La muerte! ¡La muerte! Hincaba sus garras en todos los pechos y los hombres sentían su esencia en la punta de los dedos

El padre José Benítez sabía de estas cosas. Sus visitas a La Morena para auxiliar en el supremo tránsito a seres agonizantes, reforzaba su experiencia de la muerte.

Hoy como ayer, como todos los días, la muerte le era familiar, y comprendió que por algo las gentes con verdadero sentido de la vida la toman como parte del propio yo.

Día tras día el espectáculo de La Morena se agigantaba con su luminosa alegría de la pirotecnia en desgrane de colores y la música que rubricaba la visita de la muerte.

En más de una ocasión, la maravilló el conformismo de toda la familia que dominando su dolor por el ausente, lle-

naba el vacío pensando que el niño muerto formaba parte de la corte celestial; y ésto les obligaba a tomar una decisión definitiva: No había que llorar por el angelito.

Junto a muchos jacales se habían instalado los "puestos" en que las calaveras de dulce lucían sus colores suaves en que el blanco, el rosa y el azul hacían del símbolo de la muerte nube vaporosa que se desvanecía en las manos de los niños saludables que de esta manera y antes de tiempo, compraban a la muerte por el ridículo precio de cinco centavos; dentro de la calavera de azúcar el almíbar ponía de relieve el hecho de que en México hasta la muerte es dulce.

Los fotógrafos ambulantes olían la muerte, como los zopilotes. Y allí estaban, con sus aparatos envueltos en negro de luto, dispuestos a fotografiar el último gesto petrificado en que el niño ha dejado de serlo para convertirse en "angelito".

Después de eso, la familia contemplaba con cierta delectación el cuerpecito inmóvil, los ojos cerrados, la boca entreabierta, y la cara semiperdida en la cascada de flores diversas que adornaban con insolencia la muerte haciendo de ella una orgía.

Eso era, una orgía. Su hálito producía una embriaguez que impulsaba a los hombres a la profunda sensualidad que les palpitaba locamente en las venas.

En La Morena como en otros sitios, la borrachera de la muerte hacía que todos perdieran el sentido.

En más de una ocasión el padre Benítez acompañó al "angelito" hasta el panteón; allí, sobre las tumbas abandonadas no florecían los rosales; pero, en cambio, en muchos sepulcros se alzaba una cruz, una estatua, un pensamiento.

Era el único lujo de la muerte y para cumplirlo los deudos no escatimaban gastos.

Las casas mortuorias habían terminado por comercializar los adornos de la muerte y en este sentido era fácil adquirir objetos en abonos; así, sobre la tumba, podía elevarse el ángel de la guarda labrado en mármol y que extendía sus alas solo por muy poco tiempo, pues la familia carente de recursos tenía la angustia de la deuda insoluta y por lo tanto, resignábase aunque de mala manera a que el ángel volara dejando el cadáver a solas con su tierra.

¡A cinco las calaveras!

El grito del vendedor retumbaba mezclándose en forma

curiosa con las notas musicales de las charangas y el llanto de los niños que todavía se encontraban con vida; pero abandonados a su propia hambre, ya que los mayores olvidados totalmente de las necesidades regulares, mezclaban en la muerte a todos los niños convirtiéndose de un instante a otro en modernos Herodes.

Al fin, al rodar de las horas, las madres se acordaban de sus hijos hambrientos, y alargaban el seno para que el recién nacido calmara su hambre.

¡La muerte! ¡La muerte! El padre José Benítez estaba obligado a meditar sobre ella. Tenía que hacerlo todos los días ante la calavera que reía lividamente desde su buró, acentuando la sentencia católica: "Polvo eres y en polvo te convertirás . . ." Pero desde el fondo de su ser sabía que esta actitud del pueblo mexicano ante la muerte no enraizaba en actitudes filosóficas ni conformistas; sino que cada hombre era como un poseso que hubiera trasladado el reino de las sombras sobre la tierra y en estas condiciones el deseo destructivo se convertía en necesidad ineludible.

¡A cinco las calaveras! ¿No quiere su calaverita, niño?

El padre Benítez tenía que asistir a un agonizante. Había venido desde su templo que se encontraba lejos, para auxiliar religiosamente a los habitantes de La Morena; pero él sabía en el fondo de su corazón que todo ésto era en vano; un lujo superfluo como la cruz o el ángel de la guarda de mármol que las gentes pobres no pueden pagar y tienen que admitir a que desaparezca; pero no era posible negarse la intención de ayudar "a bien morir" a gentes que lo habían menester.

Ante sus ojos se extendía La Morena. Y no importaba la muerte. El basurero alegre como nunca se olvidaba de la diferencia, del hambre, de la época de lluvias, de la falta de dinero, ante esta orgía de morir en masa; y en la mente primitiva de los hombres se alzaba la idea de que tanto niño que formaba parte de la galería de ángeles había salvado con su muerte al basurero sobre el que cayó la epidemia como castigo de numerosos pecados.

El sacerdote sintió que atravesaba por un mundo extraño al que nunca conocería en toda su grandeza; el ruido de los cohetes se mezclaba con los olores de copal quemado que salía de cada casa y que era la señal inequívoca de que los habitantes de La Morena rendían pleitesía de este modo, a los

dioses; a sus propios dioses indígenas. Cerca y lejos se escuchaban los cantos en que el hombre impaciente con su cumplir con la vida, lanzaba al aire en notas desgarradas el reto decisivo:

“Si me han de matar mañana,
que me maten de una vez . . .”

Sí, sí, realmente, los niños habían sido sacrificados para purificar a los pecadores de La Morena, y una vez compenetrados de esto, los adultos cantaban a la muerte en una forma u otra; mientras que las mujeres continuaban quemando copal . . . y alquilando la música que serviría de acompañamiento tradicional mexicano al “angelito” cuya faz lívida era iluminada por los colores brillantes de los cohetes.

El padre Benítez llegó hasta una de las casas. Fue recibido con grandes muestras de afecto.

—Pase usted, padre, pase usted.

—Me dijeron que había alguien agonizante.

—Sí, cómo no. Es mi hijo, el mayor.

Las vecinas, entre las que se encontraba Julia, miraban al sacerdote con atención, reverencia y curiosidad. El padre Benítez se preparó para administrar los santos óleos, eximiendo al pequeño de la postrera confesión, ya que la gravedad del niño lo impedía.

Las mujeres se persignaban e hincándose en mitad de la pieza comenzaron a rezar con toda unción . . . Y sin embargo, el padre Benítez tuvo la sensación de que no todo concordaba con la creencia católica; que algo, algo impalpable que tenía sus raíces en lejanas razas se divorciaba constantemente de la religión que él no sólo difundía, sino que trataba de sostener.

—Padre nuestro que estás en los cielos . . .

Las voces de las mujeres subían con un murmullo de oleaje inquieto, confundiendo con el grito estentóreo del vendedor:

—¡Cómprele su calaverita a su niño!

Se confundía con el cantar impaciente: —“Si me han de matar mañana . . .”. Se mezclaba con el ruido de los cohetes, con el aroma de copal quemado y con el tequila que ponía fuego en las gargantas.

El padre Benítez aprendió que los hombres no tomaban alcohol por vicio, sino que, de acuerdo con sus propias razones, el alcohol era la mejor medicina que se acostumbraba

en La Morena para matar todo germen maligno.

La mano del sacerdote hizo la señal de la cruz sobre el rostro exangüe del moribundo. Los niños que habían sobrevivido a la epidemia contemplaban con curiosidad el rito y los últimos estertores de la muerte, que habían visto de cerca en tantas ocasiones en el basurero.

Cuando terminó su administración religiosa el padre Benítez se preocupó de las necesidades materiales de la gente, prometió ayuda conminando a la vez a los habitantes de La Morena para que asistieran a una misa que celebraría especialmente para ellos y por medio de la cual pedirían clemencia al Altísimo para que los librara de todo mal.

Los vecinos prometieron atender la sugestión del sacerdote y éste regresó a su templo; no sin antes dedicarse a profundas meditaciones sobre la faz psicológica especial del mexicano respecto a su tránsito por la vida.

¿De dónde venía este sentimiento por la muerte? ¿Este sentimiento que los hacía contemplarla como amiga y amante, y que llevaban todos estos seres arraigada en forma profunda, de tal suerte que diríase que se compenetraban de que la muerte les era tan necesaria como la sombra del propio cuerpo, o como las venas por las que circulaba la vida?

Hurgando en su memoria recordó el padre Benítez una vieja leyenda indígena que aseguraba que todos los hombres debían hacer sacrificios constantes ante los dioses, debido a que en la América Latina se habían soltado los demonios y la cólera de éstos solo podía calmarse por medio de sacrificios humanos.

Fincando en esta tesis su actitud, los indios estaban convencidos de que era necesario matar y la desaparición mística de la vida era llevada a cabo a veces en forma espontánea para lograr mejor la purificación del espíritu; pero voluntariamente o no, en determinada época del año se consumaban los sacrificios humanos colectivos.

El morir no era extraño en México; quizás en éste solo lugar del mundo la muerte es tan importante como la vida.

Desde muy temprana edad el niño se acostumbra a jugar con la muerte, y ésta se elabora con los más disímbolos y raros materiales: desde el quiote hasta el alambre; desde el barro hasta el cartón.

Hay muertes para todos los gustos y necesidades; subidas a caballo, con los ojos brillantes; muertes de dulce, muertes

de harina y muertes burlonas que parecen reírse de las ilusiones de los hombres.

En el ambiente de México sentíase la importancia de la muerte, como base de toda transformación y principio de renovación necesaria para la eternidad de la vida.

En su celda, junto a la calavera que le recordaba el rápido tránsito de su existencia, el sacerdote Benítez pensó *que éste había sido en verdad el único nexo que tuvieron los indígenas con los sacerdotes católicos: el símbolo de la muerte los unió más que todas las palabras ya que los indígenas debieron de pensar que no era mala una religión que concedía a la muerte un lugar tan importante.*

En más de una ocasión la iglesia católica por él representada, habló de la necesidad inevitable de morir y de que el hombre debía de estar preparado para su tránsito; pero de más ocultos rincones provenía la actitud de los mexicanos frente a la muerte, ya que los hacía convivir con ella sin reservas, sintiendo que cada día que pasa, la muerte les pisa los talones.

La muerte en México tenía sin duda alguna diferentes formas en distintas regiones.

Por ejemplo en Chihuahua, fueron encontradas en tumbas indígenas momias que demostraron la forma en que los indios consideraban al muerto: un ser que nace a otra vida.

En efecto, cada momia adulta o infantil hallada, tenía una colocación tan especial, que era completamente idéntica a la que adopta el feto en el vientre de su madre.

En otros sitios como en Pátzcuaro, los hombres cazan y pescan en gran cantidad, durante noches enteras y las mujeres preparan y condimentan guisos de lo más variado a fin de ocuparse de los muertos.

El día último de octubre las mujeres efectúan una procesión con velas de cera en las manos, y en la oscuridad magnífica de la noche, la misma tiene la apariencia de una vía láctea luminosa y nada trágica. En toda la ciudad se levantan arcos de flores.

Al llegar al panteón las mujeres depositan la comida sobre la tumba de los seres queridos y al día siguiente los hombres la arrojan en el lago, ya que estos bocados son incomibles porque de ellos gustaron los espíritus de los difuntos.

Durante toda la noche que dura la ceremonia hermanada con el rito de la muerte, las mujeres cantan y los hombres

bailan al compás de las notas trágicas de la danza de la muerte.

Meditando más profundamente sobre estos problemas, pensó que materialmente hablando, todo el cuerpo de un hombre, después de sujetarlo a la cremación, podía encontrar fácil acomodo en un frasco pequeño y los elementos de sus substancias como el fósforo, cal, etc., no podrían valer en rigor más de dos pesos cincuenta centavos. Y sin embargo, el hombre y su alma eran algo más, mucho más... Nadie había podido aprehender todavía la esencia inmortal que no fenece; y aún cuando muchos hombres célebres habían tenido frases igualmente célebres para despedirse de la vida, esto no había descubierto el secreto de la supervivencia del espíritu.

Pensó en las palabras de Jesús que decían: "Por sus obras los conoceréis"; y nunca como entonces tuvo la plenitud de su sentido.

En el silencio de su iglesia el sacerdote Benítez paseaba de un lado al otro, deteniéndose ante el milagro de las rosas y siguiendo con la vista perdida el corte que sobre el cielo hacían las alas inquietas de los pájaros.

Había soñado con enfrentarse al misterio que tomaba carácter vital en México; y ahora lo hacía.

Los pensamientos que le vinieron a la mente eran de tal índole audaces que pidió perdón al Todopoderoso por la soberbia que los engendró; pero de todos modos allí continuaron, clavados más que en su cerebro en la convicción que le atormentaba el alma.

Y de esta guisa preparado llegó a las siguientes conclusiones: aún cuando en México era inevitable la religión, ya que ésta tomaba los caracteres de pompa necesaria para la práctica de un rito, *nunca sería este país un país católico*. Si acaso sentían profundamente a Dios, era porque en forma constante amaban mucho y los acercaban a la muerte prometiéndoles un más allá que era castigo o gloria; pero lo mismo podía ser Dios o el diablo los que hicieran el milagro de manejar a las multitudes por medio de este sentimiento trágico de la vida, siempre que no se escatimara su símbolo máximo: la muerte que ponía tal calor vital en sus venas. De allí su fervor... y también su paganismo.

La primavera había llegado, y ésta pondría una evidencia absoluta sobre el amor de los mexicanos por la desaparición.

La primavera es sin duda alguna la época en que las gentes sufren crisis agudas y siguen las líneas trazadas por sus ancestros. Nunca como entonces se pondría de relieve la paradoja constante y lo aparentemente absurdo que convertía a la ciudad en un manicomio con lunáticos sueltos.

Durante la primavera entraba un furor casi general de morir y sólo ésto explicaba la crisis culminante en la pérdida de vidas que en circunstancias normales podían calificarse de estúpidas por los motivos que las provocaron.

Recordó casos. Muchacha hubo en la flor de la edad —quince años escasos—, que se pegó un pistoletazo por el sencillo motivo de que le dolía fuertemente la cabeza; otra más suicidóse porque no le compraron zapatos nuevos. La de más allá, porque no la dejaron ir a un baile.

Pero ésto no era todo: existía también el deseo casi permanente de matar, entre otros motivos, por el muy especial de que el prójimo no era simpático.

Había algo recóndito en esta actitud de un pueblo ante la muerte. Sin duda la conquista española que trajo como consecuencia la conquista católica no agregó nada ni restó nada al sentimiento del pueblo por la muerte y la eternidad.

La gente de México nunca sentiría en forma católica, sino simplemente, su religión se basaba en la voluptuosidad que experimentan amorosamente por la desaparición.

Y la luz se hizo repentinamente en su cerebro y todo el significado de la actitud mexicana ante la muerte se evidenció prístinamente ante sus ojos: *todas aquellas muertes en masa durante la primavera, aquel afán de matar y de matarse no significaban en realidad más que raíces ancestrales e indestructibles: sacrificios humanos degenerados.*

Comprendió entonces con desaliento que aquella gente a la que se le suprimieron los sacrificios humanos que llevaban a efecto en forma colectiva, tenían que ir al encuentro de la muerte, poseían la sensibilidad voluptuosa que ofrece el pensamiento de la muerte, y el sentimiento de ella; y que sólo de esta manera podían vivir, vivían sin duda alguna más profunda y ardientemente que pueblo alguno de la tierra.

Los sacrificios colectivos eran aquí tan sencillos como la poda obligatoria que el buen agricultor hace, durante el tiempo propicio, en las ramas de sus árboles. Sólo así daban mejores frutos.

Sobre México reinaba el espíritu indígena apegado a sus propios dioses. Y así pudo explicarse por qué durante las festividades religiosas los indios bailaban y bailaban, adornados con sus ancestrales atavíos, como sacerdotes de un culto extraño al que rendían sus fuerzas hasta agotarse.

En México no reinaba ni podía reinar la religión católica; hoy como ayer continuaba ejercitándose el culto al Dios de la muerte, que era al que ellos tenían más devoción.

Otros pueblos como el español también tenían devoción por la muerte; pero no en la misma forma ni con la misma interpretación que reinaba en México.

Entendió todos los ritos de la muerte y supo en un instante que en este sitio como en ninguna otra parte sentíase que ella era realmente la fuente de la vida y que el ser o no ser podía sobre estas bases adquirir sentido absoluto.

Los niños habían muerto en gran cantidad y la gente no había hecho mayor cosa para detener a la muerte; ésta había llegado y fatalistamente las madres, los padres, toda la familia, tenían una conformidad delictuosa que accedía a que la muerte se llevara a los más débiles. En el fondo ésta actitud coincidía con la que los indígenas asumieron en tiempos pasados, ofreciendo innumerables víctimas a sus propias deidades. Aquellos eran mensajeros del sol; los "angelitos" eran almas buenas que reconciliaban al hombre pecador, por medio de los sacrificios infantiles, con el Dios católico que prometía el cielo como recompensa . . .

Y quedaban en paz porque el niño al morir ganaba el cielo para todos.

Esto no tenía nada que ver con la unidad de la familia y con el amor que en ella reinaba. Esto no era indiferencia; era raíz ancestral, convencimiento de que hay que morir para renovarse y no perecer.

Todo lo anterior se demostraba palpablemente con el hecho de que en México más que en ningún otro sitio la familia existía y eran raros los matrimonios sin hijos. No importaba que los niños murieran; lo importante era que otros nacieran y que el matrimonio, a la vejez, pudiera contemplar a la vida y a la muerte con absoluta dignidad.

El único pueblo del mundo que se había enseñado realmente a morir, era el de México; *por eso su conquista era imposible*. Para lograrla auténticamente habría que matarlos a todos. Y entonces el conquistador se quedaría con la

tierra, pero no con los hombres; con los cuerpos, pero no con las almas. Pero el espíritu mexicano superviviría llenando con su influencia el ambiente. Ni España, ni país alguno del mundo podría conquistarlos jamás. Eso lo supo muy bien aquella mañana el padre Benítez y pensó que su religión no lo salvaría de este convencimiento que dejaba a la iglesia católica de lado.

El problema, pues, era de fondo, no de forma; y en el fondo, sólo existía la muerte, única ama y señora. Claro que esto jamás lo diría; claro que esto quedaba oculto en su corazón; pero aquello le aminoraba la fe, y nunca como entonces tuvo la sensación de que el cumplimiento de los deberes era penoso.

Y a pesar de sí mismo llegó su llamado al pueblo para que en masa asistiera a la misa. Al día siguiente todos los que habían sobrevivido a la epidemia, llegaron sanos y salvos a dar gracias al cielo por la salvación de sus hijos, encomendando a la piedad divina sus muertos, aquellos padres que habían perdido a sus pequeños.

El sacerdote hizo un sermón muy bello sobre la conformidad con el fin que nos despega para siempre de la vida, y más que nunca los moradores de los basureros se sintieron en paz como si ya hubieran abandonado la existencia.

La unción de los asistentes era aparentemente magnífica; pero el padre Benítez sabía muy bien a qué atenerse respecto a eso; así pues, con voz desanimada y una leve sonrisa amarga en los labios, terminó su sermón con las siguientes palabras: "El amor, el dolor y la muerte nos acercan a la Divinidad".

En el pórtico de la iglesia, los vendedores de juguetes ofrecían a los transeúntes la muerte hecha de quíote, de dulce, de madera, de alambre; y las madres que iban entrando en la iglesia o que salían de ella, atendían frecuentemente el grito de la vendedora: "Cómprele al niño su muerte, para que le baile".

XII

LA VIDA FUE recuperando poco a poco su ritmo regular. Los tiempos normales se hicieron gratos a todos y los hombres, las mujeres y los niños de los basureros pudieron reanudar su trabajo.

El sol era más brillante al despejarse el tiempo y aún cuando parezca increíble, los ojos cansados de los habitantes de La Morena, pudieron admirar los bellos paisajes. Sí, allí también el sol ponía tonos rojos en el cielo y la luna bañaba de claridad la basura.

A Damián le quedaban tan sólo quince días para terminar su trabajo en las calles; luego podría regresar con los suyos, para disfrutar de la unión y la alegría que le proporcionaban Julia y los chicos.

Ahora que ya el peligro había pasado, nadie hablaba de la enfermedad, y todo eran planes para lo futuro.

Damián como otras madrugadas, tomó el camino de la ciudad, y cuando el inspector gritó su nombre, allí estuvo para contestar: ¡Presente!

—¿Por qué no había venido?

—La epidemia, señor, ¿No lo sabía?

Le pareció increíble que el inspector no se hubiera enterado. Sobre La Morena se abatió la enfermedad y la muerte y allí estaba aquel hombre, con su cara completamente estúpida, preguntándole por qué causa no había ido a su trabajo.

—De todos modos, se atrevió a contestar, aquí nos pagan por día.

—Sí, es cierto. ¿No se murió nadie?

—Muchos.

—¿De los suyos?

—Ninguno.

—Es necesario que la próxima vez avise.

—¿Por qué?

—Porque hay otros que desean trabajo. ¿Entiende? Si usted falta, puede ser substituido, pero no pierde sus derechos. Por esta vez, pase.

—Oh, ¿también aquí hay derechos?

—Ya lo creo. Existe el escalafón.

Durante estas breves conversaciones, los demás hombres observaban en silencio, deseosos de que terminara rápidamente todo, a fin de iniciar el trabajo.

Damián se encontró de nuevo con su escoba en la mano, acariciando enérgicamente las calles.

—Si te apuras, le dijo otro, el año próximo podrás manejar una barredora.

El monstruo negro se alzaba monolíticamente en una de las esquinas de la calle. Los hombres que la manejaban sentíanse omnipotentes en la cúspide ambulante de esta montaña de hierro; diariamente, a medianoche, iniciaban su tarea, y en algunos sitios la terminaban a las dos, a las tres, a las cuatro de la mañana . . .

Secretamente, Damián deseó ver a su hijo Augusto arriba de uno de aquellos artefactos; pero nunca con una escoba en la mano. Eso que él hacía lo colocaba en mala situación. Si no fuera por Julia . . .

Los hombres de las barredoras rara vez tenían accidentes. Eran de los pocos trabajadores que manejaban la basura que disfrutaban de cierta bella tranquilidad. Arriba de la máquina, guiaban ésta despacio, con las manos firmemente apoyadas en el volante; y los escobetines de la barredora se deslizaban rítmicamente, en forma giratoria, por en medio de la calle, dejando a ésta limpia de inmundicias.

Al terminar su tarea, abrían determinado compartimiento, y arrojaban los desperdicios en los botes de basura que se encontraban apostados en distintas partes de la ciudad. Y eso era todo. Bien sencillo.

Aquella mañana Damián trabajaba con muchísimo des-

gano; encontraba objetable la calle, su trabajo, la escoba, las observaciones del inspector, y por último a sus propios compañeros.

Sintióse inclinado a ingerir alcohol para normalizar un poco su sentimiento de desagrado tornándolo por algo mejor y menos doloroso; pero no tenía dinero.

Al fin decidióse a comunicar sus cuitas al más próximo, y éste le aconsejó:

—Juega.

—¿Pero qué?

—Tu raya.

—¡Cómo!

—Sí, tonto. Si pierdes, tendrás que hacer el trabajo de tu compañero de zona y pagarle además lo que hoy percibes. Si ganas, él hará lo mismo, en favor tuyo.

—Pero, ¿con qué se juega?

—Al águila o sol.

—¿Tan sencillo?

—Tan sencillo.

Sin querer, se rió. Le parecía todo aquello algo completamente absurdo. Sintióse de pronto como que había vuelto a sus quince años y se encontrara disfrutando plenamente de una gran aventura.

Naturalmente, si perdía, tendría que mentirle a su mujer; y ya que con ésta serían dos veces las que le ocultaba algo. No; aquello no estaba bien. Continuó barriendo la calle, pero el mismo sentimiento de angustia que experimentara antes, lo siguió atenaceando y pensó que si no se rendía a ésto, iba a terminar gritando en toda la calle, como un hombre completamente loco.

No tuvo más remedio que rendirse. Propuso el juego a su compañero de zona y éste aceptó gustoso. Era la única diversión que podían permitirse los barrenderos; algunos había tan ambiciosos o tan jugadores, que apostaban toda la raya de la semana; y así unos y otros iban disfrutando de vacaciones.

Claro que todo esto provocó más de un disgusto; pero después de que sucedían las cosas, ya nadie pensaba en ellas; y el jugar traía como consecuencia serias ventajas; por lo pronto el ganancioso tenía más dinero y nada de trabajo. Damián comprendió que el ideal de todo individuo: el verdadero ideal, era recibir dinero sin hacer absolutamente na-

da. ¡Qué perezosos sentíanse todos, en el fondo!

Rodeados de tres compañeros, él y Salustio Hernández, jugaron un día de trabajo y su respectiva tarea.

Cuando lanzaron al aire la moneda de a centavo, los ojos de todos se detuvieron ansiosos por breves segundos en el aire, y luego persiguieron la moneda en su caída sobre el suelo.

—Aguila, dijo Damián.

—Sol, contestó Salustio.

Había ganado el primero. Salustio, queriendo tomar la revancha, expresó:

—¿Otro jugadita?

—Con esta me basta. Mañana será.

Lo desagradable es que no se podía abandonar el trabajo tan pronto como se deseaba, por miedo al inspector que aunque se hacía de la vista gorda para muchas cosas, no disimulaba otras. Así pues, era necesario esperar.

Las horas transcurrieron lentas. Para sentir menos el tiempo, Damián se puso a espulgarse las mangas y el cuello de la camisa; siempre, aún cuando Julia tuviera mucho cuidado con su aseo, aparecían dos o tres bichos indecentes. Con saña reconcentrada, Damián se dedicó a perseguirlos, matándolos en forma violenta. Cada nuevo asesinato lo dejaba un poco más en paz.

Al fin terminó la tarea. Solo entonces dióse cuenta Damián de que todas las mañanas, después de salir el sol, había muchos hombres inmóviles en las aceras. Eran hombres sin trabajo. En la madrugada no se notaba su presencia; pero al amanecer iban abandonando sus escondrijos, con la misma habilidad que tienen las ratas; y se ponían al sol, para disfrutar de su calorcillo agradable.

En la madrugada también se podían ver de cerca los tambaleos de los hombres borrachos; el frío intenso que sentían las prostitutas apostadas en las esquinas en su vendimia del placer; y el caso doloroso de los niños sin hogar y sin dinero, que buscaban el vaho ardiente de las alcantarillas para defenderse un poco del frío.

—¡Pobres criaturas!

Salustio contestó —Bah, ni te fijas. Son unos vaguillos. Si les ofreces casa, comida y baño, te volverán la espalda. Son felices con su libertad.

—No tienen dinero, objetó Damián.

—Sí, tienen. Son limosnerillos, vendedores de periódicos, de billetes de lotería. Disfrutan de cualquier cosa, no mucho; pero tienen algo. Aman la calle. En ella crecen, es su casa. No les encierres nunca, Damián. Siempre encontrarán la manera de escaparse.

—¿Nadie los cuida?

—Los camiones de Asistencia vienen frecuentemente por ellos, los llevan hasta los dormitorios públicos; pero no se encuentran bien allí. A los pocos días regresan. La cosa es peor cuando se les asila. Entonces adquieren pésimas costumbres.

¡Los niños! ¡Hay tantos en México y son tan pobres! Si nos ponemos a compadecerlos, vamos a tener tristeza para rato.

Damián supo que el mundo nocturno de la ciudad era muy diferente al mundo de los basureros; y sin embargo, todo aquí, también, era basura: los niños viciosos y desamparados; los borrachos que transitaban las aceras, tambaleándose; las prostitutas que vendían placer; los trasnochadores empedernidos; los rateros vulgares que cometían el diario asalto . . .

—¡Ja, ja!

Damián miró asombrado a Salustio. Este contestó: La vida tiene cosas muy curiosas. ¡Se ven tonterías! Recuerdo que una madrugada encontramos a un pobre señor como su madre lo echó al mundo. Tenía la apariencia de un pato desplumado. Nos hizo señales con los brazos abiertos, y lanzaba agudos gritos pidiendo auxilio. Era enormemente cómico verlo así, en media calle, todo en cueros.

Su cuento fue sencillo. Lo habían asaltado y por fortuna pudo escapar con vida. Tenía una herida en la cabeza.

Tan pronto como nos vio cerca y contó su historia, se desmayó como cualquier señorita. Hubo que trasladarlo así, fuera de sentido, hasta la Cruz. Había que ver. Las dos cruces, la roja y la verde, se disputaban al encuerado. Siempre sucede lo mismo: ambas pelean haber llegado una primero que la otra. Casos se han dado que mientras los camilleros discuten, el herido se percata de lo que sucede y se escabulle. Por nada del mundo quiere ir a dar a sus manos.

—¿Por qué?

—Cosas de la gente. Todos tenemos horror al médico. Lo más desagradable sucede en el invierno. Aquí sí que se ve

lo bueno. Ríete de la época de lluvias. El año pasado nos encontramos como a diez hombres muertos de frío.

—¡Qué barbaridad!

—Me impresionó muchísimo un anciano. Lo encontramos allí, recargado en aquella puerta, como dormido. Durante tres días estuvo a la intemperie, y la gente piadosa le encendió unas velitas de a cinco centavos, poniéndole un ladrillo sobre el vientre, para que no se inflara.

—¿Nadie lo enterró?

—Tardaron demasiado en venir de la delegación. Tres días. Ya el solo pensar que en la madrugada iba a divisar a este muerto por el frío, me daba náuseas. En lo oscuro de la noche se veían muy curiosas las velas que diariamente le encendió la gente.

—¿Y qué cara tienen los que mueren por el frío?

—Muy plácida. Lo malo es que cuando la "grulla" te coge bien débil te entra un sueño invencible. Y ya te llevó la... Si te quedas inmóvil estás perdido. Por eso han muerto muchos. Dicen que en estos casos hay que caminar y caminar, aunque le cueste a uno esfuerzos enormes el hacerlo.

Eso es lo malo. Lo bueno sucede a veces con los borrachos espléndidos, que te arrojan el dinero sobre la cara.

—Nunca probablemente pasa eso.

—En ocasiones, pero muy contadas. Casi siempre cuando un hombre ya viene a pie y tambaleándose, es porque dejó en la juerga hasta el último quintito.

Cerca de los cabarets de lujo puede uno ver salir a las mujeres hermosas y a los hombres elegantes. Disfrutan, probablemente, de un mundo distinto, pero nosotros poco sabemos de eso.

—A lo mejor no es tan distinto, comentó Damián. ¡Quién sabe! Todos tenemos sufrimientos.

—Pero cuando menos no están pobres.

—¡A saber! Se ha visto a hombres que todos creían adinerados saltarse la tapa de los sesos por encontrarse en la ruina.

—Tiene que haber un mundo mejor.

—Ni quien lo niegue. Bueno, manito, el azotón.

El otro, refunfuñando, sacó el dinero.

—Para que veas que no soy tan "pior", te invito a comer.

—A desayunar, dirás, porque al mediodía todos comemos en nuestra casa.

—¿Pero también curadito de pulque?

—Lo que tú digas.

Los dos hombres se dirigieron amigablemente al mercado. Allí buscaron unos puestos especiales en que se ofrecía un desayuno por cinco y por diez centavos.

Aunque tenían algo de dinero en los bolsillos no se les ocurría ir a otro sitio. Aquel era su mundo y no lo abandonaban.

Después de ellos y antes que ellos, habían llegado otros hombres y otras mujeres, todos de la clase humilde.

En ollas enormes la gorda mujer dueña del restaurant misérrimo, batía la comida en forma acompasada.

En aquellos sitios se conseguían guisados increíbles a precios mínimos. El plato de arroz costaba dos centavos; el de carne, cinco; los frijoles, dos centavos; la pedacera de tortillas, un centavo.

Aquella comida tenía un nombre especial: escamocha. Únicamente los últimos desheredados de la fortuna visitaban estos sitios. Bien sabía la gente lo que la palabra escamocha quería decir: comida podrida, desecho de los basurreos, alimentos en estado de descomposición; sin embargo, los hombres que no tenían más que su pobreza necesitaban comer.

—Buenos días, doña.

—Buenos, Salustio.

—Diez de escamocha para éste y otra para mí.

—¿Qué dice la calle?

—¡Qué quiere usted que diga! Diez de pulque pa' los dos.

—Tendrá que irlo a traer de enfrente.

—Présteme un jarrito.

Doña María extendió la mano con el jarro y Salustio fue a la tienda por el pulque; a los pocos instantes regresó.

—Está rete suave.

—Ora dénos dos vasitos, doña María.

—¡Ah, qué tú! ¡A poco crees que estás en uno de lujo! Bébanselo a boca del mismo jarro.

La mujerona sirvió el guiso que no olía ni con mucho a nada apetecible; pero para el olfato viciado de los hombres de la basura, tal cosa no tenía importancia.

Mientras devoraban sus alimentos, llegó una muchachita llena de harapos para ofrecer unas gallinas en venta. A leguas podía verse que los animales habían muerto por enfermedad; pero nadie paró mientes en ésto. Ella pidió cincuen-

ta centavos por las tres gallinas; doña María ofreció treinta centavos. Después de una lucha intensa de ofertas y demandas, la vendedora cedió.

Doña María, muy contenta, dijo a los hombres:

—Vénganse a tomar gallinita mañana. El caldo estará muy bueno.

—Pero si esas gallinas están que apestan.

—Quita, hijo, con un poco de cilantro y yerbas de olor, no las vas a conocer ni tú, que ahora las viste.

—Otro diez de escamocha, pedía un cliente.

—Voy, voy, no se me amontonen, contestaba doña María.

Aquí también como en otros sitios, existía el crédito; pero doña María solo les fiaba a los hombres con trabajo; daba uno que otro bocado a los miserables de oficio, y vendía un poco más caro a las mujeres prostituidas, a las que tenía una cierta fobia quizás por los fracasos que ella sufrió en el oficio.

A pesar de la miseria reinante, todos los hombres y mujeres que se encontraban comiendo su escamocha, tenían caras felices. Ninguno se veía atormentado; su vitalidad asombrosa se defendía como un tigre contra los zarpazos de los germenos que flotaban a millares en cada cucharada de alimento que se llevaban a la boca.

Entre las barbas llenas de polvo y manteca, el caldo escurría, dejando sobre los pelos unas gotitas brillantes.

—Ora está buena la escamocha, doña María. Ni en el presidio nos daban comida como ésta.

—Favor que me haces, hijo.

—Es la puritita verdad.

Damián y Salustio acabaron de comer. Sentíanse felices y satisfechos. Los dos amigos se prometieron que cada semana jugarían un día para invitarse mutuamente a tomar pulque y comer escamocha.

El pulque había alegrado a Damián. Se le olvidaron por un instante Julia, sus hijos, la miseria y el tener que barrer las calles. La vida era amable. Así lo sentía él.

—Qué va, dijo Salustio, la vida es un basurero.

Por la calle, los dos amigos, tambaleándose un poco por el efecto del pulque, cantaron una canción sin importarles que la gente se riera de ellos. Damián sentíase tan optimista que le dijo confidencialmente a su compañero:

—Se me hace chiquito el mar para hacer un buche de agua...

XIII

DAMIAN, de pronto, sintióse enfermo. El nunca supo si fue la escamocha, el pulque, o simplemente los microbios de la calle; pero el dolor no lo abandonaba y antes que alarmar a Julia prefirió ser llevado al Hospital. Con grandes reservas le envió un recado a su esposa.

Pacientemente aguardó a que Julia llegara y con terror supuso que debía soportar, con mirada apacible y sonrisa en los labios, la reprimenda que a no dudar le haría su mujer. ¡Razón le sobraba! ¿A quién se le ocurría sino a él, dispendiar en tal forma los pocos dineros destinados a la familia?

Parecía un niño enfermo, con la sábana embozándole el rostro y los ojos febricitantes girando en redondo a lo largo y a lo ancho de la sala.

¡Qué desvalido siéntese uno cuando está enfermo!, meditó. Naturalmente, él no quiso en principio ser llevado a su casa en semejante estado. ¡Con lo alegre que se encontró durante algunas horas! ¡Y de pronto, aquel agudo dolor en el estómago y en el vientre! Debía de ser el pulque. Nunca tuvo la costumbre de beber.

Después se enteró por los amigos que daba de gritos como un poseído y que fue necesario llamar a las ambulancias; pero aún el médico no decía nada sobre su caso. Y era necesario esperar. Probablemente como él, los médicos querían hablar con Julia y con los chicos.

La sala en que se encontraba era larga y angosta, y a uno y otro lado formando una fila monótona, se hallaban camas blancas, notándose en muchas de ellas serios estragos causados por el tiempo.

¡Qué viejo era todo, y sin embargo, qué nuevo en comparación con los muebles de su casa!

Los quejidos de los enfermos lo seguían minuto a minuto; y cuando se le agudizaba el dolor, también él deseaba formar parte del coro.

Escuchó por un instante. Sí. Aquel paso que le era tan conocido y tan amado, pertenecía a su mujer. Instintivamente puso una cara condolida a efecto de que Julia pudiera ablandarse. Durante todos los años de casados jamás sintió por ella otra cosa que un gran cariño, y todas las mujeres que cruzaron a su lado no significaron más que sombras sin trascendencia. Para él nunca, desde que se casaron, hubo otra mujer en su vida.

El sentimentalismo lo aprisionaba y pensó con desgano que tal cosa debíase a que se hallaba sumamente débil. ¡Cómo odiaba Julia los quejidos, los llantos y las palabras inútiles! Pero al mismo tiempo, cómo lo había mimado desde que se casaron, hasta que lo convirtió en un hijito más.

Cuántas veces durante la noche, ya cuando los niños estaban dormidos, su mujer se deslizaba del lecho, del pobre lecho conyugal y encontraba en secretos rincones el mejor pedazo de carne que le había guardado para después de la cena. Julia se disculpaba de estas "debilidades" asegurando a Damián que todos habían comido perfectamente y que él tenía derecho a lo mejor, por ser el jefe de la casa. Damián se dejaba querer. En aquel instante sospechó como no lo hizo antes, que probablemente aquel pedazo de carne significaba realmente el ayuno de Julia, que siempre providente, veía de que todos comieran quedándose ella a lo último.

Era inconcebible que ella se preocupara siempre por todos y que nadie se hubiera tomado nunca verdadero cuidado por ella. ¡Pero es que era tan gracioso que alguien se preocupara de Julia! No daba jamás la sensación de ser una mujer débil. Y sin embargo, alguna vez debió sentir la necesidad de ternura; solo que fue demasiado tímida para expresarlo.

Inconscientemente cerró los ojos al escuchar que su mujer se aproximaba. Julia se acercó. Venía acompañada de Au-

gusto y de una de las niñas.

Su rostro endurecido por tanta lucha no expresaba pena ni dolor.

—Papá está dormido.

—No lo creo, fue la respuesta de Julia.

Acercándose más le puso apenas la mano sobre los cabellos. El abrió un poco los ojos. Murmuró en tono dolorido:

—¡Qué mal me siento!

Por el rostro de su mujer, supo que ella lo sabía todo. Y dobló la cabeza hacia el lado izquierdo.

—Vamos, Damián, dijo ella, ¿no te da vergüenza?

Y eso fue todo. Le acomodó con brusquedad las cobijas, le alisó los cabellos lacios, y examinó las medicinas que tenía cerca. Luego tomó una silla y se instaló junto a su cabecera. Los niños continuaron de pie, junto al lecho del enfermo. La pequeña lloraba en silencio. Augusto se concretaba a mirar.

Augusto había crecido de pronto. Estaba hecho un joven alto y espigado, con el pelo castaño revuelto en bucles rebeldes y el rostro pálido y triste lleno de pecas ligeramente oscuras.

Julia miró la sala. En cada cama se encontraba un enfermo. Sin querer la turbó aquel dolor que partía de cada cuerpo y que perdía en la soledad del cuarto que a los ojos de cada hospitalizado debía parecer enorme.

—¿Cómo te sientes?

Damián adquirió inmediatamente el aire de una criatura desvalida. Qué fuerte era con su mujer al lado. Realmente, mientras se encontrara cerca, él no debía temer a ninguna cosa. Quedamente murmuró:

—Mal, Julia, muy mal.

—¿Por qué me mandaste avisar tan tarde?

—No supe de mí. Me trajeron al hospital. He pasado una noche de infierno. ¿No ves que me estoy muriendo?

—No digas tonterías.

—Pero sí, Julia, si te digo que me estoy muriendo.

—Ya lo veremos cuando salgas. Por hoy no hables mucho. Allí viene el médico.

El doctor se acercó, tocó a Damián, le tomó el pulso y discretamente hizo una seña a Julia para demostrarle su deseo de hablar con ella, a solas.

Aquello la sobrecogió. En verdad no creyó nunca que Da-

mián se encontrara tan enfermo. Había pensado que se trataba de una simple borrachera, cuando más de una ligera indigestión; pero no, era algo más grave, cuando el médico deseaba comunicarle algo.

Continuó charlando con Damián otro momento y luego encontró la forma de desprenderse para ir a tratar el asunto de su enfermo. Cuando cruzó la sala del hospital, Julia llevaba, como se dice vulgarmente, el corazón en los labios.

El médico la esperaba en el corredor. Era un médico joven, que tenía la piedad retratada en el rostro. Cara de hombre que ha visto de cerca sufrimientos que no le son indiferentes.

—Señora, ¿es usted fuerte? —Mirando fijamente a Julia, dijo, como para sí: —Usted lo es. Bien, debo decírselo. Es necesario operar a su marido.

—¿Operarlo?

—Y de urgencia, sí, señora.

—Pero de una borrachera . . .

—La borrachera le provocó un agudo ataque de apendicitis. No hay tiempo que perder.

—Entonces, mañana . . .

—Hoy, hoy mismo. Solo la esperábamos a usted.

—Pero es tan peligroso . . .

—No queda otro remedio.

—Se encuentra tan débil después de los desórdenes de ayer . . .

—Ya se le pasó todo el efecto del alcohol. Le he dado medicina para ello.

Julia vaciló. ¡La primera vez que Damián se encontraba realmente enfermo! Era desagradable esta idea; y sólo de pensar en ella se le achicaba el espíritu. Sintió que le temblaban las piernas. Nunca soñó en ver a su marido en semejante trance.

De momento no supo qué pensar; la cabeza se le había convertido en un verdadero torbellino con la cantidad de ideas que por ella le cruzaban.

—¿Y si no se opera? —se atrevió a murmurar.

—Moriría sin remedio. ¿Es el primer ataque?

—Hace tiempo tuvo otro dolor, pero francamente, sólo pensamos que era del estómago.

—Pues usted dirá . . .

—Realmente, si no hay otro remedio . . .

—No lo hay.

—¿No quiere usted que esperemos hasta mañana?

—Como usted quiera, señora.

Julia pensó que era necesario preparar a Damián. ¡Era tan débil, el pobre! Además, tal vez alguien en el basurero sabía de algún remedio contra la apendicitis. La aterrorizaba la idea de que a Damián le tuvieran que abrir el vientre. Pensó que era casi imposible que su marido se salvara. Casi imposible.

Cuando volvió junto a él, estaba pálida y pensativa. Fue muy tierna con Damián, a tal grado, que éste pensó que era muy conveniente encontrarse enfermo. Solo en los momentos difíciles Julia le dispensaba semejante dulzura.

—¿Te atienden bien?

—No como tú, pero bastante bien.

—¿La enfermera tiene pendiente de ti por las noches?

Damián no quería alarmla, pero era lo cierto que por las noches el cuarto del hospital se tornaba un verdadero infierno. Los enfermos gritaban pidiendo agua, un sedante, etc., y les respondía el eco.

Enfermos que tenían más tiempo en el hospital, le dijeron que las enfermeras no acudían por el sencillo motivo de que no contaban con medicinas. Todo estaba muy mal atendido. Noches hubo, según le contaron, en que un individuo murió sin que nadie, ni médicos ni enfermeras, se dieran cuenta; cuando se enteraron era porque el individuo estaba ya completamente rígido sobre el lecho.

Damián no le dijo a Julia que él tenía un terrible temor de morir así, en la soledad más espantosa; le dio una pena recóndita mostrarse cobarde en aquel momento; y por lo tanto, aceptó que Julia y los niños partieran después de haberlo besado.

Julia ni tarda ni perezosa llegó hasta La Morena, pidió consejo, entrevistó gente, tocó puertas; pero en el fondo de ella misma, tenía la seguridad de que la operación era necesaria. Cuando los médicos decían que era de muerte... La mayoría opinaba que Damián no debía de operarse. Ya casi había decidido ella ésto, cuando por la tarde la llamaron de urgencia: a Damián le había retornado el dolor. Y ya no fue posible esperar un minuto.

Cuando llegó al hospital, se encontró con el lecho vacío. Damián había sido llevado a la sala de operaciones.

Cada minuto que transcurría le pareció una eternidad. Toda la familia se encontraba reunida en los amplios corredores del hospital, y los niños, mirándola fijamente, se cojían a sus faldas, empequeñecidos por el miedo.

Julia no deseaba contemplar a ningún enfermo; sus ojos se clavaban en las rosas abiertas en mitad del jardín; en los niños que corrían y que jugaban; en las mujeres que llevaban a su pequeñuelo recién nacido acunado en los brazos. No quería pensar en la muerte.

Su religiosidad la impulsaba a visitar la iglesia más próxima y pedirle a Dios que salvara a Damián. Aquella separación, el no haberle podido dar una sola palabra de ánimo ni de consuelo, la tenían sumamente agobiada; hubiera sido mucho más reconfortante para ella el poder acariciar las manos y el cabello de su marido, imprimirle fuerza, inyectarle optimismo. Fue demasiado duro para su corazón amoroso encontrarse el lecho vacío. Damián estaba en la mesa de operaciones.

Era indispensable no perder el valor. Se asomó con lentitud a la puerta, cogida fuertemente a la mano de la más pequeña de sus hijas. Detrás de ella iba el resto de la familia. Nunca pensó Julia que Damián le hacía tanta falta; y jamás comprendió, como ahora, cuánto lo amaba.

Recordó por un instante la época en que fueron novios. Entonces Damián abrigaba sueños ambiciosos y era un fuerte y bello muchacho. Tenía el mismo pelo castaño de Augusto y pensaba que el mundo no era más que una canica de colores.

Durante las noches de verano platicaban de cosas sin trascendencia y él quería de buena gana haber sido millonario para ofrecerle joyas y comodidades; por desgracia, la realidad era muy otra. Con sacrificios sin cuento se casaron. Aunque la familia opinaba que era un fracaso, jamás tuvieron miedo a luchar juntos . . . y así fueron pasando los años.

Luego, vinieron los hijos. De vez en cuando todavía Damián decía en voz alta sus más dulces sueños; aún tenía para Julia palabras de esperanza; pero ella ya había perdido la fe. Lo oía doliéndole que todo aquello no fuera cierto; que jamás pudieran instalarse por ellos mismos con el negocio independiente y lucrativo que había soñado Damián; pero en el fondo seguía teniendo por él la misma profunda y suave dulzura; con los años, Damián tornóse más débil, y sus

palabras en voz alta no eran más que su último resto de dignidad y de profunda defensa.

Julia se acercó a la iglesia cuyas puertas vetustas se levantaban junto al hospital. Se persignó al entrar y vio a los santos dorados y magníficos; pero de sus labios mudos no salió ninguna plegaria. Hincada y contrita, seguía pensando en Damián y en lo felices e infelices que habían sido juntos. ¡Cuánto sueño! Y ahora una realidad: Damián se encontraba enfermo, operándose.

La mujer se estremeció. Aquello, aquello era realmente el peligro.

Y súbitamente acongojada hasta lo más íntimo de su ser, elevó su plegaria simple y sincera:

Señor, salva a Damián.

Todavía permaneció hincada unos minutos, y luego volvió presurosa al hospital, que se encontraba situado muy cerca de la iglesia.

En el camino, los "coyotes" de la muerte, los comisionistas de las casas mortuorias, la asaltaron: ¡Treinta pesos!

—Aquí está nuestra tarjeta, por si nos necesita. Tenemos precios razonables.

Julia apresuró el paso. Su chal negro le caía sobre la cara endurecida, petrificada por el dolor. Llena de angustia desató franquear la puerta, escapar de los mercaderes de la muerte. De su garganta acongojada salieron unas palabras de auxilio: Damián, ¡oh, Damián! Sentía que su corazón estaba pronto a reventarse; que sus piernas no la ayudaban a sostenerse y que si su marido le faltaba, el hecho de tener a todos sus hijos juntos no serviría para mucho. Nadie podría substituir a su marido.

Cuando llegó a los corredores del hospital, la detuvo en seco la cara de la enfermera. Algo, algo muy malo había pasado. Les ordenó a sus hijos que la esperaran un instante, y armándose de valor, con paso firme, fue al encuentro de las noticias. Y por tener miedo de las palabras, enrostró la situación en silencio.

Los ojos de la enfermera eran elocuentes y le dijeron muchas cosas. Una mano se tendió sobre sus hombros; luego pudo oír solamente ésta explicación que para ella no quería decir mucho.

—Le falló el corazón . . .

Al fin comprendió y ya no quiso escuchar el resto. Las pa-

labras, como un mazazo dado sin piedad, le martillearon la cabeza; pusieron una cortina negra entre ella y el mundo, y ya no supo más. Sus labios oprimieron hasta ahogar el grito de rebeldía en que pugnaba por salir una acusación: ¡Me lo han matado! ¡Me lo han matado! De sus ojos semiocultos por los párpados no brotaron lágrimas; pero sus venas latían con ritmo loco. Por un instante Julia sintió que la pena la asesinaba, y que también le rompía su corazón.

Durante cinco minutos permaneció inmóvil, ausente de la vida . . . Pero el llanto de sus hijos la sacudió con estremecimientos de realidad. ¡Damián había muerto!

Las necesidades inmediatas la obligaron a domeñar su dolor para calmar el de sus hijos. ¡Qué horrible desamparo el de todos! Tomando de la mano a los pequeños, salió del hospital, se dirigió al basurero, y reunió las cantidades necesarias para preparar el entierro. Recogió el cadáver de su marido, ordenó que lo velaran, allí mismo en la capilla del hospital y que de este sitio el cortejo fúnebre emprendiera el camino hacia el panteón. Sus labios mudos no se quejaron. No lloró. Asistió al entierro sin inmutarse; pero cuando la última paletada de tierra cayó sobre el cadáver del hombre amado, Julia, durante muchos días, se encontró a su vez como si estuviera, muerta, sin poder resucitar con su horrible desolación desesperada, el cuerpo inmóvil de Damián.

XIV

PASO EL TIEMPO y Augusto, insensiblemente, fue responsabilizándose de la familia hasta que ocupó su jefatura. Aquello en vez de afligirlo lo hizo sentirse importante. Había heredado de su madre la misma energía ilimitada; y de su padre la dulzura tierna que lo hacía ruborizarse a veces como si fuera una muchacha.

Debido a esta timidez que tenía su raíz en la más bella sensibilidad, Augusto se comportaba unas veces con audacia y otras con cinismo.

Julia, deseando que su hijo asumiera todas sus responsabilidades masculinas hizo lo posible por estar bajo su dependencia; sentía un cierto agrado con esta forma de comportamiento; vieja y cansada, deseosa de que alguien tomara el mando, dejó hacer muchas cosas permaneciendo inerte ante todo; y en verdad, esto era lo que sentía: indiferencia.

Desde la muerte de Damián las cosas en realidad parecían poco importantes.

Ignoró ya por muchos días la canción de la risa; no contempló más con ojos ilusionados el cielo azul, y sus miradas, ligadas al suelo, solo parecían querer descubrir en cada pedazo de tierra una partícula del cuerpo de Damián.

Las niñas, por su parte, se hicieron cargo de los quehaceres domésticos; Augusto de la responsabilidad económica y Julia se mantuvo en su primitiva actitud después de la muerte de Damián: vivió como agonizando.

Augusto y las niñas habían crecido. María, la mayor de ellas, tenía los cabellos rubios y la tez morena; Enriqueta, la de en medio, los ojos claros y la piel blanca; la más pequeña era color canela y con ojos negros. En realidad, mirándolos durante los atardeceres claros, Julia pensaba que sus hijos eran bellos. Cuando alguna vez se lo dijo a Damián, este sonrió, contestándole:

—Julia, de igual opinión que la tuya son todas las madres cuando se trata de sus hijos.

—Madre, dijo Augusto, creo que tengo que abandonar el basurero.

Julia lo miró con terror. Siempre había deseado que la familia estuviese unida y tan pronto como Damián se vio en la necesidad de buscar trabajo en la calle, ya no pudo volver jamás a la casa. No; abandonar la comunidad era desafiar a la muerte.

Pero Augusto se mantuvo firme. Era necesario sacar a la familia del basurero. En la escuela había aprendido cosas; además, ya no era ningún niño.

En efecto, Julia recordó que su hijo, aunque joven, tenía la precocidad que solo da el sufrimiento; era pues mucho mayor que otros que lo sobrepasaban en años; luego meditó con orgullo que su hijo había hecho cursos dobles en la escuela, y obtenido magníficas calificaciones debido a su clara inteligencia. Sí, los sueños de Damián se estaban realizando en el hijo. Y desde entonces vio al muchacho con un fanatismo rayando en la locura. Cada actitud, cada movimiento, le recordaban a Damián; pero a un Damián activo, lleno no sólo de ambición, sino de acción.

Suspirando, contestó: —Como tú quieras.

Cedía con gusto. Ella, que siempre había estado acostumbrada a mandar, ahora no le importaba ya mantener el gobierno; todo lo dejaba en manos de su hijo el mayor.

—Madre, madre, —dijo Augusto con entusiasmo —hoy mismo iré a los talleres y es indudable que dentro de poco habrá trabajo para mí.

—Pero no te pagarán . . .

—Aprenderé . . . y ya me pagarán.

—Sí, estoy segura de que aprenderás.

—Mientras tanto, usted y las niñas harán el trabajo del basurero; yo las ayudaré por la mañana, temprano, hasta donde alcance el tiempo. Tendré que desempeñar muchas

cosas en el taller.

Julia accedía a todo. Muerto Damián, ya no tenía objeto para ella la lucha.

Aquella tarde Augusto se dirigió a los talleres. Solo el ver tanta máquina inmóvil lo hizo estremecerse de emoción; y soñó con manejar una de ellas, ser chofer en jefe, con dos ayudantes a quienes mandar. Contó: una, dos, tres, veinte . . . Algunas flamantes, otras ya un poco viejas; una gran parte totalmente desgastadas.

El olor a nafta empapaba el ambiente. Silbando alegres canciones, muchachos jóvenes, enterados de su oficio, se encontraban inclinados mirando dentro de los motores con el mismo cuidado y afecto que un médico examina el organismo humano.

Augusto se acercó. Aquello era asombroso. Fierros, tubos, llantas, y un sin fin de herramientas. Cada máquina ofrecía sorpresas, exactamente en la misma forma que ofrecen sorpresas los hombres.

Pidió hablar con Tovar, el ex-jefe del sindicato. Se dirigió a él, porque recordaba vagamente que Tovar había sido amigo de su padre. Le informaron que llegaba como a las doce. Y no tuvo más remedio que esperar.

Un poco cerca de la una de la tarde apareció Tovar. Era el mismo hombre de baja estatura, de mandíbulas fuertes, manos cuadradas igual que sus espaldas y tez prieta. Su mirada era certera y rápida, llena de luminosa energía.

—Soy el hijo de Damián Rodríguez.

—¿En qué puedo servirte?

—Ya usted sabrá que mi padre murió.

Sí, nos enteramos en el Sindicato. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Quiero aprender mecánica. Ocupar con el tiempo el puesto de chofer . . . A medida que hablaba, Augusto iba tomando fuerza. Tenía la convicción de que el puesto le pertenecía; y que sólo era necesario luchar.

—No es tan fácil como pretendes. Hay muchos obreros en este sitio. Todos tienen familia; todos desean acomodar convenientemente a sus hijos. Y tu padre, aunque buen trabajador, no pertenecía a esta rama.

—Era amigo de usted. —Augusto expuso este argumento máximo: el de la amistad que ni con mucho fue tan íntima ni tan especial como él suponía. Intuitivamente se daba

cuenta de la situación; pero confiaba en que Tovar accedería al fin a sus pretensiones.

—Ven dentro de tres días.

—¿No podría resolver usted hoy mismo?

—No es posible; tenemos que consultar el caso en sesión; o cuando menos ponerlo a la consideración de los compañeros.

—Bien; dentro de tres días.

Augusto volvió al basurero. Tenía confianza plena en que todo saldría bien, y efectivamente, dentro del plazo fijado, Tovar le concedió el puesto de mozo de patio. Su tarea consistiría en lavar los camiones, en revisar las llantas, y en barrer. Así debía de comenzar, como su padre terminó: con la escoba en las manos.

Al principio se encontraba fuera de ambiente. En este lugar había hombres de todas las edades: jóvenes y viejos. La mayoría hablaba en una forma especial, de la que no podía entender mucho; pero poco a poco fue interpretando los sentimientos y las palabras, y ya el lenguaje de este sector no tuvo secretos para él; fue tan claro como el calor que se usaba en los basureros.

No le causó sorpresa encontrar entre los trabajadores a otros muchachos más jóvenes; el pueblo, los hijos del pueblo, tienen la necesidad absoluta de comenzar a luchar por la vida desde muy temprana edad; y pensó que los hombres humildes no tenían ni gozaban de las delicias de la niñez ni de los encantos de la juventud.

Tratando de recordar supo que no había tenido juguetes, ni él ni sus hermanas. Ellas habían encontrado diversión con el Perchas como otras niñas encuentran agrado en jugar a las muñecas; él sólo conoció los palos de escoba viejos que utilizaba como supuestos potros de pura sangre, pero que no pasaban de ser, en la realidad, más que una mera ilusión.

La ley prohibía emplear a muchachos muy jóvenes; pero aquellos estaban allí tan solo como aprendices. Aún debía pasar el tiempo antes de que pudieran obtener un solo centavo por sus tareas.

Así fue como Augusto comenzó a ser explotado. Los obreros viejos, sin ilusiones y sin deseo de trabajar más, descansaban toda su responsabilidad en los "nuevos", a quienes explotaban en forma inicua.

Aprendió al poco tiempo que aquí como en otros sitios,

había escalafón que unos cuantos aprovechaban; y que no todos los obreros de los camiones desempeñaban sus tareas. Algunos so pretexto de las labores sindicales escapaban muy frecuentemente del cumplimiento de su deber.

Se enteró de las inflaciones en el ramo de compras, y que para todo se establecía mercado, oferta y demanda, y cuantiosos negocitos que dejaban pingües utilidades a los políticos sin conciencia.

¿Quién era el culpable de aquella situación? ¿Tovar? ¡No! La cosa venía desde mucho más alto: el jefe de la sección de compras. ¡Y había tanto que comprar! Escobas, mangueras, refacciones, máquinas, botes, etc., etc.

Supo por ejemplo que para disfrutar de la concesión que les permitía instalar botes para la basura en toda la ciudad, unos extranjeros pagaron veinticinco mil pesos a personas influyentes del Departamento. Aquello causó indignación entre los hombres que manejaban la basura: ellos habían pedido la instalación de estos botes de hojalata y nadie se las había concedido.

Las miles de escobas que eran utilizadas semanalmente para la limpia de la ciudad, eran comprados a una sola persona que a su vez los acaparaba a precio de hambre a los indios que venían desde la sierra con su modesta carga. Cada escoba era vendida al doble al Departamento del Distrito.

Ninguno de los trabajadores ignoraba esta situación; pero no se le podía remediar, porque ellos eran impotentes para hacerlo. Sabían de sobra que si hablaban con las autoridades superiores del Departamento habrían obtenido el cese del mal empleado y el puesto hubiera sido ocupado por otro hombre que a los pocos días era víctima de los mismos vicios burocráticos creados por la costumbre, la apatía, la falta de honradez y de responsabilidad. Y todo el mundo aceptó la situación sin discutirla.

Augusto comunicaba diariamente estas cosas a su madre. Y ya por este solo hecho, se consideraba una persona importante, que podía llevar al basurero varias novedades, que iba sacando de su boca con la misma fruición que chocolates y dulces para las mujeres que lo esperaban en casa. Julia lo escuchaba con orgullo: las niñas, con gusto. Desde que el mayor de la familia se encontraba trabajando en mundos distintos, toda la familia lo había idealizado y veían en él a un hombre superior.

—¿Algún día tú vendrás en los camiones de la basura, manejándolos?

Augusto respondió con orgullo: —Uno de estos días... Mariana era la que lo examinaba con más atención. Llevaba meses observando una conducta ejemplar y su cuerpo delgado encontrábase ahora flexible y elástico.

Casi nunca hablaba con Augusto al que miraba de reojo, rehusando verlo de frente.

Cuando ocasionalmente se cruzaban en las afueras de la casa, ella inclinaba la cabeza y rehuía el saludo.

—Mariana, le dijo un día Augusto, ¿por qué me huyes?

Ella no respondió y apresuró el paso. Ayudaba en silencio y eficientemente a Julia en los trabajos de la casa, y con ella conversaba largas horas, escuchando respetuosamente sus consejos.

Un día Augusto llegó un poco tarde, debido al exceso de trabajo y se la encontró sola en la casa; su madre y sus hermanas habían salido a visitar a una vecina.

Al verlo entrar, Mariana se sobresaltó. Inmediatamente dejó la costura y abandonó el cuarto.

—¡Marianal, le gritó Augusto.

Pero Mariana ya estaba lejos. Sus pies descalzos, su vestido flotante, se destacaban formando un claro-oscuro de maravilla contra la luz del sol que se ocultaba. Sus cabellos en estas condiciones, tenían reflejos metálicos.

Augusto recordó que cuantas veces había tratado de ser amigo de ella, Mariana se había mostrado hosca. Cuando intentó tomarla del brazo, en forma cariñosa, ella le contestó con un codazo. En otra ocasión, al sorprenderla zurciéndole los pantalones quiso darle las gracias; pero ella le arrojó la prenda sobre la cara.

El que Mariana lo rehuyera, le parecía a Augusto completamente intolerable. Además, la situación que al principio le divirtió, ahora lo irritaba. El era tímido por naturaleza y jamás anduvo detrás de una mujer; siempre fueron ellas... desde la prostituta que le enseñó el placer, hasta las chicas que se encontraban por la calle... Entre todas, sólo Mariana le huía.

—¡Marianal Volvió a gritar, pero ella caminó más de prisa.

Augusto la siguió. En aquella misma tarde dejarían arreglado todo. Caminando rápidamente, logró darle alcance; pero al sentir sus pasos cerca Mariana emprendió rápida

carrera. Augusto tuvo que hacer lo mismo hasta que ella tropezó sobre el cerro de la basura. Augusto se inclinó sobre la muchacha.

—Déjame, déjame.

—Pero Mariana, si no voy a hacerte nada.

Ella chillaba como una gata, defendiéndose con pies y manos, Y Augusto la dejaba hacer; ésto le parecía un poco divertido, viendo cómo en su pálida cara se encendían rosas de indignación. La oprimía sin violencia, sujetándola para que no lograra desasirse.

—Dime, ¿por qué me huyes?

—Déjame.

—¿Por qué no podemos ser amigos?

—Suélteme, porque grito.

Aquello francamente lo divirtió. Además lo estaba enardeciendo la lucha. Poco a poco, los pechos de Mariana, que se revolvían inquietos bajo su cuerpo, las manos suaves, los cabellos rebeldes, le encendían el deseo.

—Vamos, no seas fierecilla. ¿Qué te pasa conmigo?

Ella por toda contestación dió chillidos más agudos. Augusto se paralizó por un instante en la lucha, y volvió la cara a distintos lados. El sol ya casi se había ocultado, y en el basurero solo se escuchaba el ruido que hacían los cuervos.

Sobre el cabello de Mariana se veían pequeñas briznas de basura, y su falda revuelta se encontraba llena de tierra, mientras que sus pies, tratando de libertarse, habían hecho un pequeño hoyo, desplazando la basura en distintas direcciones. Aquel olor a podredumbre y a muerte, a basura acumulada durante días, a mujer sudorosa, encendieron definitivamente a Augusto, que le dijo, sonriendo:

—Vas a dejar de chillar.

Sujetando con una de sus fuertes manos los brazos de la muchacha, Augusto procedió con su mano libre a hacerle cosquillas a lo largo de los costados. Ella gritaba y reía como endemoniada, y desde lejos podían escucharse los gritos y verse la tolvanera de los dos cuerpos jóvenes revolviéndose como salamandras sobre la basura convertida en llamas a la última luz del sol.

—¡Ya por favor, por favor!

—No. No chillarás más. ¿Verdad que eres mi amiga? ¿Verdad?

—Sí, sí, lo que usted quiera, lo que usted quiera.

Ahora Augusto le hacía cosquillas en las plantas de los pies. Mariana revolvióse como condenada. De su falda entreabierta emergieron sus muslos prietos y fuertes, elásticos y suaves. Su falda le llegaba por instantes más arriba de las caderas. Su cuerpo moreno bañado de basura tenía un encanto nuevo.

Ya Mariana no reía. Con los ojos brillantes y desesperados, casi llorando; con la boca entreabierta como quien pide besos, estaba en una actitud de oferta agónica y placentera. Sus manos laxas, ya no ofrecían resistencia. La flor de su sexo quedó a la vista. Augusto casi se inmovilizó ante ella y su cuerpo delgado y joven, se fue quedando quieto, como sobre un muelle o pedazo de algodón, tendido encima del cuerpo de la muchacha . . .

XV

DESDE AQUELLA TARDE, Mariana y Augusto se vieron diariamente, a escondidas de todos. Después de las horas placenteras, él le contaba sus sueños, sus ambiciones y sus deseos. Y para su gusto, era suficiente que ella lo escuchara con toda atención, en silencio.

Y un buen día llegaron hasta el basurero nuevos hombres, de aquellos que no habían estado conectados antes con los negocios de la basura.

Augusto informó a Tovar lo que pasaba; pero ya éste sabía lo suficiente. Reunió a los miembros del sindicato en sesión extraordinaria y todo se puso en claro.

Hasta aquel día los moradores de los basureros habían podido ofrecer su mercancía a las industrias compradoras, estableciendo un precio regular que beneficiaba personalmente a los que lo obtenían; pero en lo sucesivo todo se tendría que entregar a los concesionarios del gobierno.

La sesión fue tormentosa. Desde hacía mucho tiempo que se tenía la mejor intención de que la industrialización de la basura quedara en manos de los miembros del sindicato que deseaban constituir una cooperativa refaccionada por el propio gobierno; pero ahora ya tal cosa no era posible: la concesión estaba dada a un expresidente de la República, hombre ambicioso que tenía como objetivo principal el hacer dinero con negocios fáciles tales como los campos para

turismo, las concesiones para la venta de cemento y ahora, por último, la industrialización de la basura.

Cien mil pesos había invertido el expresidente para establecer la industria, mientras que los hombres de la basura no podían aportar un solo centavo sino antes bien, querían que el gobierno les prestara una cantidad fuerte a fin de poder llevar a cabo la industrialización de los basureros.

¿Qué hacer? Tovar aseguraba que no podía hacerse mucho. Lo único que debía de obtenerse era que el trabajo quedara en manos de los hombres de los basureros y que aquella nueva industria constituyera una fuente más de ingresos.

Pero la noticia que verdaderamente alarmó a los hombres fue la de que se planeaba terminar con La Morena, La Jarana y otros centros de población, a fin de reconcentrar la basura en la fábrica industrializadora, edificando después de ésto casas higiénicas para los obreros.

Naturalmente, nadie creía en lo último. Sabían por experiencia, porque no era esa la primera vez que alguien les ofrecía muchas cosas, que todo terminaría en la destrucción de los basureros, y que sus moradores se verían obligados a buscar nuevos hogares en distintas zonas de la población.

Aquello tenía sus desventajas, entre otras, la desunión, la disgregación de los trabajadores que hasta ese día venían conviviendo, prácticamente, en comunidad, lo que traía como consecuencia que rápidamente se unificaran en su criterio; que ofrecieran los mismos precios al tratarse de una mercancía determinada, y que pudieran especular, hasta donde era justamente posible, con el papel, el vidrio, etc., consiguiendo con sus maniobras en más de una ocasión, elevar el precio de dichos artículos.

Los concesionarios en lo sucesivo, explotarían el vidrio. El papel lo entregarían directamente a las industrias consumidoras después de obligar a todos los trabajadores a que reconcentraran sus pepenas en la fábrica. En cuanto a las substancias con las cuales se elaboraban abonos químicos, quedarían completamente a su cargo; ya los camiones no visitarían La Morena: su contenido sería vaciado en los depósitos de la Fábrica Industrializadora.

Según se supo, existía un amplio plan de trabajo para llegar a estos fines; entre otros, el de utilizar la maquinaria en su grado máximo, desechando la mano de obra.

Tal actitud traería como resultado: primero, la disgregación de los hombres de los basureros. Segundo, la desaparición de los barrenderos, y tercero, el monopolio absoluto sobre los desperdicios de México.

¡Qué grandes negocios se hacían con ellos!

El alma de toda aquella situación era un señor apellidado Prieto, político militante que durante joven se distinguió por su inteligencia, su audacia y su capacidad; pero le sucedió lo que les pasa corrientemente a todos los niños prodigios: al llegar a la edad adulta se opacó, y de sus dotes brillantes sólo restaba su rapacidad.

El hombre que obtuvo la concesión había sido presidente de México y siempre se distinguió por su mediocridad; sin embargo, logró salir avante de los vaivenes de la política y aunque retirado de ella en forma física, continuaba obteniendo pingües ganancias por medio de los negocios cuyo acaparamiento lento, pero seguro, iba quedándose en sus manos, en algunas ramas, mientras que en otras, los diferentes políticos de México movían sus respectivos hilos.

Era curiosa la situación: a muchos expolíticos mexicanos, por deseo de tener el espinazo doblado en actitud servil, no se les ocurría emprender otros negocios que los de instalar hoteles. Algunos se dedicaban a las casas de apartamentos. La mayoría tenían el complejo de viudas desamparadas, el miedo de arriesgar los dineros obtenidos con fraudes al pueblo, y hacían inversiones que consideraban seguras, y que usualmente les rendían un porcentaje de utilidad determinada, con el menor riesgo posible.

Sólo un expresidente, se especializó en las grandes aventuras de los negocios en escala mayor, comerciando con la pesca de todos los mares de México, en forma inicua en que se explotó la riqueza marítima y las cooperativas ficticias de trabajadores. El otro expresidente no pudo alejarse mucho de la costumbre y construyó no casas de apartamentos, pero sí casas para turistas ocurriéndosele después la buena idea de industrializar la basura, pero sin pensar mucho en los hombres que hasta ese entonces la habían manejado.

Tovar dio cuenta de la situación. No solo se apoderaban de los desperdicios, sino que la intención era deshacerse de los hombres, terminar con las colonias pobrísimas que enclavadas en distintas partes de México, eran una vergüenza para la capital. Pero ellos, los hombres de la basura no veían

el problema desde este ángulo, sino simplemente desde el que significaba para veinte mil hombres que vivían de la basura la concesión dada a políticos que los perjudicaban, cuando la concesión, por derecho, les correspondía a los trabajadores que la gestionaron desde hacía mucho tiempo.

De nuevo Tovar volvió a citar, pero esta vez no a una sesión, sino a un mitin. Desde la tribuna, hicieron uso de la palabra muchos trabajadores. Augusto iba preparado para decir cosas, y su voz cálida y vibrante cubrió a la multitud como una oleada: los sufrimientos, las injusticias, los deseos, fueron expuestos en carne viva.

—Sólo en México, expresó, sólo en México se da el caso de que la concesión de la basura la haya obtenido un expresidente.

No importa que a la cabeza de este sucio negocio se encuentren un experiodista poco escrupuloso y un político en desuso. La realidad, todos la conocemos. Detrás de estas dos gentes, no hay sino una persona: el expresidente de México.

Luego Tovar hizo uso de la palabra. No era una sorpresa ver que los valores humanos se encontraran en la balanza diaria como cubos de noria: altos o bajos, de acuerdo con el girar de la rueda política sin importar clases, derechos ni categorías.

Aunque los hombres de la basura veían las cosas con un aire indiferente estaban convencidos de que en todas las ramas no solo de México sino del mundo existía la basura. No importaba que ésta se encontrara revestida con trajes finísimos, coches lujosos y propiedades principescas; humanamente muchos de los hombres y de las cosas carecían de limpieza.

Sí, camaradas, terminó. La vida es un basurero; pero también de la basura se pueden hacer cosas útiles. Eso lo sabemos los hombres que vivimos de ella, que formamos parte de ella, y que sin embargo ni ignoramos que aún en medio de la basura se puede tener limpieza.

Los gritos clamorosos no se dejaron de escuchar durante quince minutos y allí mismo los hombres cansados de luchar, con los deseos tanto tiempo reprimidos pero que estallaron de pronto en ansias de un mundo mejor, se lanzaron a la calle, la recorrieron entera, y con los puños en alto, pidieron hablar con las autoridades del Departamento del Distrito.

La baraúnda era infernal y cientos de individuos, luchando por el pan propio y el de los suyos, eran difíciles de contener. En principio, se negaron a recibirlos; pero la multitud enmudecida o armando una escandalaria formidable, permaneció de pie, largas horas, ocupando el amplio zócalo.

No hubo más remedio que transigir. Y se les dijo que serían recibidos, pero que nombraran rápidamente una comisión que los representara, ya que no era posible que entraran todos al despacho del "jefe".

Así se hizo y entre los hombres que verían al Regente, figuraba Augusto. Era el más joven y el más impetuoso. Tovar encabezaba la comisión.

El regente era un hombre de bien. Estaba dispuesto a ayudarlos en forma amplia, y hasta les prometió dejarles algunos artículos para su explotación particular. En cuanto a que el expresidente fuera el concesionario de la basura, lo negó en forma terminante.

Augusto tocó el punto de la construcción de casas, y pidió que los basureros se industrializaran pero que las casas se construyeran en el mismo sitio donde todos ellos habían pasado su vida: en La Morena, La Jarana, etc.

El regente prometió hacerlo así, después de intentar su comprensión sobre que las casas en determinados sitios siempre serían insalubres; pero el sentimentalismo de los desheredados era más poderoso que la razón. Moverlos de sus colonias, era como quitarles parte de sus raíces.

Augusto trató un punto más: era indispensable, necesario, que a medida que los basureros fueran desapareciendo, los hombres empleados en los mismos encontrarán acomodo en la fábrica industrializadora, dándoseles preferencia a cualesquiera otros.

Este punto ya era algo más difícil. Los hombres tenían que ir siendo substituidos por máquinas, y la basura sería entregada directamente a la fábrica; pero en este punto los trabajadores no estaban dispuestos a transigir. Debía dárseles empleo, no olvidándose de su calidad de pepenadores profesionales. El trabajo era simple y sencillo de desempeñar, ya que aún cuando la basura fuera entregada a la Industrializadora, era necesario separar el hueso del papel, el trapo, el vidrio, etc., lo que de hecho daba oportunidad para que los pepenadores continuaran desempeñando esta tarea que mucho se asemejaba con la primitiva de recoger estos

artículos de la basura, tarea que continuarían desempeñando.

Al fin, después de largas discusiones, se llegó a un arreglo accediéndose a la petición de los trabajadores que estuvieron conformes en obtener cada uno de ellos el salario mínimo cuando desempeñaran un trabajo regular y otro sueldo determinado cuando los jefes de la Industrializadora los consideraran jefes de grupo.

Una vez calmados los ánimos, los políticos concesionarios fueron levantando en la parte norte de la metrópoli el edificio de la fábrica. Esta era bien simple: al entrar, hacia la izquierda, se encontraban pequeños compartimientos en que el estiércol, el hueso, etc., iban siendo depositados. Hacia la derecha, grandes salones con bandas giratorias estaban destinados para recibir distinta clase de basura: en cada banda el obrero separaba el papel, el vidrio, la borra, etc., de tal suerte que los trabajadores podían ir limpiando la mercancía en forma eficiente y rápida hasta que llegaba a los depósitos, lista para ser industrializada.

En este trabajo se empleaba generalmente a hombres y mujeres jóvenes. Por experiencia sabíase que las mujeres eran sumamente cuidadosas en la separación de ciertos desperdicios, tales como el trapo y el papel; en cambio los hombres eran mejores trabajando el vidrio, la lámina y otros elementos fuertes.

La industrialización máxima era la de los productos químicos. Los que manejaban esta rama del negocio, olían bastante mal, a tal grado que en sus propios hogares los seres que les eran más queridos se apartaban instintivamente de ellos debido al hedor insoportable de que se impregnaban y que no podía evitar ni el baño ni la ropa limpia, ni el perfume.

Cada trabajador tenía instrucciones precisas para mermar un poco las entregas de mercancía, dejando esta tarea a cargo principalmente de los camioneros, que fueron formando poco a poco sus depósitos particulares, en secciones adjuntas a los basureros que presentaban un aspecto desolado.

Pocas mujeres habitaban ya estas secciones, y pocos hombres; pues únicamente los más viejos se veían obligados a permanecer en las casas, cuidando de la ropa y de la familia; de que el jacal no sufriera deterioro y de preparar los ali-

mentos para los trabajadores, cuando éstos retornaban de la fábrica.

Los habitantes que no abandonaban estos sitios eran los cuervos; las mismas parvadas de siempre se dejaban caer sobre los basureros desiertos y ahora emprendían vuelos rápidos con muy poca frecuencia; en los sitios desolados se aliaban su plumaje al sol, y buscaban afanosamente entre los desperdicios su diario sustento.

Existían además dentro de los basureros los hombres y las mujeres de confianza que podían realizar, a hurtadillas, los negocios privados con los desperdicios de basura que no se entregaba a la Industrializadora; en otras ocasiones este dinero iba a engrosar los fondos del sindicato que entre otras cosas planeaba una huelga y posesionarse por la fuerza de la fábrica.

Por la noche, la familia se reunía como siempre dentro de cada casa; y si bien era cierto que ya todos disfrutaban del salario mínimo y algunos más tenían encomendadas labores a destajo, sacando utilidades mayores que las que disfrutaban con anterioridad, tenían dentro de ellos la inconformidad de que no eran independientes, como antes; y de que pese a todas sus gestiones, la fábrica no estaba manejada por ellos.

La agitación creció y entonces los antiguos políticos que tenían en sus manos los hilos de la industria decidieron tomar medidas disciplinarias, y por distintas causas siempre baladíes fueron desocupando gente. Hombres y mujeres se vieron substituidos lenta pero seguramente por nuevos hombres extraños a los basureros. Fue hasta entonces que los afectados supieron hasta qué punto se calculó perjudicarlos, y listos a la defensa —decidieron emprender obras de sabotaje.

Y así fue como un día se rompió una banda, otro una máquina, luego una puerta, los guantes desaparecían, el trapo se quemaba . . .

Por las noches manos siempre ágiles llenaban los compartimientos del estiércol con tierra, lo que la inutilizaba para la industrialización. Durante el día, las obras destructivas continuaron en forma metódica, sin que los dueños de la fábrica pudieran hacer mucho ante el muro cerrado de los "accidentes de trabajo".

Se tomaron medidas para poner un dique a esta oleada

rencorosa y hostil y se decidió que cada nuevo "accidente de trabajo" tendría que ser pagado por el obrero; pero cuando se quería hacerle la primera rebaja en su sueldo, el obrero por lo regular no volvía a desempeñar sus labores y presentaba pleito ante la Junta de Conciliación y Arbitraje.

Si la fábrica deseaba prosperar era necesario, indispensable, que desocupara a la totalidad de sus trabajadores y los substituyera por otros. Pero entre los hombres que se encontraban dentro y los que se hallaban fuera, existía un nexo inquebrantable, una cadena maciza y pesada y un sindicato que prohibía que otros empleados prestaran su concurso a la obra que paulatinamente los iba desplazando. El pueblo unido, estaba dispuesto a la defensa. Aún cuando desocuparan a los obreros, los hombres que manejaban la basura en La Morena, La Jarana, etc., no entregarían los desperdicios, y estaban decididos a no permitir que se las arrebataran. Estaban decididos a "como diera lugar". Después de todo, luchaban por "lo suyo".

Llegó un momento en que la situación se hizo tirante. Hubo amenazas de huelga, de brazos caídos y esto significaba que las calles se quedarían sin barrer; los mercados sin lavar; los parques públicos sin asear, y que toda la ciudad se convertiría en un basurero. El gobierno no deseaba transigir, pero los dueños de la Industrializadora, temerosos de cosas mayores; de que se desenmascarara públicamente a los políticos voraces y de que el pueblo y otras agrupaciones se unieran con las distintas secciones que formaba el Sindicato de Limpia y Transportes, optaron por cerrar provisionalmente la fábrica, alegando para ello la falta de mercado que venían sufriendo los productos.

Se abrió el juicio por incosteabilidad, y los trabajadores mantuvieron la esperanza de que este centro de lucha quedaría en manos de ellos . . . Ya contarían con el dinero suficiente para hacer por su cuenta la industrialización de los productos que por muchos años les hicieron peligrar la vida.

Mientras llegaba ese momento de mejoría, los hombres se reintegraron a La Morena, a La Jarana . . . Las cosas siguieron su curso anterior y Tovar, con más empeño ahora de lo que había puesto hasta entonces, pidió al gobierno que la fábrica fuera cedida a los trabajadores, para que la explotaran.

Los meses transcurrieron y tal cosa no se obtuvo. Sin em-

bargo, cada hombre, aunque sufriendo una pobreza que lindaba con la miseria sintióse feliz, siendo el amo de su propia vida.

XVI

YASI LLEGO LA NAVIDAD. Para Augusto esta fecha tuvo alegres noticias: en primer lugar, se le dio el trabajo de ayudante de chofer, admitiéndosele como miembro activo del sindicato; en segundo, su madre aprobó las relaciones que él venía sosteniendo con Mariana. La única objeción que puso fue que la muchacha era mayor que él; pero después de todo, agregó con filosofía Julia, la edad nada tiene que ver con la comprensión que reina entre una pareja.

La noche del veinticuatro de diciembre, Augusto mirando con alegría a toda la familia reunida expresó, deseando causar una agradable sorpresa:

—Adivinen que hay debajo de la cama . . .

La cama, como pomposamente la llamaba él, eran unos cajones viejos, que cubiertos por un mísero colchón, daban la apariencia de lecho más o menos incómodo.

Julia, sin atinar exactamente lo que su hijo había adquirido, dijo:

—Una estufa . . .

Augusto la miró desconcertado; en verdad que nunca pensó en adquirir nada tan práctico. Por algo las tiendas de regalos inútiles están sostenidas por hombres deseosos de agradar a las mujeres con las cosas que menos les hacen falta.

—No, dijo tartamudeando levemente: no es eso.

—Una colcha, y vestidos, quiso adivinar Mariana, con los ojos rientes por la alegría.

—Oh, tampoco . . .

Desesperada la familia por el mal tino en el acierto, se lanzó para descubrir la sorpresa, y en las manos de Julia apareció un flamante radio pequeño.

—Augusto . . .

—Sí, madre, una radio.

—Crefamos . . . —se atrevió a murmurar Mariana.

—Debiste de haber comprado algo que nos hiciera más falta.

¿Qué, por ejemplo, madre?

—Una cama para ti y para tu mujer.

En verdad que su madre tenía razón. Augusto no pudo menos que reprocharse su conducta. Mariana dormía en el suelo desde hacía meses, y estaba sujeto su cuerpo débil al frío, a la lluvia o al viento. En realidad no podía perdonarse su improvisación.

Al mirar la tristeza dibujarse en su rostro, Mariana expresó para consolarlo, pasándole la mano por los revueltos cabellos:

—A ti te gusta la música, ¿no es verdad?

—Sí, dijo Augusto, pero debía pensar en todos nosotros y principalmente en mi madre y en ti.

—Vamos, dijo Julia conciliadora, no es para tanto. Después de todo, hace falta una poca de alegría.

En su voz no había reproches; pero Augusto creyó percibir alguna nota dolorida, como si ella quisiera decirle entre líneas que en aquella casa ya nadie se acordaba del que fuera su jefe, de Damián; y que todos anhelaban tanto divertirse que estaban allí, como embobados ante la radio.

—Madre, dijo Augusto, si quieres, la devolveré.

—Oh, no hagas caso. Es que me estoy poniendo vieja.

Pero él sabía íntimamente que no, que su madre, en el fondo del corazón, continuaba teniendo la misma y noble energía, solo que era cierto: de la casa, ella era la única que vivía aferrada al recuerdo de Damián. Los demás lo extrañaban; pero no acomodaron su vida al ritmo del recuerdo; eran demasiado jóvenes para ello.

El sabía sin embargo que su madre era una mujer de tan especial naturaleza, que para ella Damián no había muerto; a tal grado llegó esta situación, que la escuchó muchas noches en monólogos completamente absurdos, sosteniendo conversaciones con el supuesto espíritu de su esposo.

Julia seguía consultando con Damián muchas cosas, dándole cuenta de otras y respetándolo más de lo que nunca lo respetó cuando vivía. Entonces pasó por alto su ternura honda y sencilla, y su eterna debilidad de niño ansioso; pero ahora se daba cuenta, aunque tardíamente, de todo lo que significaba este hijo que a la vez era esposo y que vivía enraizado en su corazón como la semilla del árbol con la buena tierra.

La familia, cohibida, no encontraba la forma de que la radio lanzara sus primeras notas alegres que inundarían de música la noche. Ya Augusto, por la tarde, había tendido un alambre con el que se robaba impunemente la energía eléctrica; como él otros cientos de ciudadanos pobres robaban algo que no podían obtener por la falta de dinero, disculpándose de su actitud con el pensamiento de que la compañía a su vez esquilmbaba a todos los ciudadanos pudientes, cargándoles demás el precio del kilowatt que consumían.

Al fin Augusto, con su decisión rápida de costumbre, conectó la radio, y la dulzura de la noche fue interrumpida por las notas de un vals. Todos los miembros de la familia quedaron como transportados por el suceso que causaba tal deleite interior que sólo podía compararse al que experimentan los marinos al oír el canto inimitable de las sirenas.

—¿Verdad qué es bonito, madre?

Julia no dijo nada. Se le inundaron los ojos de llanto, y murmuró:

—Si tu padre viviera... El siempre soñó con regalarme una radio.

—¿Ves, madre? ¿Qué importa que él no lo haya traído? Yo, sangre de su sangre te lo ofrezco. Es... es como si él estuviera aquí presente.

—Está presente, aclaró Julia en forma terminante.

A todos los sobrecogió esta idea repentina, esta afirmación de la madre aferrada a su recuerdo. Pero pronto la juventud se impuso a todo temor y de los bolsillos de Augusto fueron saliendo alimentos, queso, dulces, pavo, y otras golosinas que por primera vez en muchos años constituyeron un estupendo banquete para la pequeña familia.

—Antes de comer, aclaró Augusto, quiero decirte una cosa, madre.

—Díla, pues.

—La radio no es aún nuestra.

—¿Qué no es nuestra?

—No. La adquiriré en abonos. El sindicato respondió por mí, y semanariamente, del sueldo que me pagarán, me irán descontando determinadas cantidades.

—Ah, creí que era otra cosa.

Julia lanzó un suspiro de alivio, y una vez que todos dieron gracias a Dios por haberles permitido un año más de vida, tomaron asiento para gustar de la cena de Navidad.

La madre hizo el reparto de las viandas, y todos quedaron satisfechos. La comida transcurrió silenciosa, amenizada por las notas estridentes de la radio que puso en los basureros su clarinada insolente, semejante a la que lanzan los gallos al amanecer de cada día.

Casi al terminar la cena, Julia expresó sus deseos de asistir a la misa de media noche. Todos tenían que acompañarla.

Augusto la miró sonriendo, y le dijo: —No madre, ni Mariana ni yo te acompañaremos; esta noche irás tú sola, con las niñas. Te dejaremos en la puerta de la iglesia, y nosotros . . .

—¿Adónde van a ir ustedes? ¿Crees justo no asistir a esta misa?

—No es que lo crea justo ni injusto; pero estoy tan alegre, que necesito divertirme.

Ella no respondió nada; pero su silencio demostró su disgusto. Julia había sido muy religiosa, pero desde que se murió Damián, concurría con más frecuencia a la iglesia.

En la casa tenía provisiones de palma bendita; y una lámpara en honor de las ánimas, brillaba junto a su cabecera.

—¿No te disgusta eso, verdad madre?

—¿Con quién nos vendremos las niñas y yo?

—No hará falta, alquilas un cuarto en un hotel, allí pasarán la noche; por la mañana, temprano, volveremos a La Morena.

—¿Un hotel?

—Sí, madre.

Julia había perdido su antigua autoridad. Se dejaba gobernar por Augusto y encontraba un sumo placer en esto. Ya ella no tenía las responsabilidades de antaño. Había vuelto a ser una chica menor.

—Sí, madre. Alquilaré un cuarto para ustedes y otro para mí y para Mariana. ¿Qué te parece?

—Un dispendio.

—Disfrutemos aunque sea un día el aumento de sueldo que he recibido.

Julia pareció salir de su estupor. ¿Qué, te aumentaron el sueldo?

—Un peso diario más de lo que ganaba antes. ¿Entiendes? Un peso.

—Bendito sea Dios.

—Tú le darás las gracias rezando mientras que nosotros se las daremos a nuestro modo.

—En forma pagana.

—Todo es necesario, hasta la alegría de vivir.

—En el fondo de sí, Julia se encontró orgullosa de su hijo. Era como Damián, pero ambicioso y activo.

—Vamos, madre, a vestirse que se hace tarde.

Julia se cambió maquinalmente de traje, poniéndose uno de color negro, y se cubrió la cabeza con un chal de seda.

Mariana, disimulando su júbilo hasta donde era posible, desempaquetó algo que les había llevado Augusto, y se puso su traje nuevo. Las niñas, rápidamente, también se peinaron y se vistieron.

Era todo una aventura. Hacía muchos años que Julia no salía de paseo. Ni Mariana tampoco.

Ya habían abandonado la casa, cuando se miraron unos a los otros, completamente trastornados.

—¿Y la radio?

No hubo manera de convencer a Julia de que abandonaran aquel artículo de lujo en la casa, que ahora sería pasto de la ambición de los ladrones. Cualquiera podía robarse aquel tesoro solo con empujar la puerta de hojalata. Y no hubo más remedio. Augusto tuvo que cargar con la radio, y caminar con ella debajo del brazo hasta que pudieron alcanzar el camión y descender cerca de un hotelucho, en cuya administración lo dejaron encargado.

Una vez hecho ésto y alquilados los dos cuartos, fue preciso dejar a Julia en la catedral, con su correspondiente provisión de velas que encendería en memoria del difunto. Antes de separarse, Augusto le dio instrucciones sobre cómo debía dirigirse al hotel, el camión que era necesario tomar, y el cuidado que tendría con las niñas.

Al fin, libres de la familia, pudieron dirigirse él y Mariana como dos novios, riendo y del brazo, por la ancha calle

que sentían absolutamente como propia.

—¿Te sientes feliz? —Le dijo Augusto a su compañera.

—Muy feliz.

—¿Más que nunca en la vida?

—Más que nunca. ¿Y tú?

Augusto respiró ampliamente. Su aire de hombre satisfecho, joven y fuerte tenía más elocuencia que todas las palabras. Su brazo musculoso ciñó a la joven, atrayéndola contra sí.

—¿Y qué dirías, si te comunicara un secreto?

Yo también tengo una sorpresa.

—¿Me compraste una corbata?

—Oh, ahora eres tú el que no le atinas.

—¿Pañuelos?

—Pañales, dirás mejor . . .

—Mariana, ¿un hijo?

—Sí, tonto, un hijo. Imagínate, con lo pobre que estamos.

—El tapó la boca de la muchacha con sus besos.

—¿No te hará mal bailar esta noche?

—¿Por qué?

—¡Qué feliz, pero qué feliz me siento!

—Temí tanto decírtelo. ¡Estamos tan pobres! Pero hoy me animé cuando dijiste que te habían aumentado el sueldo.

—Y me lo aumentarán más, no te preocupes. Me lo aumentarán más; verás qué duro sabe trabajar tu marido.

—Tengo fe en ti.

—Oye, ¿no estaría bueno que nos casáramos?

—Casarnos, ¿para qué?

Como toda la gente del pueblo de México, tenía una indiferencia absurda por la ley, la cual se gusta de evadir principalmente cuando va de por medio el cariño.

Bien, por el hijo.

—Mira, dijo Mariana, he conocido muchos casos. El gobierno ha estado haciendo matrimonios colectivos y logran que se echen su lazo gente que ha vivido muy en paz durante años, Tan pronto como se casan, adiós matrimonio.

—Pero no va a suceder así con nosotros.

—¡Quién sabe! Lo único que me importa es sentir tu cariño, saberte mío, absolutamente mío. Sólo tolero a una mujer: tu madre, a la santa de tu madre. Augusto, que no sepa nunca que me engañas, porque soy capaz . . .

—¿De qué, tonta?

Ella le contestó muy seria: Soy capaz de matarte.

Lo dijo con un tono intenso y apasionado. Luego volvió a razonar que no había quién obligara a nadie a cumplir con su deber si no tenía el deseo de hacerlo, y terminó muy contenta:

—A mí para nada me hace falta el matrimonio. Lo único que me importa es que siempre estemos unidos . . . como lo estuvieron tus padres. ¿Dime, crees tú de veras que necesitarías un papel para asegurarte de que te pertenezco? ¿No crees eso una cosa estúpida? Yo sé que soy tuya, y que seré tuya hasta que alguno de los dos muramos. Para qué me hace falta la ley, ¿para decirme que me quieres? Eso me lo puedes decir tú mismo.

—Bien, Mariana, bien, creí que te gustaría . . .

—¿Te gustaría a ti?

—Por el niño . . .

—Pues espera a que nazca. De todos modos, con papel y sin papel, ese niño es tuyo . . . es nuestro.

Siguieron silenciosos por un instante, pero el brazo de Augusto, cruzado alrededor del talle de Mariana, continuaba siendo elocuente. Era la primera vez que ambos amaban y se habían entregado uno al otro de cuerpo entero.

—¿Adónde quieres ir a bailar?

—Adonde tu digas, Augusto.

—¿Te parecería el salón México?

—Dicen que es muy bonito . . .

Continuaron caminando en silencio, hasta que divisaron el anuncio luminoso, que en rojo y verde inundaba de luz toda la calle.

Mariana se refugió más que nunca en el brazo fuerte de su marido. La asustaba el ir y venir de la gente, los coches estacionados, los gritos de vendedores ambulantes y los rostros pintarrajeados de las mujeres.

—No parece un lugar decente.

—Aquí vienen a divertirse los trabajadores, contestó simplemente Augusto. Entraron. En el vestíbulo profusamente alumbrado, se encontraba una ventanilla expendedora de los boletos, con un letrero rojo que decía: "Caballeros, un peso veinticinco centavos. Damas, diez centavos".

—Sí que valemos poco las mujeres.

—Ya ves, Mariana.

Ambos entraron. Ella, rota su timidez, rió como una chi-

quilla ante espejos de distintas clases que deformaban su figura redondeándola o alargándola tan curiosamente que nadie hubiera podido reconocerla. Le dijo a Augusto:

—Acércate, mira como nos vemos los dos . . .

Al fin, Augusto logró arrancarla de aquella diversión inocente, y la llevó hasta el guardarropa, donde dejó los abrigos.

Como dos chiquillos, subieron las escaleras adornadas con papeles de colores. Era Navidad, día alegre para todos. Los trabajadores vestidos de overol, bajaban y subían, en forma apresurada, ansiosos de divertirse; cierto que entre los grupos había gente sospechosa; pero la mayoría, a no dudarlo, era gente de bien.

Ya arriba, la multitud no los dejaba caminar libremente. Mariana alzaba el cuello, estirándolo como si fuera una cigüeña, queriendo abarcar aquel mundo desconocido con toda la avidez de sus ojos curiosos.

Se encontraban en un salón amplísimo, adornado de pinturas en que los bailes de distintas regiones habían sido hechos por artistas anónimos, mientras que sobre el piso encendido los hombres y las mujeres del pueblo se dedicaban con frenesí al culto del baile.

Jóvenes en su mayoría, lanzaban sus pies y sus piernas a las cuatro direcciones, en una danza en que a pesar de todo los pasos imaginables, no se perdía ni por un instante el ritmo. Bailadores que parecían profesionales pero que en realidad no eran más que aficionados, lograban llamar la atención, y alrededor de dos o tres de estas parejas, se formaba el círculo de curiosos que aplaudían, llevaban el compás con las palmas de las manos, y animaban con todas estas muestras a los bailadores para que continuara la danza.

Sólo Harlem en Nueva York, y el "Salón México" en la América Latina, se dedicaban con igual fervor al baile; inventando pasos nuevos, con un culto pagano que en México tenía sus raíces en el amor ancestral que el indio alimentaba por el sol, por la muerte, por cualquier acontecimiento extraordinario que lo impulsaba a bailar de alegría, de pesar; o más hondamente, por los ímpetus briosos que el hombre tenía antes de lanzarse a la guerra con tribus enemigas.

Allí, en el "Salón México", estaba toda la tradición nunca desmentida de una raza que expresó más con el baile que con el canto, su amor por la vida y por la muerte.

Recorriendo un poco el amplio salón, Mariana pudo ver

que la música no estaba a cargo solamente de una orquesta, sino de varias. Cada orquesta tenía su especialidad. La del salón grande estaba dedicada al zwing, la otra a los danzones; una más a las rumbas, y otra a los sones regionales.

Mientras que el primer salón exponía en las paredes los bailes típicos de las distintas regiones, el otro, iluminado por gas neón, y con paisajes pintados con motivos indígenas, lucía más elegante pero menos pintoresco y su clientela estaba formada claramente por los "rotos" de quinto patio que son la media tinta molesta que da la nota en falso de cualquier salón. Aquí no había ni trabajadores auténticos ni clase media; el tipo del "roto" inconfundible, podía señalarse sin equivocaciones. Era el salón menos interesante. Los trabajadores se apartaban de él, y los pisos encerados casi desiertos lucían la escasez de la clientela.

En medio de los salones se encontraba la cantina, en donde sólo podían expendirse cervezas y refrescos, ya que el alcohol estaba prohibido.

Por último, Augusto y Mariana visitaron el salón más bello, el de más color, el más interesante: sobre la pared, dibujado y pintado por un artista de cuerpo entero que mantuvo su nombre en el anonimato, se volcaba una revista del México típico, con toda su gama de color, de gente interesante, de cosas magníficas que daban principio con el canal de Santa Anita y Xochimilco, debajo de cuyas pinturas se alzaba el pequeño foro donde los músicos tomaban asiento. El conjunto así visto desde lejos, era formidable y adquiría una vista muy especial.

Luego, partiendo de principio a fin de la amplia pared, y dando vuelta a la misma en sentido cuadrangular, desfilaron todos los tipos: el jugador de gallos, el nevero, el panadero, los payasos ambulantes, tan dulces y melancólicos: la feria de pueblo. las mujeres de distintos tipos, desde las piadosas que van a misa, hasta la rancherita que mantiene inocentes coqueteos con su galán; los borrachos y los campesinos; y en la pared del fondo, justificando la mezcla del paganismo y el misticismo, la voluptuosidad y la muerte, se alzaba el dibujo nítido y preciso del templo de la Villa de Guadalupe, con sus danzantes indígenas enjoyados de pluma, sus vendimias de calaveras, rosarios, y aretes hermosos: sus chicos jugando y sus hombres comiendo. Sí, allí estaba el México contradictorio y asombroso.

Mariana, como embobada, festejaba cada figura, y reía ante la caricatura que el pintor hizo de los turistas; se disgusta porque la Basílica de Guadalupe había sido llevada hasta el salón de baile; pero en realidad todas estas emociones no le pasaban de la superficie; lo hondo y lo auténtico, era que se sentía en este salón como pez en el agua.

La interrumpió su alborozo el escándalo de un anuncio hecho por medio de una trompeta. Se iban a disputar los finales de los concursos de baile entre las parejas que habían ganado el campeonato durante diez noches. El triunfo se haría por eliminatorias, dándole el premio a las tres mejores parejas.

Todos los bailadores se juntaron frente al pequeño foro, en donde ya se hallaban los concursantes; y entre los espectadores empezaron a cruzarse las apuestas.

Las notas de los danzones, de los swing, de los sones fueron poniendo a prueba a los concursantes, mientras que la multitud aplaudía o silbaba según que la pareja lo hiciera mal o bien, de acuerdo con lo que los espectadores estimaban sentido del ritmo.

Al fin, por eliminatorias, quedaron solo tres parejas, y el público fue manifestando su juicio sobre cual debía de ocupar el primero, el segundo y el tercer lugar. Cuando los jóvenes que ocuparon el primer lugar recibieron su premio en metálico, la gente aplaudió hasta dolerle las manos.

—Y ahora, señoras y señores, dijo el anunciador, aprovechando que todos se encontraban reunidos frente al foro —Va a comenzar la procesión de la Virgen.

Mariana no entendió aquello. ¡Cómo! ¿Después de un concurso de baile, la procesión de la Virgen? Tuvo que explicárselo Augusto.

—Sí, tonta, ¿no ves que es Navidad? Aquí se lleva a cabo una farsa muy interesante, en que los ángeles acompañan a la Virgen, y a San José buscando posadas hasta que de acuerdo con lo que dice la historia cristiana, llegan a un establo donde la Virgen da a luz.

—Pero, mezclado con el baile . . .

—Ya sabes, todo lo hacemos así. Después de que la Virgen ya tiene al niño, llegarán los Tres Reyes Magos. Ya verás qué bonito.

En efecto, los acontecimientos no se hicieron esperar. De partes insospechadas en que sin duda alguna se encontraban

puertas falsas, hicieron su aparición una joven muchacha vestida de blanco, mientras que de sus cándidos hombros partían dos alas plateadas. Era el ángel anunciador del arribo de la Virgen.

Detrás de este ángel, aparecieron otros con largas vestiduras y trompetas.

Al fin, después de una docena de ellos, salió el burro gris y paciente sobre el que la Virgen María, con su manto azul y su vestido blanco, lucía su candorosa inocencia.

A su lado San José, vestido de verde, llevaba en una de las manos una palma bendita, y acompañaba a pie la odisea de la Virgen estirando con la mano libre las riendas del pollino.

Detrás de San José y la Virgen, otros ángeles con trompetas, palmas y flores, anuncian el paso de la Divina Pareja.

Esta hizo su recorrido piadoso por todos los salones de baile, y al fin la Virgen encontró el famoso establo, oculto hasta entonces en uno de los salones, por una cortina morada.

Allí la Virgen apareció a los pocos instantes formando un bello cuadro plástico, teniendo en sus brazos al niño Jesús, a su lado a José, y detrás a su coro de ángeles.

A los pocos minutos aparecieron por la misma puerta falsa del principio los Tres Reyes Magos, que portando misteriosas cajas pintadas de dorado, se dirigieron con paso lento hasta donde se encontraba la Virgen, depositando a sus pies los obsequios.

Después de ésto la cortina cayó, al coro de las voces religiosas de los concurrentes, que acompañaron el acto con los acostumbrados cantos que se estilan en ocasiones semejantes en todas las iglesias del mundo.

Una vez terminada la ceremonia, las orquestas que se encontraban apostadas en todos los salones, rompieron al unísono a tocar, desgarrando el aire con los sonos, los tangos, los swings y los valeses . . . y en cada salón las distintas clases sociales encontraron su respectiva pareja que tenía su raíz única en esta sola palabra: pueblo.

En el salón más pintoresco, o sea el de los trabajadores más pobres, que llenaban de color las figuras de los vendedores de serpentinas y de confetti, Augusto y Mariana se dedicaron a bailar asumiendo automáticamente la misma actitud de rito ancestral despertado por la danza.

Por encima del hombro de Augusto, Mariana contempló

sobre las bancas del salón idílicos romances en que el joven trabajador robaba un beso a la muchacha esquiva. A leguas se adivinaba el contenido deseo que sin embargo no traspasaba los límites de la actitud respetuosa. ¿Por qué no se marchaban? Eran hombres y mujeres libres, choferes, criadas, trabajadores que desconocían reglas sociales y trabas inútiles. ¿Por qué no se iban a su casa para darle curso al deseo? Ah, por una simple razón. Nadie podía abandonar el salón hasta que el ritual del baile hubiera terminado. Y así cansados con su deseo que les pesaba como un fardo, las parejas quedaban medio dormidas, apoyando la mujer la cabeza en el hombro del compañero hasta que la última nota anunciaba que el salón iba a cerrar.

A esa misma hora, a las doce de la noche, aunque en diferente sitio, otra parte del pueblo también efectuaba su ceremonia: En la Catedral de México, la gente, atendiendo a otra clase de tradiciones y rituales, asistía al nacimiento de Jesús y en unión de los sagrados peregrinos recorría la iglesia hasta llegar al establo sagrado donde vio la primera luz el Salvador.

Aquí no había ningún baile dentro de la iglesia; no se escuchaba músicas de zwing ni danzones cálidos; pero en el atrio de la Catedral, con cascabeles, los indios lanzaban al aire sus notas de alegría coloreadas por el estallido de la pirotecnia que lanzaba a la Virgen por los aires, transformada en minúsculas estrellas tan brillantes, que opacaron por un momento a las que adornaban como luciérnagas la noche.

En el púlpito, el sacerdote predicaba en desierto para que la paz reinara entre los hombres de buena voluntad; porque éstos sólo experimentaban en la sangre que les batía las paredes del cuerpo con un aletear impaciente de alas, la voluptuosidad como ramazón de arterias vitales unidas al árbol del misticismo profundo, del paganismo insolente que los obligaba a que en la noche, sus cuerpos llenos de impaciencia, se desbocaran en la llanura de la vida, recorriendo ésta como potros jóvenes...

XVII

LA PARADOJA es el fondo y la superficie del carácter mexicano. En la diversión encuentran tristeza y en la tristeza hallan alegría; por eso no es raro que en los bailes populares las parejas melancólicas se queden dormidas y en los velorios que hacen las noches largas los hombres cuenten chistes colorados.

Tampoco extraña mucho que un hombre que es sobrio por naturaleza de pronto se embriague durante ocho días seguidos y que un borracho consuetudinario abandone el licor de la noche a la mañana.

Por eso a nadie extrañó que Augusto que por lo regular ni siquiera fumaba, el día veinticinco de diciembre, sin haber dormido ni comido, se dedicara a beber alcohol con todas sus fuerzas; y en estas andanzas lo acompañó su mujer que por fortuna tuvo el buen sentido de no obedecerlo en dos cosas: en irse a la casa y en abandonarlo a su propia y magnífica alegría.

Ya embarcados en la aventura, la pareja se fue por Azcapotzalco en donde el carácter de los mexicanos se puso de relieve en los rótulos de todas las tiendas: en una cantina, por ejemplo, podía apreciarse la siguiente frase que constituía a la vez el nombre: "Sale y va corriendo". Esto hizo reír a Augusto a carcajadas, y aún cuando quiso correr, sus piernas se negaron a obedecerlo, obligándolo a caer cuan largo era en lo ancho de la banquetta. Mariana, con grandes

dificultades logró ponerlo en pie.

Entraron en otra cantina, cuyo nombre era: "El que pierde siempre gana". Pero ellos nunca descubrieron qué.

La calle estaba llena de cantinas, todas con nombres paradójales: "El presente del futuro"; "El que me mires no quiere decir que me veas"; "La riqueza del pobre"; etc., etc.

Mientras que de las cantinas salían los borrachos tambaleándose, de algunas casas pobres los niños lanzaban al aire sus papalotes de colores y los silbatos traídos la noche del 24 de diciembre por Santa Claus, coloreados y estridentes, hacían que los hombres que hablaron con la noche tuvieran en los extremos martirizantes de la desvelada, agónicos escalofríos.

Mariana sentíase triste. Ni la alegría paradójal de los rótulos ni el gracejo de Augusto que se desparramaba en carcajadas, lograba hacerla sonreír. No le gustaba ver a su marido en estado de embriaguez.

Por la calle, el desfile de la alegría continuaba exponiendo al sol su irónica belleza: los carros de mano en que el nevero llevaba su mercancía ambicionada por todos los chicos, exponía su fanfarrón: "Aquí está el bandolero de corazones de todos los rumbos"; y efectivamente, ante el nevero que vestido de blanco tenía semejanza con un dios mitológico o un Jesucristo caricaturizado, se acercaban los niños ansiosos que llevaban después, entre los labios, la nube etérea de la nieve color de rosa...

Los camiones también lucían su distintivo irónico; algunos decían lo que sigue: "Despacito, pero llevo". "No me esperes, negra"; "A donde me lleves voy".

El México auténtico saltaba desbordándose optimistamente, burlonamente, por las aceras, en los rótulos de las tiendas, en los camiones que pasaban y en el piropo callejero. México reía. Toda la ciudad era una carcajada.

Augusto al fin, sin acordarse de que su mujer iba a su lado, tuvo que rendirse a ésta tradición que llevaba en la sangre. Con paso vacilante, adquirió un mango reluciente. La fruta tropical lucía todo su color como una pieza de oro sobre la palma de la mano extendida.

—¿Ves este mango, Mariana?

—No estoy ciega, contestó ella, un poco disgustada.

—¿Te gustaría comértelo?

—Más me gustaría tomar algún alimento sustancioso.

—Bien, pues entonces . . . Rápidamente y antes de que Mariana pudiera impedirlo, Augusto se libró de su brazo, y acercándose a una muchacha que pasaba, le dijo, entregándole la fruta que la otra cogió sorprendida.

—Mi alma, aquí tiene su retrato.

Como la broma era tan salerosa, la muchacha sonrió halagada, y aún Mariana no pudo menos que reprimir la benevolencia riante que le había inspirado la gracia de su marido.

Augusto, crecido por el éxito, caminó comentando en todos los tonos que el piropo era la flor y nata de la galantería; que se necesitaba un ingenio especial para improvisadamente lanzar sobre una mujer hermosa un piropo verdadero.

—Créeme, Mariana, es una especie de inspiración.

—No te crearás artista.

—El pueblo lo es. Todos en México somos artistas.

—¿De veras?

—¿No lo crees?

—Bueno, pues ya es hora de que la inspiración se te acabe.

—Espera, sólo quiero lanzar un piropito más.

—¿Y a qué horas va a suceder eso?

—Tan pronto como encontremos una mujer.

—Allí viene.

Augusto se tambaleó un poco, alzó la vista un tanto nublada por los efectos del alcohol y dijo:

—No es una mujer, es una vieja.

Mariana rió por primera vez desde hacía horas.

—Bien dicen que no hay borracho que coma lumbre.

—Yo no estoy borracho, Mariana.

—Alegrito no más.

—Alegrito. Mira, ahora sí que viene una.

Mariana dirigió la vista hacia donde le indicaba su marido. Efectivamente, se acercaba una bella muchacha.

—¿Qué le vas a decir, Augusto?

—No te pongas celosa. Es únicamente un piropo, para demostrarte lo ingenioso que soy.

—No estoy celosa, pero no le digas algo que me dé envidia.

—Ya verás, ya verás . . .

La muchacha se acercaba despacio. Augusto, con toda socarronería la esperaba en forma disimulada; cuando ella estuvo cerca, Augusto, dirigiéndose a su mujer, pero con la vista fija en la muchacha, comentó:

—Mi capitana, quisiera darme de alta en ese cuerpo.
Aquello, aunque era lo más grande y lo más pequeño que se le podía decir a cualquier mujer, estaba tan bien dicho, con tanto y tan buen ingenio que nadie podía ofenderse.
—¿No estás enojada, verdad? ¿Qué te parece tu marido?
—Un mal hombre.
—Pero, ¿por qué? Si yo no hago más que pensar en ti.
—A todas las mujeres les has echado piropos, menos a la tuya.

—¡Vamos, vamos!

Mariana casi lloraba. La broma había ido demasiado lejos, y ella no era mujer para soportarla.

—¡Tonta, más qué tonta! —le dijo Augusto, besándola.

—Ni tonta ni nada. ¡Ay, qué triste me siento!

—Pero vamos, di, ¿para qué deseas un piropo? Negra, si tú para mí eres como la vida en el momento de la muerte.

Augusto cogió a su mujer entre sus brazos y la besó sin importarle que se encontraban en plena calle.

Mariana sonrió satisfecha. Sus ojos, todavía húmedos por el llanto a punto de salir, tenían una luz brillante prendida de las pestañas.

—¿Quieres qué vayamos a los gallos?

—Necesito comer. Y tú también debes comer algo.

—No tengo hambre.

—Pues aunque no tengas.

Mariana había asumido el mando. Y con su marido un poco tambaleante buscó una de las fonditas miserables en que por muy poco dinero encontrarían alimento barato y nutritivo.

—Dime, Augusto, ¿te apetece un menudito?

Empezaba a mimar demasiado a su marido; y a éste le agradaba que aquella lo consintiera. Alzó los hombros e hizo un mohín que no era ni una negación ni una aquiescencia.

Mariana en silencio entró en la fonda más próxima y pidió dos platos con menudo y tres tazas de café.

Apenas eran las siete de la mañana. La pepsina del menudo, rociado con cebolla, yerbabuena y orégano, hizo pronto sus efectos vivificantes en el estómago de Augusto a quién las tazas de café obligaron a recobrar en gran parte su lucidez. Reconfortado y sintiéndose relativamente bien, miró asombrado a Mariana.

—Pues sí que te has emborrachado.

Augusto bajó los ojos, avergonzado. Luego, con su travesura de costumbre, dijo:

—No me reñirás por ello, ¿verdad? ¡Estoy tan cansado!

No hace un instante apenas que me invitabas para asistir a la pelea de gallos. A eso hemos venido a Azcapotzalco.

—Pero mujer, ¿no ves que son apenas las siete o las ocho de la mañana? Los gallos empiezan a las once.

—Bien, pues entonces no tendremos más remedio que irnos a dormir.

Tu madre estará con cuidado.

Al fin lo convenció. Tomándolo del brazo, lo obligó a subir al camión más próximo; pero ya en él, Augusto, arrullado por el monótono tambaleo del vehículo, buscó el hombro de su mujer y se durmió tranquilamente.

XVIII

MARIANA pudo acostar a su marido con ayuda de Julia. Esta, cejijunta, indignada, no permitía que salieran de sus labios los reproches que estaban a punto de brotar. ¡Era sencillamente escandaloso!

Mariana, con la cabeza baja y también en silencio, no se defendía; no ignoraba que para el alma fuerte de Julia todas las transacciones no eran otra cosa que componendas estúpidas y débiles, completamente imperdonables; pero no deseaba regañar con su suegra.

Mariana despacio y en silencio, abandonó el mísero cuarto para buscar refugio en la extensión podrida del basurreo. Meditó ampliamente su situación; desde que había llegado a la casa de Julia, no fue más que una persona más que era algo así como la cauda del cometa que significaba aquella mujer fuerte y poderosa. Conocía de sobra la bondad de Julia, su generosidad solo ensombrecida por aquel dominio omnímodo que ella ejercía sobre seres y cosas; únicamente cuando su deseo se domeñaba por voluntad propia como sucedía desde la muerte de Damián, otros seres podían ocupar su puesto, pero nunca anularlo.

Suspiró. Deseaba, desde hacía tiempo una casa para ella sola. Ya tiempo había sobrado desde que este anhelo se le clavó muy hondo, en el corazón. Pero no se atrevía a decirle nada a Augusto, porque de antemano esperaba una negativa. Sin embargo . . . Era indispensable indicar de cuando en

vez su anhelo de hogar propio, los sueños que siempre había tenido para poseer un pedazo de tierra para ella sola. ¿Qué este deseo sólo se vería realizado por la muerte que forzosamente nos da un pedazo de tierra completamente a la medida? El pensamiento la estremeció. Sus pies se hundían en la tierra suave y blanda, exactamente en la misma forma que aquella tarde cuando, deseando huir de Augusto, se acercó definitivamente a su vida.

La casa quedaba lejos. La basura, formando pequeños montículos se agigantó ante sus ojos.

Algunas mujeres, a lo lejos, hincadas ante su metate, tenían el aspecto alborozado del aplauso continuo que se esparcía en la humilde labor de hacer tortillas.

En otros hogares, las mujeres, siempre las mujeres, fieles guardianes de los hogares misérrimos, tan resignadas como los perros, tan misteriosas como los gatos, tan simples y tan complicadas como la tierra, se acucillaban junto al brasero y tenían en la quietud del paisaje el mismo aspecto de dioses antiguos que empequeñecían los volcanes enrojados de los braseros donde la humilde pitanza de cada día calmaba a medias el hambre.

Augusto decía que tarde o temprano el escape de la prisión que significaba el basurero, era algo perfectamente posible. Mariana estaba alimentada ahora por esa esperanza . . . Sin embargo, ¡lo consideraba tan difícil!

Cuando algunas veces encontróse fuera de aquel mundo, que era en realidad todo suyo, fue algo tan increíble, tan asombroso y tan incómodo como si un habitante de la tierra visitara la luna. Hasta los demás seres le parecieron poco semejantes. Indudablemente todos aquellos que no han morado, crecido, convivido con la basura, tienen que pensar distinto.

En la propia tierra existen mundos diferentes: el de los ciegos, el de los mudos, el de los enfermos, el de los pobres, el de los ricos, el de los hombres, las mujeres y los niños que habitan la basura . . . tantos y tantos mundos como diferentes planetas existen en el universo.

¡Ay, los ciegos no han perdido nada cuando han dejado de ver muchas cosas! Este pensamiento amargo se reforzó cuando ante sus ojos, al dar vuelta al montículo de basura, pudo contemplar bien de cerca, con sus maravilladas pupilas, el mítin que sostenían numerosos pordioseros.

Los parias no se inquietaron con la presencia de Mariana; aquella mujer era uno de los suyos. Ciertamente que no pedía limosna, pero habitaba allí, en aquel sitio donde la carroña de la metrópoli lanzaba a todos los vientos su hedor de muerte.

No era la primera vez que Mariana veía a los limosneros de cerca. Muchos de aquellos hombres, verdaderas piltrafas humanas, habían sido alguna vez gente joven del basurero, pepenadores, barrenderos, hombres de trabajo, con dignidad, con cierta dignidad de vivir; luego se fueron tornando viejos, inservibles, y se resignaron a desaparecer poco a poco; quisieron luchar por la diaria subsistencia aún cuando esta lucha consistiera en la humillación continuada de pedir limosna.

Mariana los fue reconociendo uno por uno. Allí estaba Miguel Salas, el Angelote, apodado así por su manía de hincarse en las calles, poner los ojos en blanco y mostrar sus brazos extendidos sobre los que las llagas purulentas hacían estremecerse a los transeúntes con un sentimiento de asco e incontinente piedad.

Al llegar al basurero, el Angelote descansaba de sus arduas tareas despegándose aquellas llagas purulentas que no eran otra cosa que tripas de chivo artísticamente maquilladas con el fin de dar la impresión absoluta de grave enfermedad.

A la par que conversaban, cada uno de aquellos infelices iba despojándose de lo que constituía su impedimento físico normal de inválido; pero que no era otra cosa que arreglo determinado para actuar en plan de víctima de una sociedad que todavía estaba muy lejos de abolir las diferencias de clases. Así, Julián González se despojó de su pierna postiza la que por no se sabe qué artes desapareció ante los ojos de los no iniciados dejando a la vista la pierna auténtica que sin novedad era ejercitada en su diaria y necesaria gimnasia para volver, al día siguiente, a su cárcel de madera.

Nadie paraba mientes en esta operación y en otras muchas. Maestros del maquillaje, se desposeían de éste con la misma parsimonia que los actores profesionales adoptan al encontrarse tras bambalinas, satisfechos por la forma en que han logrado hacer vibrar al ansioso público.

Sin comentarios, y practicando aquello como gajes del ofi-

cio, desaparecían las llagas, el pus, los brazos y las piernas inválidas, las jorobas y la ceguera . . .

Algunos de aquellos infelices eran adictos a las drogas heroicas y al consumo de éstas dedicaban sus mejores entradas.

No era extraño encontrarlos al caer de la tarde, por los barrios sórdidos de San Ciprián, adquiriendo marihuana, morfina . . . Y con su provisión de sueños se dedicaban a descansar sobre la basura entregados a la modorra, al infierno y a la gloria de los paraísos artificiales.

Si algunos se dedicaban al consumo de drogas, todos, sin excepción, ingerían alcohol. Y más de una noche, y más de un día, los basureros se convirtieron en campos donde la orgía enrojeció las pupilas y levantó las manos en que el puñal relampagueante buscó el corazón y las entrañas de las víctimas que luego fueron abandonadas lejos de la ciudad, sin que nadie supiera el nombre del asesino.

Allí estaban . . . Eran la carroña entre la carroña de los basureros. Periódicamente reuníanse en uno u otro muladar, con el fin de evitar las persecuciones de la policía, que por otra parte no se metía mucho con ellos. Estos hombres, como otros tantos, formaban capítulo aparte de la sociedad . . . y sin embargo eran su principio y su fin: trabajo y decadencia, esfuerzo sobrehumano y apatía sin límites. Entre la juventud trabajadora de los basureros y la vejez viciada y corrompida había un solo nexo indestructible: la miseria.

Al ver acercarse a Mariana, pocos levantaron la cabeza. Hablaban animadamente con su especial "caló" intraducible para aquellos que poco entienden de estas cosas y que sin embargo es lenguaje común y corriente entre los que forman parte de la secta de hambrientos.

Como los niños, como los presos, como tantos otros seres, los hombres de los basureros tienen su lenguaje especial; y a pesar de la decadencia, el espectador siente aún algo de infantil en este "caló" con el que los exilados de la vida tratan de defenderse de los extraños colocándolos al margen de su existencia en forma menos cruel que la que los desheredados experimentaron cuando fueron segregados de la sociedad.

—¿Qué dicen los negocios? —Mariana se acercó al grupo y les habló en su propio lenguaje. Ellos la miraron sin des-

confianza. Era curioso ver cómo emergían las caras convertidas en caricaturas humanas destacándose precisamente entre el montón de harapos sucios que cubrían los huesos y la piel rugosa.

—¿Estuvo el día bueno?

Un gruñido le contestó. La mayoría no deseaba hablar de sus personales ganancias, y sólo de vez en cuando hacían mención de ellas cuando se trataba de fanfarronear sobre la forma en que se habían burlado de la "jara" (policía); o cuando al descuido pudieron robar la cartera de algún transeúnte.

—Y tú, Piquetitos, ¿siempre instalaste tu negocio?

—Sí, pero me va mal, muy mal...

Piquetitos era un anciano picado de viruela al que le faltaba un ojo, y el que durante el día, se dedicaba a pedir limosna casa por casa, prefiriendo los desperdicios comestibles; cuando al atardecer aparecía por La Morena, traía el diario sustento: un costal lleno de tortillas, carne, frijoles, etc., todo formando un revoltijo nauseabundo; pero Piquetitos sentíase satisfecho: el hambre de sus hijos, la suya propia y la de su mujer, estaba calmada y todavía parte de aquella comida significaba el alimento de sus marranos.

Piquetitos tenía no menos de seis marranos los cuales se dedicaba a engordar y por el mes de diciembre, época en que la manteca, la carne y otros productos del puerco alcanzan mejores precios, él realizaba su mercancía, obteniendo buen dinero por ella.

—¿Dónde guardaba el capital? Eso, hasta su mujer lo ignoraba. Y fue inútil que durante noches y días, usando de artimañas y de halagos, trataran de sonsacarle el secreto. Piquetitos guardaba sobre este capítulo un silencio absoluto. Cuando alguien le hacía mención de una posible muerte, se ensombrecía por días enteros, haciendo gala de un pésimo humor.

—¿Cuántos marranos ha vendido usted este año, Piquetitos?

—Ninguno, ninguno, quieren dar por ellos un precio ridículo. Después de los esfuerzos que a uno le cuesta hacerlos crecer...

—Ya... Entonces mate usted un marranito y haga una fiesta, una tamalada.

Piquetitos se alzó como si le hubiera picado una víbora.

—Quita, quita de allí, mala mujer, zángana, ¿cómo voy a matar mis animales para que ustedes no trabajen? Sinvergüenzas, holgazanes . . .

Piquetitos se desató en una andanada de injurias lamentables, que obligaron a reír a todos.

—Cuando te mueras te convertirás en puerco . . . dijo otro de los limosneros guaseando; aquella amenaza logró calmar un poco al Piquetitos, cuya voz fue decreciendo en gruñidos.

Empezaron a relucir historias. Los ojos de todos brillaban encendidos por la codicia. Esta, la más terrible de las pasiones humanas, era inextinguible en pobres y en ricos; en mujeres y en hombres. Por la posesión del dinero, todos volvían por un instante a recobrar sus fueros y su humanidad. Alguien habló de El Zambo, un hombre que murió en La Morena hacía años. Vivía solo, y pedía limosna, por las calles. Juntó dinero con una paciencia ejemplar durante años; pero no comunicó a nadie su secreto ni siquiera a la hora de la muerte. Cuando agonizaba y sus amigos lo interrogaron sobre el lugar en que había escondido su tesoro, el rió neurasténicamente. Muerto el Zambo, sus amigotes se dedicaron a buscar debajo de la tierra el posible escondrijo del tesoro . . . pero fue inútil.

Como treinta días después de la muerte de El Zambo, desapareció del basurero El Tuerto, y todos supusieron que este hombre encontró el dinero y huyó rápidamente de La Morena, con el fin de no repartirlo entre sus camaradas. Una mañana, sin que jamás se supiera quién había sido el asesino, el Tuerto amaneció con más de veinticuatro puñaladas yaciendo su cuerpo cubierto de heridas en las cercanías del basurero de La Jarana.

Todos escuchaban con el mismo religioso temor que adoptan los niños cuando la abuela les platica cuentos de brujas y aparecidos. Debajo de la camisa, las manos se apretaban ansiosas sobre unos cuantos centavos, el tesoro que habían logrado obtener durante el día y que era el producto de la poca beneficiosa piedad ajena.

Hacía poco que los limosneros habían formado su sindicato, y cada miembro del mismo tenía que pagar diariamente la cuota de cinco centavos; con este fin, aparte del cambio de impresiones, reuníanse diariamente los limosneros de la metrópoli en los diferentes basureros de la ciudad.

Aquella tarde, como de costumbre, el jefe de la sección o sea el Piquetitos, repartió equitativamente los puestos, es decir, los lugares donde los limosneros debían de apostarse durante el día para pedir limosna; estos puestos eran canjeados periódicamente por otros lugares, a fin de que los beneficios y los perjuicios de los pedigueños fueran repartidos con determinada justicia. Y aquí, como en cualquier otro sindicato, debía reinar la disciplina.

Mariana contemplaba indiferente la escena; para ella estas cosas carecían de novedad; muchos de los limosneros fueron "sus clientes"; allá cuando ella se dedicaba al oficio de prostituta, y no ignoraba por su propia experiencia que eran tipos que pagaban bastante mal. Sin embargo, la miseria los mantenía unidos, y ninguno era considerado verdaderamente como un extraño.

Ambiciosos y malévolos, siempre en actores, eran el punto de enlace para el tráfico de drogas heroicas; los líderes de las brigadas de choque durante la época de elecciones, y los ricos de los basureros, donde, en unión de los agiotistas, encontraban siempre la forma de acumular pequeñas pero envidiadas fortunas.

—Hoy vi una cosa que me impresionó, dijo el Cojo. Aquello sí que era miseria de verdad.

—¿Qué sucedió? Cuenta, cuenta.

El Cojo se recogió un poco en sí mismo gozando con la espectación de sus compañeros. Luego agregó despacio:

Aquello me dio una magnífica idea para crear una nueva industria: la industria de la muerte.

—¡Cómo!

Sin querer, los hombres se estremecieron, mientras que sus ojos desorbitados, contemplaban al Cojo con verdadero pavor. ¡La industria de la muerte era algo que jamás se les había ocurrido!

—Pues verán, dijo el Cojo. Como ustedes saben, yo tengo "mi puesto" cerca del hospital. Ayer por la tarde, apareció una mujer en ese sitio. Llevaba su chiquilla de cinco años, en los brazos. Pidió en balde que la atendieran. Ya saben ustedes cómo son estas cosas: hay que hacer la petición, llevar boletas, en fin, un número considerable de trámites. Total, la niña se murió, agonizó en plena calle, y algunos vecinos piadosos le dieron a la mujer un poco de dinero y otros llevaron cirios para encenderlos ante la muerta.

Por un instante, la madre, como loca, gritó: ¡No tengo para enterrar a mi hija! ¡No tengo para enterrarla! Pero todas las gentes del hospital entraban y salían, indiferentes, sordos y ciegos para su pena.

Aquella mujer tuvo al fin una decisión: tomó el cadáver de su hija entre los brazos, y así avanzó por la calle. Yo la seguí con curiosidad. Al fin, tocó una puerta ante la cual se detuvo. Le abrieron. La dueña de la casa lanzó un grito de horror, y en verdad no era para menos: cuando una mujer se encuentra reunida con sus hijos, alguien toca a la puerta y ella abre; el cuadro que se presenta es terrorífico; una madre desencajada por la pena, con el cadáver ya rígido de su pequeñuela entre los brazos.

¡Ayúdeme a enterrarla! . . . ¡Ayúdeme a enterrarla!

Los gritos de la mujer, que exponía en forma desgarradora el drama de la miseria, se hincaban hondo en el corazón. Después de cerrar la puerta, la mujer que habitaba aquella casa la volvió a abrir, y así, como asustada, le arrojó a la mujer cincuenta centavos.

Con el cadáver a cuestas la mujer recorrió varias calles. Era en realidad un sacrificio. Durante los últimos minutos, los pies, de aquella mujer agotada y dolorida, sólo se arrastraban sobre el pavimento. Pero nadie le dejó de dar algún dinero.

Ella contó lo que había reunido y regresó al hospital. Ustedes saben lo que allí pasa. Frente al hospital están apostados los hombres que trafican con la muerte, los agentes de las distintas agencias funerarias que son los principales comercios que rodean al hospital. Inmediatamente se le acercaron estos individuos. Y allí comenzó la oferta de entierros.

Entre un precio y otro había no menos de cinco pesos de diferencia; y entre este precio y el que ofrecen en forma directa las casas mortuorias lo menos quince.

Los agentes están en combinación con los estudiantes que hacen prácticas de medicina dentro del hospital. La cosa se pone bonita cuando se trata de una persona que ha muerto en una riña. Entonces los trámites hay que hacerlos desde la delegación de policía. Aquí cobran un tanto a los deudos por entregar rápidamente el cadáver, para que sea llevado al hospital para su autopsia; ya en este sitio es necesario aportar otra suma para que la autopsia se haga con rapidez; un peso o dos para que el cadáver sea lavado, y

otros dos o tres pesos para que se entregue en un plazo menor que el de veinticuatro horas. Casos ha habido que cuando no se tiene este dinero, los deudos recogen el muerto ya próximo a reventar por la descomposición... tanto así tardan en entregarlo.

—Además, existen médicos que extienden certificados sin ver el cadáver, por lo que si uno quisiera...

En la mente de todos hirvió el crimen. Luego, más repuestos, murmuraron impacientes.

—¿Qué pasó con la muerta?

—No coman ansia. Todo llegará a su tiempo, déjenme contarles.

De sobra sabían todos que cuando el Cojo se ponía a relamerse de gusto con sus cuentos sobre el hospital, no había Dios que lo llevara por un camino recto en que el relato no tuviera divagaciones; por lo que dos o tres de los limosneros lo urgieron para que contara las cosas por orden. Ante todo, el negocio, que era lo más importante.

—¿Bien, en qué forma vamos a desarrollar la industria de la muerte?

—Espérense nomás. Pos como les iba diciendo, la mujer llegó al hospital y los agentes de las casas mortuorias se le acercaron. Ni siquiera miraron el cuerpecito de la niña muerta que la madre llevaba en los brazos, sino que así, con frialdad, empezaron a proponer precios para el entierro.

Una suma respetable por llevarla en carroza tirada por caballos; si éstos lucían adornos, se cargaría una nueva cantidad; si los mozos que cargaran la caja hasta el sepulcro iban vestidos en determinada forma, un aumento en la cuota; si además de mozos se usaban cirios, otra cantidad... En fin, morir cuesta algo, no crean. La madre atribulada no respondió. Cuando se dieron cuenta de su silencio, alguien le hizo una oferta más: por llevar a la niña hasta el panteón, depositarla en una fosa de tercera, sin contar siquiera con una cajita azul para abrigar el cuerpo muerto, cobraban la suma de veinte pesos.

Aquello indignó a la mujer que les dijo: ¡perros! ¡perros!

—Me acerqué y le dije que estaba con ella, para ayudarla. Ella me contó que sólo había reunido cinco pesos; pero ya no podía más... Entonces le sugerí que la acompañaría haciendo las veces de su marido, llevando yo el cadáver, a

cuestas, siempre y cuando me diera el cincuenta por ciento del dinero que recogeríamos.

—¡Qué bárbaro!

Ella al principio se indignó. Yo aparenté indiferencia, y al fin, ella llegando junto a mí, me dijo en voz baja que aceptaba. Entonces tomé el cuerpecito de la niña en mis brazos. ¡Caramba, cuánto pesa un muerto, por pequeño que sea! Y así recorrimos calles. Ya al anochecer teníamos cincuenta pesos. Ella se quedó con su cadáver y yo con mi parte de dinero. Ya la niña debe estar enterrada.

—No veo lo del negocio... ¿De dónde vamos a sacar muertos todos los días?

—Cierto, ¿de dónde? Hace años a mí me tocaba el puesto del hospital, y veces hubo en que una persona atribulada que se encontraba en la miseria, y carente por lo mismo de recursos para enterrar a su muerto, abandonaba éste en la puerta del hospital, de dónde fue recogido y llevado a los ocho días, junto con otros "fiambres" —cadáveres—, hasta la fosa común o al horno crematorio... pero esto no pasa todos los días.

El Cojo con una vaga sonrisa en los labios, los dejaba objetar sus planes. No respondía a ninguno, y los escuchaba a todos, en silencio.

Ese negocio no es factible.

—No, es menos práctico que el de quitar a los muertos que se encuentran ya debajo de tierra los dientes de oro, y las alhajas que no han querido arrancarles sus deudos.

—Yo formé parte de una de estas bandas saqueadoras de sepulcros, dijo otro limosnero; los riesgos que se corrían eran grandes. Me separé de esto cuando le dimos tal susto al panteonero que perdió la vida. El se asustó pero nosotros también. Nos encontrábamos robando el sepulcro donde había sido enterrada una joven muy rica que murió cuando iba a casarse; la familia, queriendo darle el gusto que le faltó en vida, la vistió de novia, con todas sus alhajas. Enterarnos de esto y visitar el panteón la misma noche del entierro, todo fue uno. La tumba estaba fresca, así que no fue difícil remover la tierra. Con grandes trabajos quitamos las piedras que cubrían la caja, y sacamos ésta, la desclavamos y pusimos el cadáver de pie, recargado sobre la columna de un sepulcro contiguo.

Poco a poco empezamos a despojar a la muerta de su

collar, de los aretes; el velo y los azahares, y le íbamos a quitar su vestido, cuando apareció el panteonero con la linterna en una mano. Por un instante al ver la luz aquella brillar en la oscuridad, creímos en los fuegos del infierno.

Sin atinar con nuestra alma, corrimos en diferentes direcciones; pero el panteonero no pudo seguirnos y al día siguiente nos enteramos de la causa: al ver en mitad de la noche el cuerpo de aquella mujer que había sido enterrada por la mañana, de pie, y en actitud de caminar, creyó que era una alma en pena, y allí mismo entregó la suya al creador. Nunca olvidaré ésto... Yo con los negocios de la muerte, no quiero tratos, desde entonces.

A todos sobrecogió el relato. En verdad los negocios de la muerte no eran nuevos entre los hombres que pedían limosna; pero no habían logrado nunca popularidad. Sólo unos cuantos tipos que no temían a la muerte, los llevaban a cabo pero nunca por mucho tiempo.

—Tiene razón, dijeron varios, no vale la pena negociar con la muerte.

—Y eso no fue lo peor, dijo el Pato, que era el apodo del limosnero, sino que todos los que formaban la banda encontraron al poco tiempo a la "desnarigada" en forma bastante trágica: el Polainas murió arrollado por un coche; el Rizos, apuñalado en una cantina; el Botas, se encuentra ahora en la cárcel, acusado de un crimen; sólo yo quedo aquí vivo, para contarlo... pero me han salido llagas en todo el cuerpo y estas no son producidas por las tripas de chivo superpuestas sobre mi propia piel... Mis llagas son auténticas. No; a los negocios de la muerte yo no les entro.

El Cojo se indignó. En verdad nadie los estaba invitando. El negocio pertenecía sólo a los limosneros correspondientes a la zona de los hospitales. El que quisiera podía tomar parte y el que no...

—Pero ¿en qué consiste el famoso negocio?

—Sí, ¿en qué consiste?

—Porque no vamos a tener muerto fresquito así como un pez a la puerta del hospital todos los días.

—¿Y quién cargaría al muerto en caso de encontrarlo?

—Lo cargaríamos por turno, dijo el Cojo.

—¿Y si la policía nos sorprende?

—Siempre hay alguna forma de ir a contar una historia plañidera a la delegación. ¿Quién nos podría comprobar

que el muerto no era nuestro pariente?

—Sí, ¿pero de dónde vamos a coger al muerto?

—Bien, ¿les interesa el negocio a los de la zona de los hospitales? Si, o no.

—Sí, sí.

—La cosa es muy sencilla. Todos los días existen muertos desconocidos en el anfiteatro del hospital. Cuando haya pasado el tiempo necesario, tres, cuatro horas, alguno de nosotros se presenta con dos testigos, recogemos el cadáver, nos lanzamos con él a la calle, y no es necesario cargarlo: lo extendemos sobre la banqueta, con una vela junto a la cabeza y la escudilla lista para despertar la piedad del transeúnte. Cuando reunamos lo suficiente, dejamos allí el cadáver abandonado. Ya lo recogerá la policía.

—¿Y si en el hospital lo reconocen?

—Es difícil. Casi nunca están los mismos estudiantes de turno, y un muerto desconocido y pobre, no llama la atención. Además, daremos nombres falsos cuando recojamos al difunto; después ya lo devolveremos al hospital sin que deje por ésto de ser un muerto desconocido.

—¿Y está seguro que eso puede producirnos algo?

—Hombre, lo menos diez pesos diarios... Lo suficiente para poder reunir una buena suma, y hacer otros negocios dentro del basurero, como por ejemplo el prestar dinero con réditos cuantiosos.

—Es arriesgado...

—Pero lucrativo... Y sobre todo, se recogerá dinero, dinero, ¿entienden?

Llevo lo menos quince días que no conozco un solo centavo. La gente se reduce a darme tortillas, frijoles y comida descompuesta. Este negocio reportará utilidades.

Mariana lo escuchaba con terror; cierto que ya nada podía espantarle, pero nunca le tocó tan de cerca la miseria humana.

El Cojo por su parte, sin guardar reserva delante de la "hermandad", planeó el negocio en todos sus detalles, repartió los puestos correspondientes entre los interesados, y una vez que organizó su flamante negocio de la muerte, se dedicó a espulgar sus harapos matando bichos con un apasionamiento digno de mejor causa.

Mariana tan pronto como pudo, fue desapareciendo despacio del cónclave de los limosneros, y ya un poco lejos del

grupo, apresuró el paso, sintiendo dentro y fuera del alma un peso de tal índole que era muy semejante al que experimentó la madre atribulada y miserable que por las calles de México tuvo su vía crucis al llevar entre sus brazos el cuerpo rígido de su hijita muerta . . .

XIX

PERO NO TODO presentaba un lado trágico en los basureros. Aquí, como en muchos otros lugares de México, la canción florecía a los vientos constituyendo ésta una forma de nuestro llanto.

Probablemente de aquí la raíz del popular refrán: "También de dolor se canta, cuando llorar no se puede".

Y la canción llegó hasta la casa de Julia. María, la mayor de sus hijas, estaba de novia. Y la nueva se le comunicó a la madre por medio de canciones en que Leandro, el trovador de más bella voz de los contornos, dijo de su amor con todo el entusiasmo de su alma joven.

Leandro en realidad no era sino uno entre los cientos de trovadores que inundaban la metrópoli.

Si alguien le hubiera preguntado de dónde venía, por qué se había dedicado a cantar, él jamás hubiera podido responder concretamente a la pregunta.

Los trovadores cantaban porque sí. En caminos y en calles, en cafés y en camiones, las notas de la guitarra y del violín, lanzaban al aire las notas melodiosas de las canciones de moda.

Los trovadores tenían distintos aspectos, desde los limosneros que tocando instrumentos raros tales como objetos de diferentes tamaños pedían en esta forma la ayuda al prójimo; hasta los músicos ambulantes que frente a los restaurantes de moda tocaban la marimba pidiendo después la

general retribución como merecida paga por un rato de alegría.

Leandro vestía de charro. Que también en ésto la diferencia existía en los trovadores. Algunos vestían en forma común y corriente, pero los de cierta categoría portaban su uniforme, que consistía invariablemente en el traje de charro, vistosamente adornado, y en el sarape de colores que constituía, por así decirlo, la insignia del lugar de origen.

Por la noche, en el "Tenampa", arribaban los trovadores de distintos lugares, y la feria de los sarapes que les bajaban como mantos reales desde sus hombros hasta los pies, daban la nota pintoresca, única, sin rival en el mundo.

México es el único país en que todavía se canta y se muere sonriendo, y en que la muerte y la canción tienen igual e importante categoría.

Es el único sitio en donde todavía existen trovadores, y en que la música obliga a los extraños a creer que los hombres y las mujeres llevan un pájaro prisionero dentro del pecho.

A pesar de que la música mecanizada y enlatada había obtenido popularidad, ésto no ha destruido a los trovadores que son tradicionales y abarcan todas las escalas humanas: desde los niños hasta los ciegos; desde los ancianos hasta las mujeres.

Muchos de los trovadores han salido de los basureros. Aquí, donde el dolor tiene su asiento, la gesta del canto adquiere caracteres de epopeya, rumor de mar, y claridad de viento. De esta clase era la voz de Leandro.

Para la familia de Julia, aquel fue día de fiesta. Augusto tuvo que olvidar su cansancio y hacer los honores de la casa. Leandro le pidió, por la tarde, la mano de su hermana y Julia y Augusto fijaron el día de la boda.

Por la noche, la familia hizo planes. Julia, más enjuta y reconcentrada que de costumbre, sentíase como al final del camino, cerca de la muerte, y al mismo tiempo su corazón satisfecho era como un árbol con frutos. Pensó en los nietos, y en Damián, que ya no podría verlos... Quién sabe, a lo mejor ella tampoco alcanzaba a vivir para entonces...

Leandro, por la noche, durante la cena, dijo que en la ciudad había encontrado una casa suficientemente grande para todos. El no tenía familia. Huérfano desde pequeño creció por las calles manteniéndose con su canto, y esta mis-

ma canción fue la que lo obligó, como a los pájaros, a que le crecieran las alas que lo llevaron lejos. Había recorrido la República entera. Con su guitarra al hombro y su paso firme y seguro, encontró siempre comida a cambio de canciones, y las carreteras fueron leves bajo sus pies.

En más de una ocasión el camino se acortó cuando Leandro fue transportado en largos tramos por autobuses que recorrían las líneas de enlace y que le permitían amenizar los viajes de los pasajeros con canciones alegres y tristes. En estos recorridos siempre descendió de nuevo a la carretera con algunos centavos dentro del bolsillo.

Alto y delgado, moreno y simpático, su traje de charro y su guitarra al hombro fueron suficiente para darle autenticidad romántica y tentadora que desenvolvió en más de una aventura con viajeras hermosas... Pero conoció a María.

La vio en la ciudad, cuando su novia, con un costal de trapo en el hombro cruzaba las calles para dejar su vendimia en la fábrica de colchones.

La belleza rubia de la muchacha, sus ojos negros y su cuerpo esbelto, lo impresionaron. Ciertamente que la chica era demasiado joven.

Pero le gustó. Con su guitarra al hombro desvió el camino y se acomodó a la ruta de María; la esperó al salir de la tienda, la abordó calle abajo y rió socarrona y satisfechamente cuando la muchacha, en vez de prestarle oído, apresuró el paso.

Luego la siguió hasta el basurero, y supo que allí estaba su casa. Así pues, tenían las mismas raíces. El también nació allí, hacía años, y pudo escapar de aquel sitio. Ahora como el flujo y reflujo de las olas, el mar de la vida lo depositaba de nuevo en esta playa.

Pasaron los días, y él no olvidó a la muchacha rubia. Después la asedió con cartas color de rosa, y al fin una tarde pudo cruzar con ella, toda roja de rubores, las primeras palabras en que no se dijeron mucho; pero no hacía falta. El supo desde el primer momento que la amaba y que era correspondido.

Desde entonces, aún cuando permanecieron uno junto al otro durante horas, su amor callado y discreto no les permitía el lujo de palabras inútiles, pero sus manos unidas eran elocuentes.

Y aquel buen día, sin consultárselo a la novia, decidió por sí mismo que era necesario hablar con la familia y plantear el matrimonio.

Al mismo tiempo pensó que era indispensable arrancar a Julia y a todos sus hijos del basurero. Y así lo hizo. Julia lo escuchó en silencio. Leandro argumentó:

—En la casa que he escogido todos viviremos muy a gusto. María me ha dicho que no quiere separarse de usted.

—Sí, madre. La casa es muy hermosa, según ha dicho Leandro.

Julia no respondía. Al fin, como dominada por la voluntad de todos, accedió a ir a la ciudad y darle una ojeada al que sería su nuevo hogar.

Durante una hora lo menos, la familia se arregló, se puso los mejores trapos y ya emperifollados se dirigieron al centro de la metrópoli y de allí a la colonia de Santa María. Después de recorrer varias calles se detuvieron al fin ante una casa vieja, pero recién arreglada, que lucía en las puertas un color verde brillante. Leandro hizo que la portera les franqueara la entrada. Julia lo examinó todo: la cerradura, la cocina, con su estufa de gas, las llaves de lavabos y baños.

Oía en silencio los comentarios de la familia sobre aquella casa que a los ojos de todos era un palacio.

—¿Cuánto cuesta al mes? —Murmuró al fin.

—Sesenta pesos.

—¿Y cómo los vas a pagar?

—He conseguido trabajo con cancioneros nocturnos. Tendremos buen dinero; además, Augusto ayudará un poco. Ustedes en lo sucesivo dependerán de él y de mí. Ya no es justo que usted y las niñas trabajen.

Julia continuó guardando silencio. Sus labios se abrieron para decir:

—Así es de que dependeremos completamente de ustedes...

Y no dijo más. Todos esperaban que ella decidiera. Pero abandonó la casa, y volvió a su basurero, sin despegar los labios. María hizo señas a su novio para que respetara aquel silencio.

Al anoecer, Julia extendió sus cansados ojos a lo ancho y lo largo del basurero. Como otras veces, los olores insoportables se extendían en todas direcciones, pero el olfato acostumbrado, no parecía notarlos.

Después de cenar, Julia habló con voz pausada: Cierto que la colonia era muy bonita y la casa también... Pero allí en La Morena tenía a sus amigos, el recuerdo de los años vividos con Damián; era el sitio en que habían nacido sus hijos, y aquella era su casa... De ella no saldría sino muerta.

Terminó diciendo en voz queda sin explicar razones en voz alta, obedeciendo a la voz interior que dejó oír los motivos de su corazón: "Los casados casa quieren...". Váyanse ustedes a vivir a la colonia de Santa María. Y Augusto también, si lo desea. Yo continuaré aquí...

XX

DESPUES DE LA BODA de María, la vida continuó su ritmo monótono e incoloro. Las pasiones de los hombres, como fieras encadenadas, no hacían daño a nadie.

En los basureros la gente continuaba vegetando en calidad de larvas humanas, y los prejuicios de clase perdíanse ante la igualdad que proporcionaba a todos la miseria.

Solo unos cuantos eran víctimas del pecado de la avaricia. En cada basurero nunca dejaba de haber una bruja, un agiotista, y un ladrón; este último era persona honrada entre las gentes del basurero, y usualmente sus tropelías las cometía fuera de aquel radio habitable en que la mayor parte de la gente eran sus amigos.

La bruja contaba con bastante quehacer en trances de amor, al nacer los niños, a los que usualmente los curaba para que no fueran víctimas del mal de ojo, y dando "limpias", o sea ahuyentando por medio de exorcismos a la mala suerte para que entrara la prosperidad en todas las casas; desgraciadamente sus ruegos pocas veces eran escuchados por el diablo.

En cambio los agiotistas contaban con clientes en todo tiempo. La agiotista de La Morena, tenía un nombre bastante bonito: se llamaba Angélica, y tal nombre cuadraba poco a su figura, que era gorda y bajita.

Angélica, cuando era joven, había tenido la coquetería

de sacarse un diente bueno, para que en su lugar luciera uno, de oro auténtico, que deslumbraba a su interlocutor cuando ella reía. Muchos afirmaban que solo por lucir el famoso diente, Angélica reía en forma constante.

Toda su apariencia de bonachonería era desmentida con sus procedimientos. Usualmente Angélica tenía sus mejores clientes en los mercados de la metrópoli, sitios hasta los que llegaba todas las mañanas, bastante temprano, para recibir la acostumbrada cuota. Pulpos semejantes a ella existían en todos los mercados de la metrópoli, oprimiendo en forma inhumana al pequeño comerciante.

Claro que Angélica no admitía recibos, documentos o cosa semejante para garantizar sus préstamos; sólo sacaba su dinero cuando veía ante sus ojos una prenda valiosa o bien, protegiéndose con réditos tan excesivos que el adeudo quedaba cubierto con los tres primeros pagos, constituyendo el resto del adeudo una ganancia.

Angélica vivía miserablemente. En sus tiempos había sido prostituta y después limosnera; luego instaló un pequeño comercio ambulante y de la noche a la mañana se le ocurrió aquel flamante negocio iniciando sus préstamos en pequeña escala con otros vendedores que, como ella, tenían muy poco, pero deseaban una cantidad mayor para ampliar sus comercios; después consideró este negocio como algo lucrativo y se reprochó a sí misma en más de una ocasión su tontería inicial que le hizo perder tantos años de trabajos ímprobos, molestos y tan poco remunerativos.

Angélica tenía pequeñas cuentas pendientes con cada uno de los miembros del basurero, y todos los días se cobraba en distintas formas el favor que le era devuelto no sólo en metálico, sino en especie. En efecto se presentaba durante la mañana con uno de sus clientes el que forzosamente se veía obligado a darle el desayuno; al mediodía con otro que le invitaba la comida, y por último, también en forma gratuita, adquiría la cena.

Nadie le conocía a la señora Angélica otra debilidad que no fuera la del dinero.

Por lo regular ya a las ocho de la mañana se encontraba de vuelta de su visita a los mercados donde su presencia era vista con malos ojos; pero al acercarse usualmente no recibía más que sonrisas.

Julia mantenía relaciones más o menos amistosas con la

señora Angélica y no permitía que hablaran mal de esta mujer, como tampoco aceptaba el que se hablase mal de nadie; casi siempre, ante los comentarios adversos, sólo afirmaba:

—Si las gentes se atuvieran a lo que perciben, jamás estarían en deuda.

—Pero madre, objetaba Augusto, es que hay ocasiones en que la enfermedad...

—Pues debe uno recurrir al hospital. Un hombre con deudas es un preso con grilletes en los tobillos: jamás podrá continuar su camino en paz.

Por excepción la señora Angélica apreciaba a Julia, y cuando la vio apurada, en más de una ocasión tuvo un rasgo amistoso que hizo historia: le ofreció dinero sin cobrarle réditos; pero Julia no aceptó semejante ofrecimiento, aunque agradeció de todos modos la generosa actitud de la usurera.

Ocasionalmente, las tres fuerzas malas del basurero, o sean la bruja, el ladrón y la agiotista, juntábanse aceptando las debilidades de unos y otros dizque para beneficio colectivo.

Doña Angélica era supersticiosa, y así frecuentemente necesitaba de la bruja para que le hiciera limpias que obligaran a los hombres en deuda a pagar con todo y réditos el dinero que debía; la bruja a su vez cobraba caros sus servicios, y el ladrón hallaba cómodo refugio en doña Angélica, que casi siempre compraba una que otra prenda mal habida, a mital del precio, o quedábase con ella como premio a los servicios de ocultamiento que en más de una ocasión prestó al bandido.

Fuera de estos tres personajes, los demás constituían una masa amorfa entre la que se destacaban las mujeres como seres fantásticos, firmes y fuertes, que alentaban a los hombres de la casa hasta la vejez o hasta que la muerte los sorprendía, inutilizándolos para todo servicio.

Julia veía crecer a su familia y estaba satisfecha; Augusto tenía prácticamente su hogar y lo mismo María; faltaban dos; Enríqueta y Eulalia.

Esta última en el curso del mes habíase escapado lo menos tres veces.

Ambiciosa por naturaleza, resignábase de mala manera a las pobres utilidades que reportaba a la familia la venta de los diversos objetos de la basura, y según expresó en más de

una ocasión, no descansaría hasta en tanto lograra instalarse por su cuenta, al frente de un pequeño comercio.

No ignorando la influencia que sobre este asunto tenía la señora Angélica, le planteó su caso.

—¿Y qué negocio pondrías?

—Pues mire usted, contestó Enriqueta, desde luego no voy a pedirle dinero.

Sabes que contando con tu madre, te lo prestaría con gusto . . . y sin réditos.

—No lo necesito. Cada vez que puedo me voy a la Merced y en el basurero que allí se encuentra, recojo naranjas, limones, y otras frutas, que he ido vendiendo a los puesteros de diversos mercados; de esta manera he adquirido algunas ganancias; ahora con lo que tengo deseo comprar una mesa, un frasco de cristal, unos cuantos vasos, y las naranjas a las que quitando previamente lo podrido, servirán para mi propia agua fresca; de este modo, podré obtener algunos centavos.

Cuando Julia buscó a su hija una de las veces que se escapó, doña Angélica le dijo dónde podía encontrarla; y desde entonces ya se conocía el sitio exacto donde se hallaba cada vez que se notaba su ausencia.

En el fondo, Julia estaba contenta de la iniciativa de su pequeña, pero temía que algo le pasara.

Un buen día Enriqueta le comunicó la noticia: con ayuda de la señora Angélica había logrado instalar su puesto en el propio mercado de La Merced y para comenzar obtuvo de la venta de agua de naranja, la suma de dos pesos.

La independencia fue haciendo de Enriqueta una muchacha fuerte y soberbia; una semana después, ya no apreciaba los consejos de su madre. Esta decidió que las tardanzas de Enriqueta merecían una vigilancia especial, y una tarde, sin consultar el caso con Augusto, decidió ir al mercado de La Merced, en busca de su hija.

Cuando llegó al puesto encontró que éste se hallaba bajo vigilancia de un muchacho de corta edad. Al preguntar dónde estaba Enriqueta supo que ésta se divertía todas las tardes en el salón de baile que durante día y noche constituía el mejor entretenimiento de los pobres.

Por un instante Julia vaciló en penetrar en aquel sitio. Durante años su alma fuerte y rectilínea no necesitó de ningún falso aliciente para encontrar que la alegría de vivir se

lleva dentro de sí mismo y que lo exterior sólo nos aparta de nuestro yo. Esto no lo sabía ella en forma precisa, pero lo sentía rotundamente.

Sus ojos que habían visto tanto sin empañarse jamás con pensamientos impuros, recorrieron la calle con la mirada ensombrecida. En distintos lugares las piqueras en donde se expendía pulque extendían su olor nauseabundo; hombres y mujeres del pueblo abandonaban estos sitios, tambaleándose.

—¡El veneno de México! Un millón y medio de hombres formaban esta industria, trabajaban en ella, y mataban al pueblo.

Lo más grave y que Julia ignoraba, es que la parcela se iba empequeñeciendo, que el pedazo de tierra que el campesino lograba obtener después de múltiples trabajos, no era cultivado con el maíz, con el frijol, con productos que engrandecieran la economía de la República, sino que los magueyales se extendían poco a poco, primero, marcando la línea divisoria del ejido; después, invadiendo el campo que sin combate quedaba sujeto a su dominio.

La razón era bien simple: el pulque producía mucho más dinero que el maíz o el frijol.

La industria se encontraba en manos de extranjeros, pero los mexicanos quedaban a cargo de la consumición.

Julia, decidiéndose al fin, penetró en el salón. Este era ancho, adornado en el techo con papel de colores llamativos, y a uno y otro lado del piso, se encontraban dispersas estratégicamente mesillas en que los bailadores aplacaban la sed provocada por el cansancio, con vasos de tepache.

En el fondo del salón una sinfonola lanzaba al aire sus notas estridentes.

Los ojos de Julia prendieron en un espectáculo lamentable: hombres y mujeres del pueblo, astrosos, miserables, bailaban desde muy temprana hora. El salón permanecía abierto día y noche.

Las gentes acompañaban la danza con cantos profundos, y se entregaban a ella con un apasionado deleite.

No era extraño ver a las criadas, antes de dirigirse a efectuar sus compras en el mercado, penetrar en este salón en donde, por diez, por cinco centavos, a veces por nada, podían dedicarse al baile y disfrutar un poco de la vida.

Por fuera, el salón tenía un aspecto sórdido; a su lado iz-

quierdo, junto a las paredes desteñidas, levantábase el cerro de la basura; y allí en mezcolanza especial, tan extraña como la de los hombres y mujeres que bailaban dentro, seres de uno y otro sexo y de diferentes edades, se acompañaban rítmicamente por la música cuyo sonido les llegaba, y que les hacía más amena la tarea de recoger los desperdicios.

A las doce horas, era cuando en el basurero y en el salón había más entusiasmo. Después este decrecía, y por la tarde aumentaba de nuevo, convirtiéndose en desenfreno absoluto por la noche.

Junto a este lugar en que los desperdicios humanos y materiales se mezclaban y fundían, se desarrollaba el ritmo de la vida diaria, monótono, intrascendente, acompasado en el trabajo, en el ir y venir de las mujeres que atravesaban el lugar para dirigirse al inmediato mercado; o de niños inocentes que pasaban junto a dicho sitio para dirigirse a la cercana escuela.

Julia buscó con los ojos a su hija. Allí estaba, prendida en un abrazo ceñido con un tipo astroso, que tenía inequívoco aire de chofer.

Por unos instantes nadie pareció fijarse en ella, pero cuando la pareja cruzó junto a su cuerpo, la mano de Julia estuvo a su hija por el brazo. Ella la miró un poco extrañada, luego con sorpresa, por último sonrió débilmente:

—Madre, ¿usted aquí?

—¿Tú, aquí? Contestó Julia, con sequedad.

Las dos quedaron mirándose frente a frente como enemigos; por último Enriqueta bajó los ojos.

Como el silencio se prolongara, Julia lo cortó drásticamente diciendo:

—Y bien, ¿vas a venir conmigo?

Julia salió delante, Enriqueta detrás. El hombre que fue su compañero de baile, levantó levemente los hombros y abandonó a las dos mujeres.

—Vamos a casa, ordenó Julia.

—¿Y el puesto?

—Lo cederé en venta a doña Angélica. Tú no te dedicarás más a ningún comercio. Desde esta mañana permanecerás junto a mí.

—Pero madre . . .

—No eres digna de confianza.

—Permítame que le explique . . .

—No pueden cuidarse prendas con pies . . . pero siempre queda el recurso de amarrarlas un poco.

Durante varios días el silencio de Julia fue más elocuente que todas las palabras.

XXI

CARACTERES FUERTES, recios, otros débiles, pobres... Todo aquello provenía del mismo sitio e iba a dar al mismo fin: la basura. Marejada de pasiones y de amarga experiencia, y al mismo tiempo fe ingenua, como la de los niños que desean creer en todo, y esperan mucho de la vida. Esto era el basurero.

Julia meditaba en ocasiones sobre los problemas de La Morena. ¡Qué flujo y reflujo! Allí, como en todos los campos abonados con estiércol, florecían bellas flores: Augusto, por ejemplo. Claro que no pensaba en ella misma, que era semejante a una orquídea salvaje.

Los límites del mundo estaban para todos ellos allí, en donde principiaban y terminaban los linderos de La Morena. No sabían de otros sitios ni de otros lugares. Las gentes de la metrópoli, estaban tan distantes y tan extraños como los habitantes de la luna.

No existían diferencias de clases. La igualdad del hambre los humanizaba pero también los embrutecía. ¡Ah, que no les vinieran a ellos con literatural! Cuando se han pasado muchas horas comiendo a pausas, ya se tiene filosóficamente un sentido profundo y ancho de la vida.

En realidad, pensó Julia, no sabía por qué causa los hombres de la ciudad despreciaban a los hombres de los basureros. La basura existía en todas partes: en los hospitales, donde se compraban los servicios de médicos y enfermeras

venales; en la política, que estaba podrida por dentro y por fuera; en los negocios, donde los hombres vendían todo, hasta su alma por un puñado de pesos; en las mujeres, en los hombres . . . Unicamente los niños permanecían al margen de tanta inmundicia.

Por los ojos de Julia habían pasado muchas cosas. Miseria, tristeza, y la pequeñez de los hombres. Por ésto escuchaba a su hijo con escepticismo cuando planteaba grandes redenciones desde la tribuna sindical. Hacía miles de años los hombres eran irredentos incurables de sus pecados, de sus pasiones, y muchísimo más: de su pobreza.

De los basureros resultó casi siempre, además del vicio, la ambición del dinero, y algunas veces del poder. Pero no se llegaba muy lejos. Todos miraban con extrañeza a los pobres de solemnidad que pedían algo a cambio de enormes sacrificios; con el tiempo estas gentes que habían enrostrado con frecuencia las peores cosas de la escala humana en el sentido de la pobreza, se volvían completamente cínicas; más bien dicho, acentuaban el cinismo que ya desde temprano les circulaba en las venas, y les emponzoñaban la sangre.

Generación tras generación alimentando sus ilusiones, en igualdades misérrimas que no establecieron diferencia de clases entre unos y otros; nadie podía tener más pretensiones que la de acumular determinadas cantidades de dinero; luego en los últimos tiempos surgió el sindicato, y no bastaba ser pobre de solemnidad para aspirar a formar parte del basurero: se necesitaba haber nacido en él.

Julia sonrió con tristeza. Estaban lejos los tiempos en que llegó ella a La Morena, en unión de Damián. Entonces eran jóvenes. ¡Había llovido mucho desde entonces! Muchos sabores y pocas alegrías. Y ahora en la gris tarde sus pensamientos se le hincaban hondo, como espuelas agudas sobre su corazón semejante a un corcel muy cansado que no podía caminar y se encabritaba. Eso era su corazón: un corcel cansado.

¡Cuántos recuerdos! Allí había nacido Augusto, María, Enriqueta . . . Pero también allí había muerto Damián.

Ahora la familia se estaba desmembrando. Había sucedido lo increíble: María abandonó La Morena en unión de su esposo. La pareja formaría su hogar lejos de la familia; eran en realidad un nuevo tronco del que nacerían ramas

distintas, y al mismo tiempo semejantes.

Enriqueta estaba ansiosa también de volar. Ella no tenía cualidades de árbol, sino de pájaro. Y aunque se le cortaran las alas, éstas le volverían a crecer. La casa siempre sería para Enriqueta como una jaula.

Augusto era ambicioso. Y ella estaba orgullosa de que lo fuera. Los hombres debían ser así. Audaces, llenos de locura. Aurelia no significaba más que la sombra de Augusto.

Pronto quedaría sola. Julia sintió que la soledad no le pesaría. En realidad ella no se estimaba sola jamás: le quedaban sus recuerdos, y el haberse dado plenamente a todas las cosas. Estaba en paz consigo misma. No extrañaba a nadie, no deseaba retener, ni dominar, ni poseer. Su destino estaba cumplido. En realidad si algo le extrañaba era que su muerte se hubiera retrasado más de la cuenta.

A medida que pasaba el tiempo Julia iba adquiriendo calidades de ariete y de mástil. Su cuerpo enjuto se le untaba en los huesos; y su ropaje negro ondeaba a todos los aires como bandera de combate; pero ella sentía dentro de su corazón que no tenía causa que defender. La niña menor podía vivir al lado de Augusto, y sus cuentas con la existencia estaban saldadas para siempre.

Por este motivo, todas las tardes, Julia sentábase a la puerta de su casa, con las manos sobre la falda, como dos troncos inútiles y secos, maravillándose de que "su hora" no hubiese llegado.

Por la noche, junto al brasero, escuchó las novedades que trajo Augusto. Este llegó animado, un poco más que de costumbre, y comió con apetito. Luego, encendió su cigarro y el de su madre. Aurelia tejía en silencio y escuchaba.

—Madre, quisiera comunicarle una cosa: me he mezclado en la política.

Julia levantó un poco la cabeza, pero en sus ojos no brilló la desaprobación ni la aquiescencia. Escuchaba, esperando las explicaciones. Sólo dijo:

—¿Te gusta?

—¿No cree usted que la política es una tarea de hombres?

—Tal vez. No sé de esas cosas.

—Pero usted sabe de las causas justas, madre. Usted, que siempre las ha defendido.

—Pero qué tiene que ver la política...

—Mucho. ¡Mucho! se ha planeado que el nuevo diputado

representante de este distrito, sea un hombre de los nuestros

—No . . .

—Sí, madre.

—¿Tú?

Aún no. Demasiado joven, ¿comprende? Pero uno de los nuestros. El Sindicato de Limpia y Transportes cuenta con miles de hombres. Miles. Si nuestro candidato sale electo, la basura quedará al fin en nuestras manos, podremos industrializarla, obtendremos ganancias, percibiremos mejores salarios . . . Todo ésto se dice en el sindicato.

—Sí, tu padre también solía decir lo mismo; lo escuché durante años. Un día asistió a la sesión para elegir nuevos dirigentes . . . ¡Cómo vino aquella noche!

—Pero ahora todo está en manos de los jóvenes.

—¿Y eso remedia algo?

—Madre, la juventud es una fuerza.

—Y una derrota, cuando no sabe uno como emplearla. Hay juventudes tan mal encauzadas . . .

—Hoy estamos unificados. Apoyamos a Rodrigo Quevedo. Es joven, también. Dicen que lo apoyan políticos, y que su triunfo es seguro. Además, cuenta con el voto de todos.

—¿Quién lo dice?

—Los dirigentes del sindicato. Hoy por la tarde tuvimos un mitin. Un gran mitin. A los que trabajamos en talleres se nos aumentarán los salarios; a los barrenderos se les pagará más; a los que viven de la basura se les ofrecerán mejores precios por el papel, la borra, etc. Verá, verá usted, madre.

—Augusto, ¿y por qué me hablas a mí de estas cosas? Tu sabes que yo ignoro todo lo que es política. Tu padre se apasionaba también . . .

—Porque usted sabe lo que es bueno y lo que es malo, y siempre obra en consecuencia. Además, creo que usted debe enterarse de lo peor y de lo mejor de mi vida.

—No te fíes mucho de la opinión de los viejos, hijo. Siempre veremos con malos ojos las cosas nuevas. Menos te fíes de la opinión de las mujeres.

—¿Cuál es en este caso la suya?

—Sólo tengo que decirte una cosa: la misma que dije a tu padre una noche cuando abandonó este lugar para ir a una sesión del sindicato:

—Toma este puñal y defiéndete, en caso necesario.

—Pero, ¿por qué? Todo se llevará a cabo en forma cívica.

—En México la política siempre termina a tiros. Lo único que deseo es que en caso de que suceda algo, nadie me venga a decir que no te portaste con dignidad. Augusto, en ti he tenido un hombre.

—¡Madre!

—Un hombre, he dicho. Compórtate como tal en caso necesario.

—Pero . . .

—Hay que estar prevenidos siempre para lo peor. Ya te dije: no escuches nunca la opinión de los viejos, pero atiende sus advertencias: los fines y los medios no deben confundirse jamás. El puñal de tu padre se encuentra en la petaca más vieja. No lo uses si no te atacan; pero si te atacan, defiéndete.

—Así lo haré, madre.

—Vas a tener un hijo.

Augusto levantó rápidamente la cabeza. Miró con ternura a Mariana, le pasó el brazo por los hombros y le dijo muy quedo:

—¡Es verdad!

Ella se ruborizó, y se recostó un poco sobre aquel cuerpo joven y fuerte, que le pertenecía.

Julia sonrió. Allí estaba la vida verdadera. Aquella, que tenía raíces inquebrantables e irrompibles: no importaba la desaparición de un hombre, lo interesante es que su sangre floreciera sobre la tierra; que el ser fuera algo más que una palabra que llenara una vida, puesto que debía persistir en muchas, que significaban, eslabonadas, toda una eternidad.

—No hablemos más de política, Augusto.

—Al contrario, madre hablemos más. Ahora con pasión. Tu sabes que yo tengo ambiciones. Tu sabes que continuo estudiando. Tu no ignoras que todos los días voy al sindicato. Madre, creo en él.

—Tu padre también creía.

—Pero yo deseo ocupar un puesto dirigente. Llegaré. Ahora tengo la ambición más aguda de llegar.

—¿Y en caso de que así fuera, que harías?

—¡Muchas cosas, muchas!

—¿Cuáles?

—¡Hay tantas cosas que usted ignora, madre! No sabe cuántos tuberculosos hay en el taller. Hoy tratamos un caso. Era el de Timoteo Gutiérrez. Hace un año su camión fue arrollado por un tranvía. Dos de los hombres murieron, él sufrió golpes en la espalda. Nadie paró atención en su caso. Con el tiempo le resultaron los pulmones afectados. ¡Cómo se le trató entonces! ¡Como a un perro! Día con día se presentaba en las oficinas en donde no se le podía ofrecer trabajo, pero tampoco alivio de ningún género. Tenía mujer e hijos. Cuatro hijos. Su agonía a pausas era un remordimiento para todos. Se hicieron varias colectas pero apenas sí bastaban para comprar unas pocas medicinas.

Al fin este desdichado murió; pero ya cuando se encontraba agonizante dos de sus hijos también se hallaban enfermos. La miseria los tenía a todos indefensos contra la peste blanca. El sindicato ayudó con una cantidad a la viuda; pero esa familia, madre, esa familia está condenada a perecer.

El veinticinco por ciento de los barrenderos y de los hombres de los talleres se encuentran tuberculosos. Haremos un sanatorio para ellos.

—Ojalá puedas hacerlo.

—Hay otros casos, madre. ¿Usted sabe la cantidad de hombres que resultan infectados por manejar la basura? ¿Nunca se ha fijado en los hombres que vienen parados en la parte trasera del camión? Ellos son los que vacían los botes con desperdicios sobre el carro de la basura. Ellos son los que acomodan estos desperdicios en la forma más equitativa posible a fin de que la distribución pueda aprovecharse en mayor escala.

En múltiples ocasiones las manos tropiezan con pedazos de vidrio, con navajas usadas, y allí tiene usted los dedos sangrantes y las heridas hondas, dejando su huella en la carne.

Cierto que los hombres debían usar los guantes protectores, pero no lo hacen, y si lo hacen, muchos de ellos no tienen zapatos, y las heridas, un día con otro las sufren si no en las manos en los pies.

¡Ah, si usted viera! Algunos logran inmunizarse con el manejo de la basura, pero otros sufren infecciones espantosas: hay muchísimos que han perdido un dedo, una mano, un brazo... En ocasiones la septicemia termina con vidas jóvenes.

—Pero hay botiquines, delegaciones, la Cruz Roja . . .

—Madre, parece que usted vive en un mundo diferente al nuestro.

¡Qué bien se conoce que no ha visto jamás de cerca todos esos lugares!

—¿Tan malos son?

—En las delegaciones no hay alcohol, vendas, nada de lo necesario para efectuar primeras curaciones; el botiquín del sindicato por su parte, sólo existe de nombre; la Cruz Roja o la Cruz Verde . . . estos dos lugares son la única esperanza de los pobres; pero a veces tardan tanto en atendernos, que cuando al fin se cura al herido éste no sobrevive a la pérdida de su sangre. Todo ésto, y mucho más, podría remediar yo, si manejara el sindicato.

—Hacer el bien . . . Augusto, tú sabes que nunca he tenido otra ambición en la vida; si la tuya es la misma, tu ambición no es mala, no es perniciosa; que Dios te ayude a cumplirla.

—Dicen que ya los dirigentes del sindicato han hablado con nuestro candidato a diputado; se sabe que este hombre cuenta con magníficas influencias; creemos que ganará; y si él gana, entonces el año próximo yo podré dirigir el sindicato. Pienso tomar parte muy activa en esta campaña.

—¿Todos esos trabajadores son como tú?

—No, hay de todo: jóvenes tan llenos de ilusiones como yo; otros que no son más que cínicos y escépticos; algunos interesados en el dinero; muchos incapaces, y muy pocos conscientes.

—Hijo, ¿y crees a pesar de todo, que podrás imponer tus ideas?

—Cuando se desea hacer el bien, no se mira si la persona lo acepta o no. ¿O tú te pusiste alguna vez a pensar en ello, madre?

Es cierto; sólo escuché, a cualquier hora de la noche o del día la voz angustiada que me llamaba; jamás esperé mucho en retorno, más bien dicho, jamás esperé nada, pero estoy en paz y no me siento en deuda con la vida. Augusto, ésto es muy importante. Sentirse en paz . . .

—Lo he aprendido de ti.

—Pocas gentes pueden sentirse en paz. Tu padre siempre estaba descontento. Siempre se quejaba.

—¡Pobre papá!

—Nunca dejó de ser joven, jamás perdió la esperanza. Y el mundo era demasiado pobre para él.

Los ojos de Julia se humedecieron, pero escondió sus lágrimas; nunca dijo en voz alta todas las esperanzas que cifró en su marido, y como ellas se fueron perdiendo sobre la tierra como las cuentas de un collar roto que no podrá volver a lucirse más. El recuerdo del padre puso un silencio respetuoso en todas las bocas. Julia hablaba diariamente de su marido en tal forma que nadie sentía que realmente Damián estuviese muerto. A cualquier palabra de Augusto, contestaba: Tu padre . . . Y el ejemplo del hombre que fue tan débil en vida, se agigantó, se idealizó en la mente de su mujer que lo amaba con ternura.

Julia miró fijamente a su hijo, y le preguntó: ¿cuándo serán las elecciones?

—El mes próximo.

—¿No habrá mucho peligro?

—El de siempre.

—Entonces, habrá bastante peligro.

—No hay que ser pesimistas. Ahora los de Limpia y Transportes estamos bien organizados. ¿Usted sabe que nosotros damos pelea en cada elección?

—Pero nunca mejoran . . .

—Acuérdese usted. Los de Limpia defendemos como leones nuestras casillas en todos los barrios. Nadie nos puede ganar.

—Así que las elecciones son el mes próximo . . .

—El cuatro de julio.

—Pues bien, contestó Julia después de meditarlo un segundo: Yo iré contigo.

—Pero madre, ¿está usted loca?

—Siempre en México las mujeres vamos a las elecciones, ¿no es verdad? No tenemos voto, pero animamos a nuestros hombres, estamos a su lado para impulsarlos . . .

—Sí, pero usted no irá.

—Ya lo creo que iré.

—A usted no le gusta la política.

—No me interesaba, pero ahora me interesa; como les ha gustado a las soldaderas la revolución. A las mujeres nos apasionan las cosas cuando un hijo, un padre, un marido, anda metido hasta la coronilla en estos chismes. Iré contigo a las elecciones.

Julia se había animado, de sus ojos oscuros brotaba una luz enérgica. Con paso rápido se acercó a la vieja petaca, buscó en ella, y encontró el puñal que estaba guardado allí desde hacía bastante tiempo.

Lo revisó, probando su filo en su dedo pulgar, y enfundándolo de nuevo, lo tendió a su hijo:

—Toma, por si se te ofrece. Así le dije una noche a Damián.

—Yo no llevo armas encima.

—Pues de hoy en adelante las llevarás.

XXII

ASI LLEGO LA EPOCA de elecciones. La ciudad presentaba un aspecto nuevo; los basureros, también. De estos empezaron a salir los hombres luciendo el aspecto de siempre, pero con una esperanza diferente en los ojos.

Todos los hombres de los basureros se encontraban regocijados como si asistieran a un día de campo. Habían terminado sus labores lo más temprano posible, se habían suspendido las ventas en los distintos centros de desperdicio, y los hombres, vistiendo su overol, su traje raído de costumbre, salían apresurados para reunirse a otros compañeros que los esperaban en diferentes puntos de la metrópoli.

Desde lejos se podían ver los camiones de Limpia y Transportes: grises y enormes, vacíos de los desperdicios, listos para llevar a diferentes lugares a los hombres que manejaban usualmente la basura.

Parecía increíble que hubiera tantos hombres en los basureros; no fueron suficientes los camiones de Limpia y Transportes y hubo necesidad de alquilar otros. Encima de ellos, hombres de todas las edades formaban grupos compactos, que de pie, y lanzando vivas, mueras, versos alusivos, formaban porras alegres que ponían una nota de color en las calles grises.

Las casillas electorales habían sido distribuidas por zonas, y en cada una se encontraba apostada la policía vigilante, los soldados expectantes, y los políticos ventajosos que

ya desde por la noche, o por la madrugada anterior al día de las elecciones, habían logrado introducir en las ánforas la votación completa en favor de los candidatos oficiales.

La mascarada comenzó a las nueve de la mañana. Los hombres de los basureros sentíanse al fin importantes. Sus servicios habían sido requeridos especialmente para recorrer todas las casillas y votar repetidamente en favor de distintos candidatos a diputados, incluyendo naturalmente el que estaba apoyado por el Sindicato. Sentíase en el fondo de ellos como chicos traviesos en día de fiesta, irresponsables, divertidos; la alegría les retozaba en la sonrisa, y en los cantos de la revolución a la que ese día estaban traicionando. Dentro de su pantalón brincaba el dinero con que se les retribuía su "trabajo".

Inconscientes, alcoholizados, sólo llevaban dentro de sí el gusto inmenso de ser electores, y de que la resaca de la metrópoli, en ese día cuatro de julio llegara hasta el corazón de la urbe para elegir diputados, representantes del Congreso y del pueblo, que tendrían máxima autoridad, tanta autoridad o más que el mismo Presidente de la República...

En el fondo todo reía. La irónica verdad de que aquellos hombres serían utilizados para votar una, dos, tres veces, las que fueran necesarias para subsanar la indiferencia de la generalidad de los ciudadanos demasiado escépticos por lo que hace a las formas democráticas electorales de México; y la realidad absoluta de que eran los hombres de los basureros los que elegían a sus gobernantes, desde Presidente hasta diputados.

La algarabía, en los camiones, seguía creciendo, y los hombres lanzaban al aire su Ra, ra, ra, Quevedo vencerá.

En algunas casillas la música alquilada por los candidatos, rompían el aire con canciones en que el corrido campeaba por su buen humor y su ironía creciente.

Al referirse al Partido Oficial, y haciendo hincapié en la seguridad de algunos candidatos, la copla especificaba, burlesca:

"Nadie diga que es querido
ni aunque lo estén adorando;
que con un pie en el estribo
muchos se quedan colgando,
eso a mí me ha sucedido,
no diré que muy seguido
pero sí de vez en cuando".

En el cuarto distrito electoral se había lanzado por peteneras un periodista romántico, que era el contrincante del diputado candidato del Sindicato de Limpia y Transportes.

Fue inútil que se entablara la lucha. Los de Quevedo habían tomado sus medidas y los partidarios del periodista no pudieron depositar su voto.

En vano el periodista imprimió e hizo que circulara de mano en mano una acusación que sus partidarios le compusieron y que decía entre otras cosas:

“Que al que trabaja, le paguen,
y que al que pagan, trabaje;
que no haya quienes se enjuaguen
ni vivan de hacerse guajes.

Y así como es periodista,
en la guerra fue soldado
teniendo siempre a la vista
servir al desventurado, etc., etc.”

Cuando el periodista quiso protestar por las anomalías con que se estaban llevando a cabo las elecciones, fue secuestrado en unión de su notario público en la casilla del Cuarto Distrito, y para poder escapar de los muchachos de Limpia y Transportes, los prisioneros tuvieron que huir por la azotea de la parte trasera de la casa.

Los hombres de los basureros sentíanse poderosos: de ellos dependía la elección de congresistas, presidentes de México, la limpieza de la ciudad, y el orden público.

La botella circulaba de boca en boca, y los gritos estentóreos rompían el silencio de la calle:

- ¡Qué viva Quevedo!
- ¡Qué viva!
- ¡Qué viva el P. R. M.!
- ¡Qué viva!

Las esquinas se encontraban tapizadas con los retratos y propaganda de los diferentes diputados, que según las antipatías o simpatías del público, presentaban un aspecto lamentable en que las respectivas efigies carecían de ojos, boca, nariz, o la cabeza entera, presentando en vez de la fotografía, letreros alusivos no muy agradables para el interesado.

En cada casilla la fuerza federal y la policía vigilaban el orden. Los muchachos de Limpia y Transportes llegaban

en su camión, descendían del mismo a la voz de mando, y se presentaban, uno tras otro, en ordenada fila, a votar.

—¿Qué planilla?

Contestaban llenando la consigna, y firmaban al pie de la boleta electoral, con la huella de sus dedos. Pocos de los hombres de los basureros sabían firmar. Ni hacía falta. Los nombres de los votantes eran distintos en cada casilla, la huella digital era idéntica.

Los partidos independientes levantaban actas sobre las violencias de la elección; pero el partido oficial aplanaba las quejas, los descontentos, y la independencia.

Los diputados jugaban su candidatura en forma tal, que ya cuando llegaba la época de elecciones habían distribuido entre personas influyentes cuando menos veinte mil pesos. Todos esperaban resarcirse con creces al calor de los negocios futuros que efectuarían en la Cámara.

Los hombres de los basureros sentíanse importantes. Se les había ofrecido dinero por votar, y aceptaron. Después de todo, las elecciones eran algo semejante a la basura, era necesario recogerla, limpiar las calles, ordenar la ciudad; nadie sentía vergüenza por haber recibido dinero; era un trabajo acostumbrado y al día siguiente de la votación, cuando las calles estaban cubiertas de papeletas y de propaganda estúpida, ellos tenían que recoger en montones aquel desperdicio inútil en que muchas esperanzas, desilusiones, e injusticias quedaban como los papeles: tiradas en las calles.

Augusto contemplaba el espectáculo con curiosidad. El se encontraba en la casilla del Cuarto Distrito Electoral, y aun cuando a medias, lograba darse cuenta de muchas cosas.

La desilusión que experimentó era grande. No había tal democracia, tal libertad, tal deseo de mejoría. Los líderes amigos le aseguraban que sí; le decían cosas, le explicaban situaciones de vez en cuando, al dejarles un respiro pequeño el trabajo de ordenar las papeletas ya perfectamente planeadas con gente pagada para el objeto.

—Es necesario manejar a las multitudes. Necesitamos encauzarlas. Es indispensable apoyar a determinadas personas para que ellas continúen con la línea de política más conveniente para el país.

—Pero . . .

—Convénzase, las multitudes son como las mujeres. Están regularmente histéricas y no saben lo que quieren.

Julia, desde la acera de enfrente, seguía todo el proceso electoral como espectadora.

Le importaba su hijo y temía disturbios. Las elecciones siempre habían sido sangrientas en México. Era verdaderamente extraño que aquella mañana toda la metrópoli estuviera tan en calma. ¿Semejante quietud sería precursora de tempestad? El silencio era solo interrumpido por la algarraba de los trabajadores de Limpia y Transportes que cruzaban las calles aglomerados en los camiones. Cualquier otra manifestación de ciudadanía era letra muerta. Los hombres de México no iban a votar. Independientes y libérrimos, demostraban así su protesta por una carencia de la democracia; los anhelos de todos se reducían al deseo de vivir en paz, de no perder el trabajo, de contar con el diario sustento.

Extraño y mucho era que los sindicatos obreros en general también permanecieran indiferentes; y los sindicatos burocráticos; pero la resistencia pasiva a depositar su respectivo voto ordenado previamente desde los ministerios de Estado era una elocuente demostración de que la generalidad estaba inconforme con esta modalidad de lucha y silenciosamente protestaban. Si había ceses por la falta de votos, estos tenían que ser en masa, totales . . . Y no se podía paralizar el movimiento diario de las oficinas de Estado.

—¡Qué viva el P. R. M.!

—¡Qué viva!

Los vigilantes de las casillas electorales tenían que reportar a la jefatura de policía la forma regular en que estaba llevándose a cabo la votación.

—No hay novedad, jefe.

—Continúe la vigilancia, de acuerdo con las órdenes.

“De acuerdo con las órdenes” significaba hasta las doce de la tarde, hora en que cerrábanse las casillas de votación.

El jefe de la policía, unido a otros altos personajes vigilaba personalmente desde su automóvil que no hubiera novedad, es decir, muertos, heridos o trifulcas callejeras.

Al llegar el jefe de la policía al Segundo Distrito, se encontró con numerosos palos hacinados en mitad de la calle. Los gendarmes le informaron:

—Un truco de algunos partidarios de los independientes, que aparecieron en el extremo de la calle con una manifestación en que cada uno de los votantes portaba una efigie

de su candidato clavada sobre largo palo. Al llegar cerca de la casilla los votantes quitaron el retrato y enarbolaron los palos con ganas de atizar una golpiza a los partidarios del candidato oficial. Los gendarmes, al darse cuenta de la maniobra, pudieron detenerla a tiempo.

—¿Los llevamos presos?

—No, contestó el jefe de la policía; déjalos en libertad.

Los partidos independientes llevaban muchos años de intentar ganarle las elecciones al P. R. M., pero este formaba un monopolio de la política militante imposible de echar abajo; sólo cambiaban a veces de nombre, al ocupar la silla presidencial nuevo mandatario; pero la mafia continuaba existiendo y abarcaba desde los presidentes municipales, los gobernadores, los congresistas... toda una institución de podredumbre para coartar la libertad de voto y de elección... ¿Y para ésto, decían los hombres de México, para ésto hemos tenido treinta años de lucha, de revoluciones, y de sacrificios humanos?

En todos los Distritos Electorales se esperaba que de un instante a otro surgiera la chispa que provocara el incendio. Los opositores, los hombres ansiosos de libertad, continuaban en la lucha; deseaban la misma, y no eran amigos de la indiferencia; pero tenían instrucciones precisas de sus dirigentes: elecciones civilistas, nada de escándalos, que por primera vez la votación arrojara un saldo blanco...

Y así transcurrieron las horas; cuando dieron las doce del día, tiempo en que a todos les interesaba el diario sustento, fue como si cada segundo que marcaba este límite del tiempo, fuera un llamado para advertir que la tarea de votar había llegado a su término y que cada hombre que se traicionó a sí mismo era merecedor de la pitanza que lo convertía en el Sancho clásico.

En una que otra casilla las protestas de algunos civilistas perdíanse en la indiferencia de la calle; pero la mayor parte de los hombres, idiotizados, se dedicaron a comer.

Por la tarde, los políticos contaban los votos que previamente habían sido depositados en las ánforas electorales, que se vieron repletas después con la afluencia de votos comprados a los hombres de los basureros; contaban y contaban, y lo hacían tan bien y tan a conciencia que llegaron a convencerse de que todas aquellas papeletas con huellas digitales y nombres diversos significaban efectivamente la os-

tentación palpable de la voluntad del pueblo satisfecho de su elección y de su incontrastable soberanía; cuando más tarde hablaron con los candidatos oficiales, los pistoleros pudieron expresar sin ruborizarse: "Jefe obtuvimos cientos de votos".

Durante la noche, en los cafés, en los restaurantes de moda, se cruzaban los comentarios entre la gente que no obstante ajena a la podredumbre de la política, no estaba sin embargo indiferente a los acontecimientos.

—¿Qué tal las elecciones?

—Que tragicomedia . . .

—¿Tragicomedia, por qué?

—Hombre, porque la tragedia de hoy fue que ya nadie tomó en serio esta farsa, y la comedia tuvo lugar cuando los diputados se hicieron la ilusión de que realmente el pueblo los había elegido.

—¡Ay, que tiempos!

—Dentro de poco lo único que efectivamente nos quedará, son algunas piezas teatrales satíricas sobre el caso, y chistes que el anonimato no evitará que pertenezcan al pueblo.

—¿Ni un escándalo? No es posible . . . no es posible. Esto no es México.

—En efecto, dicen las gentes que México es tan maravilloso que por eso no es raro que sucedan ciertos milagros, como es el nacimiento de un volcán, el Parícutín; la muerte de un hombre que permaneció crucificado por sus aficiones de fakir comercial; y las elecciones pacíficas que pueden hermanar la paradoja de que aunque en México no existe la monarquía, tampoco reina la democracia y aun cuando el Estado no es totalitario tampoco sirve a la comunidad. Lo único que existe en México es el teatro, pero en tal forma y de tal índole, que por eso mismo el teatro común y corriente resulta de paga, porque el único que paga es el de la política militante.

—Y sin embargo, la revolución marcha . . . Y lo maravilloso, lo milagroso, consiste que aun cuando los vaivenes de nuestra política son semejantes a los temblores que conmueven los cimientos de la metrópoli año tras año, el fondo lodoso, y los murales de México nos salvan; los primeros, de la ruina a la metrópoli bella; y los segundos significaban las leyes de la revolución las tablas gigantescas de la ley de nuestro pueblo, que resisten inmovibles los duros giros

de la política. Allí están, en los murales, nuestros deseos y finalidades, y con retrocesos o con avances, México no se estanca; progresa, vive y palpita.

En las calles, durante el día de esas pacíficas elecciones en que los ciudadanos escatimaron su voto, los hombres tenían sobre las aceras calidades fantasmales.

XXIII

AQUELLA NOCHE, los hombres que se habían traicionado a sí mismos en los sagrados derechos de la ciudadanía, emprendieron la jornada hacia su hogar, después de haber ahogado sus penas en alcohol hasta un grado que llegaba a la inconsciencia.

Al día siguiente, hombres y mujeres de los basureros reanudaron su vida de costumbre, y nuevos cenicientos, se olvidaron del privilegio que les fue concedido al permitirseles votar muchas veces en favor de diversos congresistas, lo que en el interior los hacía sentirse hombres múltiples, muchos hombres sintetizados en uno solo, omnipotente: el votante.

Pero las cosas no habían terminado allí; barruntos de tempestad se extendieron por la metrópoli al agitarse las ansias y las ambiciones de los eternamente insatisfechos: los políticos.

Hasta los basureros llegaban las noticias: mítines de protesta de los independientes, manifiestos públicos de hombres aislados que denunciaban hechos concretos de anomalías nunca castigadas; y lo ridículo: huelga de hambre de un presunto diputado que deseaba obligar de esta manera a que se fallara en su favor un caso que ya por anticipado dábese como perdido. Lo de la huelga de hambre, hacía sonreír a todos; pero si en huelga de hambre, si en hambre perpetua se hallaba el pueblo en general, ¿qué efecto iba a ha-

cer, que un pobre diablo fuera devoto del ayuno?

Como a los ocho días de efectuarse las elecciones, les llegó la orden del Sindicato de Limpia y Transportes: las brigadas de choque formadas con los hombres de los basureros debía de movilizarse para sabotear hasta donde fuera posible el segundo mitin que iban a llevar a cabo los miembros de los partidos independientes.

Desde las siete de la noche, empezaron a formarse grupos de hombres vestidos miserablemente, en las afueras de donde se llevaría a cabo el mitin. Los hombres de los basureros fueron entrando por insospechados lugares y ya en posesión de las graderías sisearon y silbaron a todos los oradores.

Al fin llegó el momento en que el escándalo fue tan morrocotudo que la policía no tuvo más remedio que intervenir, y aprehendió a unos cuantos para disimular su parcialidad para con los grupos de choque.

Entre los aprehendidos estaba Augusto. Visitó la delegación misérrima y desmantelada, en que hombres cansados por una burocracia enfermiza, le tomaron sus declaraciones. El, como todos los otros, negó hechos evidentes, que jamás se pudieron comprobar. A los dos días se encontraba de nuevo en la calle.

En el fondo de su alma experimentaba una sensación curiosa, como de un desánimo, de una falta de fe manifiesta que lo hacía sentirse un hombre enfermo y un poco viejo, a pesar de su juventud.

Las dudas se empezaron a señorear de él. Estas se acentuaron cuando vio a uno de los líderes del sindicato tratar un poderoso automóvil que se escrituró a nombre de la esposa. Luego indagó más detenida y hondamente, en diversas direcciones, entre los viejos hombres de los basureros que sabían mucho y eran escépticos. Si, era cierto. Los líderes se habían enriquecido. Pudieron haber obtenido la consecución que los facultara a industrializar la basura; pero cuando ya se habían iniciado arreglos satisfactorios a últimas fechas habían cedido los derechos de los trabajadores por algunos miles de pesos. Los líderes eran alguna vez hombres honrados, gente buena, honesta; luego, al adquirir el poder, o se volvían locos con éste o se convertían en ladrones. Así andaba el sindicalismo.

Y llovieron ejemplos: las casas de la calle X, eran de fulano; los negocios de la casa Z, eran de mengano. Negocios,

negocios . . .

A cada palabra, Augusto sentíase enfermo de náuseas y de asco. Era como si golpes de mazo le rompieran algo que había llevado muy dentro desde hacía muchos años.

Y por último, el golpe definitivo se le asestó cuando se le dijo: ¿Y tú sabes cuánto ha enriquecido a los dirigentes apoyar a varios candidatos a diputados? No menos de veinticinco mil pesos . . . Nosotros, en cambio, sólo recibimos cincuenta centavos, un peso, cuando más.

—Yo no he recibido nada, contestó orgullosamente Augusto, he votado, he encauzado a las multitudes inconscientes.

—Puede ser, le contestaron. Pero en realidad, si eso has hecho, eres un tonto; los demás obtuvieron bastante dinero.

Desde aquel día Augusto meditabundo, inclinada la cabeza, visitó con frecuencia la cantina. Toda su mente era un caos, y en medio de su incertidumbre no tomaba decisiones concretas para remediar la situación reinante. Luego dejó de beber. Pensó que aquello era una actitud cobarde, ínfima, que no merecía sino desprecio. Había que ser fuerte.

Consultó el caso con Julia. Ella guardó silencio. Sabía muchas cosas desde que Damián la había acompañado por la vida. Cierto que él nunca se las comunicó por orgullo, pero hasta ella llegaron por conductos siempre indirectos.

Ahora sólo quedaba una sola cosa por hacer, y después de meditarlo varios segundos, le dijo a su muchacho:

—¿Y tú crees en las teorías de la igualdad, etc?

El aprobó con la cabeza, luego mirándola fijamente a los ojos, le dijo: Madre el que haya malos líderes no quiere decir que las finalidades y los principios sean inútiles y perjudiciales. Los ideales sólo pugnan por el bien. Mis ideales . . .

—Y entonces, ¿qué esperas?

—¿Qué espero?

—Sí, enfrentate, lucha, derriba. No se puede crear sin destruir. Se lo dije muchas veces a tu padre.

—Madre . . .

—No vaciles.

No vacilo. Sé, no ignoro que puedo perder la vida. Sería triste que te quedaras más sola de lo que ya estás.

—Nunca he estado sola.

Augusto besó a Julia. Ella se tragó sus lágrimas, pero una fuerza interior, que la obligaba desde hacía años a la lucha,

y que la hacía encontrarse en ésta como en su propio elemento, la obligaba a ver las cosas de frente y en línea recta. No era ella sola; muchas madres de México han hecho lo mismo en horas de convulsión y de prueba. Ella era sólo una mujer más. Modestamente lo sentía así, y compenetrada de su misión, su sentido del deber no la hacía apartarse del camino trazado.

Augusto se despidió de su madre. Se lanzó a la calle, llegó hasta el sindicato, sesionó con los trabajadores vacilantes, débiles, amorfos. Su grito se perdía, no era escuchado. Con desesperación llegó al supremo recurso: entrevistó a los propios líderes. Al principio, lo escucharon tolerantes, le prometieron abrir una investigación. Los días pasaron y ésta no se llevaba a efecto. La insistencia de Augusto tornóse molesta, luego, insoportable.

Esto sucedió cuando lleno de rebeldía, amenazó con denunciar públicamente todas las componendas de los líderes con los politicastos; amenazó con desenmascarar públicamente a los ladrones, a los que traficaban ya no sólo con el hambre del pueblo, sino con los ideales más sagrados como son la justicia, la libertad de pensamiento, la libertad de la palabra, la libertad de elección . . . Abofeteó con casos concretos a los líderes: muchos hombres habían sido expulsados del sindicato por criticar severamente hechos punibles.

Aquello, todo aquello era demasiado. Los líderes se fatigaron al fin de oír lo que calificaban impertinencias de aquel jovenzuelo audaz. Y misteriosamente se dio la orden, cierta orden que sólo tenía un fin: eliminarlo.

Esto sucedió cuando se supo que ya Augusto había mandado imprimir declaraciones para fijarlas en todas las esquinas de las calles.

No, tal cosa no podía permitirse; era una rebelión absurda e injustificada en contra del sindicato; era no tener conciencia de clase; ni concepto debido sobre lo que era revolución.

Y una noche, cuando Augusto caminaba rumbo a su casa, le salieron al paso unos amigos; lo invitaron a una cantina, y allí se inició premeditadamente una discusión; dos veces se le gritó traidor y aquello le encendió la sangre; su mano se levantó en alto para dejarla caer sobre la boca mentirosa, pero el pistolero de paga, anticipándose a la acción, desfundó la pistola, y del cañón oscuro salió la lumino-

sidad mortífera de una bala.

El cuerpo de Augusto se derrumbó, lacio y sin vida. De su boca entreabierta escapó la sangre a raudales. Los asesinos se desbandaron y el cantinero temiendo complicaciones, dijo que todo había sido motivado por una riña y que desconocía a los agresores.

Después de unos días de investigaciones superficiales, el silencio... El cadáver de Augusto fue trasladado al anfiteatro, para su autopsia. Allí estaba, con la caja del cuerpo abierta desde el esternón hasta la pelvis.

Nada lo diferenciaba, absolutamente nada de otros hombres delincuentes o pobres de solemnidad que mostraban, como él, sus entrañas al desnudo: eran las mismas vísceras: corazón, pulmones, intestinos... Aquel revoltijo sanguinolento era la armazón del cuerpo, la demostración palpable de que los hombres no son muñecos rellenos de serrín.

Y sin embargo, eran tan iguales por dentro, y tan distintos... Los órganos de Augusto no se diferenciaban en otra cosa de los restantes más que por el hecho de pertenecer a un hombre joven y sano.

El anfiteatro presentaba el espectáculo de tres cadáveres destrozados. En vida, los ahora muertos habían sido gente pobre, con vidas poco interesantes; sólo de vez en cuando visitaba el anfiteatro el cuerpo de un hombre llevado a la muerte por un acto de pasión; pero para saberlo, había que revisar su expediente en la comisaría; a los estudiantes de medicina sólo les llegaba la orden de la autopsia.

Durante tres días el cadáver de Augusto, abierto en canal, quedóse insepulto. Sí, todos los hombres estaban igual por dentro; pero el alma, ese soplo divino que convierte a los hombres en poetas o en libertarios, en rebeldes o en ascetas, ¿en dónde estaba? ¿En qué sitio residía?

Julia después de saber la muerte de su hijo, llegó a buscar el cadáver al anfiteatro; su cuerpo alto y enjuto, enlutado, se deslizó dolorosamente por entre la fila de cadáveres; al primer instante sus ojos casi petrificados y ciegos por la pena, se perdieron hundiéndose en las entrañas sanguinolentas, iguales, dolorosas, puestas al descubierto sobre las planchas blancas de las mesas del anfiteatro. ¿Cuál sería su hijo?

¿Aquél? ¿Aquél? ¿Aquél? Por un instante su dolor vaciló ante la dura prueba. Luego, firme y segura, avanzó: acercó-

se hasta la cara torcida y descompuesta por el último gesto. No, aquél no era. Vio otros cadáveres. Al fin llegó al que le pertenecía. Sepultando sus lágrimas que flotaban dentro de ella como cientos de cadáveres descompuestos que le empalidecían la cara, Julia reconoció a su hijo. Su mano piadosa le cubrió los ojos en un intento supremo de cerrarle para siempre los abiertos párpados; pero fue inútil. Los ojos, buscando, perdiéndose en otro mundo mejor o peor, estaban abiertos en asombro, desmesuradamente abiertos ante el misterio de la eternidad.

Luego se le dijo que no podía recoger el cadáver. Había que llenar determinados requisitos.

Las ansias de libertad, de justicia, de igualdad de un hombre idealista habían quedado reducidos a escombros. Julia cargada de pensamientos y de pena, se dispuso a recorrer entero su vía crucis, llevando a costas su sacrificio; pero dentro de ella se alzó la voz poderosa e impercedera de la lucha perpetua: continuaría la obra de su hijo y de su marido, formaría sindicatos auténticos, terminaría lo que ellos habían iniciado. Todo era tierra virgen, y en su espíritu existían los mejores elementos de lucha. Ni Augusto ni Damián habían muerto. En su corazón ellos vivían y fructificaban.

Ya en los basureros se le dijeron algunas cosas: la tempestad se había desatado, reinaba la agitación en todos los sectores políticos.

Todo México, trepidante, anunciaba la tempestad después de los días de aparente serenidad límpida.

A la mañana siguiente se instalaría el Colegio Electoral en el Congreso y se discutirían los casos de hombres descontentos que pelearían enconadamente por la posesión de una curul.

Muchos no habían perdido su esperanza; y contaban con fuerzas que los respaldaran.

Había que ver, se verían muchas cosas. Durante las horas hábiles Julia se dedicó a hacer todas las gestiones necesarias para recoger el cadáver de su hijo; pero dentro de ella se alzaba semejante al mar embravecido, la impetuosidad de una sola palabra con todas sus consecuencias: lucha.

Sucediera lo que sucediera, ella sólo sabía una cosa: había que estar de pie. Y rápidamente tomó la decisión de que su hijo, su amado hijo, sería enterrado también en esta forma.

XXIV

SE HABIA ROTO la calma. El México rebelde, el México libertario, estaba de nuevo efervescente. Aquella mañana gris del mes de agosto en que un hombre de la basura había muerto por amor a la libertad, otro hombre se levantaba en la tribuna del Congreso pidiendo justicia.

El grito libertario no se había roto, y permanecería su eco constante hasta que nuevos gritos lo sustituyeran por otros más poderosos que pedirían siempre lo mismo: libertad de pensamiento, de acción, de elección.

El cuerpo de Augusto permanecía en el anfiteatro y todavía no era cubierto por la tierra cuando un nuevo ser clamaba porque el derecho de los hombres de bien fuera respetado.

Nadie podía haber pensado que aquel hombre pequeño, de tez blanca y voz firme iba a sentar, desde el recinto solemne del Congreso, un ejemplo al mundo; contribuyendo con el sacrificio de sí mismo en su lucha por la libertad.

El Colegio Electoral estaba reunido en la Cámara de Diputados y todos los asistentes se encontraban dispuestos a "discutir" los casos más difíciles, aquellos que desde un principio estaban desechados; en la sala reinaba la seguridad de los que oficialmente habían sido electos, de los que contaban con influencias poderosas. Otros, los hombres que se hallaban en entredicho, se revolvían inquietos en sus asientos; algunos habían sabido desde el principio que su

elección (?) era imposible; pero habían recibido la recompensa monetaria por prestarse a desempeñar su papel en la farsa.

Nadie podía haber pensado que el licenciado Meixueiro cuando pidió que se reservara para su discusión en la sesión del bloque de presuntos el caso del Segundo Distrito Electoral de Oaxaca, llevaba ya la determinación de cortarse la existencia. Nadie imaginó que cuando escribía unas notas desde la curul que ocupaba, en la cuarta fila de asientos camarales, eran las últimas líneas para su esposa; todos suponían que preparaba apuntes para ordenar su discurso.

Desde las diez horas de la mañana, la multitud se agolpaba a las puertas del Congreso, pugnando por entrar a sus galerías, las que minutos después fueron llenándose poco a poco con elementos de diversas secciones del Sindicato de Trabajadores de Limpia y Transportes. También se colaron núcleos independientes, y otros que pertenecían al elemento oficial.

Desde esa hora, hasta pasadas las doce del día, las galerías aquellas semejaban las de una plaza de toros, o las de un campo deportivo.

Tardaban en llegar los líderes de las mayorías de presuntos, pero al fin su presencia fue sancionada por los aplausos de sus partidarios.

Exactamente a las 12:25 horas se pasó lista de asistencia, en medio de la algarabía general.

El presidente del bloque hizo una exhortación a los presuntos apelando a su cordura y sentido de responsabilidad para que su actuación tendiera a vindicar la Cámara, elevándola a planos superiores evitando proferir palabras que motivaran desorden, pues éste sería un torneo de caballeros. Y luego pidió a las galerías se abstuvieran de tomar parte en los debates.

En seguida se informó que iba a darse lectura al dictamen formulado por la quinta sección de la Primera Comisión Revisadora de Credenciales, integrada por tres de los presuntos.

El dictamen era breve. Decía que los casos que se enumeraban habían sido resueltos por no haber ninguna causa que originara duda o motivo de rectificación; que en consecuencia, eran válidas las elecciones en los diferentes distritos con excepción del de Oaxaca, callándose lo que motivó la nu-

lificación o sea que a última hora se le enfrentó al candidato Meixueiro un general con suficientes influencias para desbancarlo.

Desde la curul que ocupaba en la cuarta fila de los escaños que estaban colocados al lado izquierdo del hemiciclo de puertas adentro, la figura bajita de Jorge Meixueiro se elevó de su asiento para pedir el uso de la palabra y decir que separaba el caso del Segundo Distrito de Oaxaca, para su impugnación.

Fue a la tribuna el licenciado Meixueiro. Con voz tranquila inició su discurso: "Compañeros presuntos diputados: quiero hacer honor a mi carácter de miembro de la Confederación Nacional Campesina, uno de los sectores del P. R. M., y tratar de elevar este debate, como nos lo ha pedido el presidente de nuestro bloque.

Sé, porque no soy un novato en estas cosas, lo que significa el silencio que se advierte en los camaradas, y ese gesto un poco trágico, podríamos llamarlo de este modo, cuando se ve al compañero que trata de pugnar por hacer válido su triunfo, este sí, de elección popular; sé que todos tienen por disciplina con el partido oficial, que votar en mi contra, y sé también que tratar de destruir eso, sería cosa pueril de mi parte, porque significaría desear derretir con la lumbre de un cerillo la nieve de un volcán.

Sin embargo, deseo exponer algunos antecedentes respecto de mi caso, porque a ello me obliga en primer lugar el legítimo triunfo que ostento, la credencial limpia que entregué a esta Cámara, y el voto sincero y entusiasta que vino respaldando a esa credencial, emitido por los compañeros campesinos y mineros, y en general por todos los trabajadores del Segundo Distrito de mi Estado.

Dentro de un sector campesino en el cual mi modesta actuación es conocida, sirvió mi postulación para uno de los distritos correspondientes a ese sector, dentro de las elecciones internas del Partido. Lo puede decir mi contrincante, a quien en lo personal estimo tan bien como él lo sabe; fue respaldada esa postulación y celebradas las elecciones internas del partido que se tuvo a bien sancionar esa elección y salió candidato el que habla sin perjuicio de que por influencias de mi contrincante, se decidiera a pesar de mi triunfo, sacrificarme.

Cuando se me sacrificó, mi primera declaración, aún con-

siderando que se trataba de una injusticia enorme, mi primera declaración fue ante el Partido para decirle que estoy consciente con las organizaciones sociales, y sobre todo, con las organizaciones sociales y políticas de la Revolución que crecen y se imponen en el ánimo del pueblo no sólo por los triunfos que obtienen los miembros de ella sino también por el espíritu de disciplina y el afán de sacrificio en beneficio de la colectividad, que nos lleva en muchas ocasiones a aceptar cosas injustificadas; yo traía un programa de trabajo que ya fue esbozado en el seno de nuestro sector, del sector campesino, en beneficio de una manera especial para la gente de mi distrito pero también en beneficio de todos los núcleos campesinos del país.

Por desgracia, no es posible para mí en esta ocasión llevar a cabo ese programa, y no es que venga en un plano de derrotismo; no es que venga con el afán de indicar que esté vencido. Antes al contrario, trato de hacer ver la justicia de mi caso; pero conozco perfectamente lo que es el ambiente de estas asambleas, y sé que estoy picando con un clavo sobre una montaña. Mi contrincante puede llevar el orgullo de que todas esas gentes que estaban esperando el triunfo de mi representación están esperando también una fecunda labor para mi distrito durante su actuación. Yo quiero quitarle a su elección hasta la venganza de las características que ha venido teniendo, porque deseo entregarle, a través de esta tribuna, el voto esperanzado de los pueblos de la región a la que yo debía representar. Esa región no es una región cualquiera, se trata de la región de la Sierra de Juárez, en donde surgió el Benemérito de las Américas y en donde cada una de las comunidades tiene ansias de entender, oigámoslo bien, de entender la Revolución, de amarla, de quererla, y de hacer por ella el mayor esfuerzo que un núcleo campesino pueda realizar. En una región que anhela tener un papel y su lugar dentro del núcleo revolucionario y dentro del conglomerado social; cada una de estas comunidades indígenas y mestizas representa un núcleo de soldados para la Patria; de gentes que tienen ansias de servir a nuestro país en todos los órdenes de su vida; que desean que se les atienda y que se les escuche en sus peticiones; son gente honrada. Están constituidos ahora en batallones, en brigadas de la Sierra de Juárez, listos para tomar parte en la contienda mundial en pro de la libertad.

Recuerdo señores presuntos que la primera vez que actué como diputado, hace años, bajé en hombros de esta tribuna. Entonces fui oído y triunfé; ahora es cuestión de honor para mí el que se reconozca mi legítimo triunfo; no es una simple cuestión electoral y política; es una cuestión de honor, una cuestión de dignidad.

Por esa sencilla razón, empeñé mi palabra de honor, absoluta, completa, íntegramente, seguro de que yo hacía honor a la Revolución y que no podía ser otro el representante de mi Distrito y puesto que no puedo yo en esta ocasión cumplir con esa palabra de honor empeñada, quiero esgrimir el último argumento y salir de aquí . . . ”

Diciendo ésto, y ante la espectación de todos a quienes el gesto de Meixueiro cogió de sorpresa, sacó rápidamente la pistola de la bolsa derecha de su saco, y apuntándola a la bóveda palatina, disparó el balazo que le atravesó el cráneo.

El estallido de la bala retumbó en el silencio de la Cámara, antes de que nadie pudiera impedir el hecho. Sonó el disparo, cayó el cuerpo inanimado del joven político. La mayor espectación se apoderó de todos. Las galerías aterrizadas reaccionaron y lanzaron gritos ofensivos y acusatorios. Rápidamente subieron hasta la tribuna donde yacía Meixueiro, algunos diputados. Se hicieron desalojar las galerías y se avisó a la Cruz Roja. El cuerpo yerto del joven político fue llevado hasta la ambulancia por varios doctores y todos los congresistas parecían estar poseídos de honda angustia. El “chanchullo” electoral había sacrificado a un hombre.

La emoción anudaba las gargantas. Cuando dos o más hombres se hacen fuego mutuo después de alguna discusión acalorada, la impresión seguramente es distinta; pero ver a un hombre lleno de vida sonreír, dar la impresión de un estado normal absoluto y que serenamente, sin aspavientos, saca su pistola y se dispara un tiro, como única y más terrible protesta contra la injusticia que anuló sus derechos, es algo impresionante.

Como clavados en su sitio quedaron numerosos políticos y varios no acertaban qué hacer, adónde ir. Luego se supo que antes de morir, antes de penetrar en la Cámara, el diputado Meixueiro llevaba su decisión hecha, y fue por esto mismo que envió breves líneas a su esposa, despidiéndose de ella para siempre; fue luego cuando también se supo que

el presunto diputado estaba en la más absoluta miseria, y que su vida honrada y modesta que desarrollóse constantemente en la política, no pudo producirle más que deudas.

Sobre la sangre fresca que empurpuró la tribuna, uno de los diputados, todavía no repuesto de la trágica visión del valeroso suicida, sólo pudo comentar, refiriéndose al dictamen que le había arrebatado su legítimo triunfo a Meixueiro para cedérselo a un general con influencias: "Es una vergüenza para la Revolución que haya dictámenes como éstos . . ."

Afuera, mientras que la ambulancia donde iba el cuerpo de Meixueiro se alejaba, el pueblo indignado, reivindicado en sus ansias de libertad, afirmado en sus perennes deseos, ya no tuvo indiferencia: la multitud apiñada, frenética, gritó: ¡Abajo el monopolio político! ¡Viva Meixueiro! ¡Viva México!

XXV

ALLI ESTABAN los dos cuerpos: el del presunto diputado y el del joven hombre de los basureros; ambos idealistas, y ambos sacrificados.

Entre los dos ya se había roto el nexo que fue el lazo que los unió en vida: uno, queriendo salvar a los pobres de la miseria; el otro, deseando arrancarlos de la pobreza.

Iguales en su humanidad: hombres, sólo hombres con toda su carne expuesta a la podredumbre; pero su grandeza, la divina chispa que convierte a los hombres en dioses y los obliga a transformar el mundo quedó regada en el vientre de la tierra, en la entraña y el espíritu de la humanidad, como simiente fecunda que fructificará en los climas propicios del espíritu libertario de los hombres.

El México de maravilla seguía en pie. Estaba en pie. Sólo en este país de paradoja y de genialidad se efectuaban hechos tan grandiosos y tan bellos como el suicidio de un hombre debido a que su caballerosidad empeñada en la palabra de honor de obtener para los suyos la justicia que venían exigiendo desde siglos, no podía ser cumplida; sólo aquí podía tener efecto el que un hombre de los bajos fondos quisiera purificar con su rebeldía la máquina arrolladora y perversa del sindicalismo convertido en monopolio.

Allí estaban en el anfiteatro: el hombre que aspiraba al Congreso y el hombre de los basureros que ansiaba una vida mejor para los suyos; identificados al fin, hermanados por

el mismo ideal, sin haberse conocido jamás; ambos hablaron el mismo lenguaje.

Meixueiro y Augusto lucían sus entrañas sanguinolentas, sus vísceras nobles, y su inmovilidad lograda después de su vida meteórica en que un hombre llega a romperse, a deshacerse, pero sólo cuando ha lanzado su llama y su luz.

Mientras que Augusto tuvo que permanecer durante días insepulto, Meixueiro sufrió la autopsia en unas pocas horas; y al fin, por la misma puerta del anfiteatro penetraron los familiares de ambos muertos: mujeres dolidas a las que sólo quedaba en la boca el sabor de la ceniza y en el corazón el fuego del cariño.

Ajenas al mismo lenguaje que hermanó a los muertos, la madre y esposa de Augusto recogieron el cadáver; la esposa de Meixueiro el cuerpo amado de su marido.

Los volvían a separar materialmente, y ambos reposaban en mundos distintos: el uno, en el seno de un hogar de la clase media; el otro en las raíces mismas del pueblo.

El entierro se efectuó al día siguiente, y de nuevo el mundo estableció diferencias: mientras que bellas coronas y cintas moradas y negras adornaban el féretro del congresista, una caja sin pintar era toda la cubierta del cuerpo de Augusto; pero ambos eran llevados en hombros amigos; aunque el amor fuera la raíz inspiradora, en uno, en Augusto, se agregaba al amor la falta de dinero para costear un entierro en que luciera la carroza su lujo póstumo.

Llegaron ambas familias al panteón, como extrañas; cada una cobijadas, amorosamente con su propia pena. Aunque ésta era la misma, nadie miraba a otra parte que al pozo siempre hecho a la medida que escondería para siempre el cuerpo amado del ser que abandonó la existencia. Todo límite de clase distinta quedaba prohibido, y la indiferencia para el dolor ajeno ante la profundidad del propio, era un hecho evidente.

Junto a la tumba de Meixueiro los amigos dictaron bellos discursos, oraciones fúnebres lubricadas por lágrimas salobres; junto al cadáver de Augusto, su madre y su esposa estaban a la orilla misma del sepulcro mientras que hombres de los basureros, sucios y harapientos, deslizaban poco a poco la caja hasta su prisión perpetua.

El viento acariciaba el rostro seco de Julia, de cuyos ojos, como siempre, no brotaba el llanto.

Mientras su cuerpo enjuto se mantenía anhiesto, vigilaba que su hijo envuelto en su modesta caja de madera, descendiera hacia la tumba en línea vertical, como había vivido.

Al fin la caja fue colocada en tierra, y ésta empezó a cubrir la parte superior donde quedaba la cabeza del muerto.

Cuando la última paletada de tierra ocultó el cuerpo para siempre, las manos de Julia extendieron amorosamente la tierra. Pero aunque aquella acción borraba a un hombre de la vida; aunque las palmas de las manos en su ir y venir eran semejantes a las de los niños jugando con la arena, las situaciones habían cambiado, y el gesto de Julia era parecido al del agricultor que apisona la tierra donde ha puesto la semilla que fructificará mañana.

XXVI

PASADA LA CONMOCION de los primeros días, todo recobró su calma. Las calles presentaban su mismo aspecto, y las gentes deslizándose sobre el asfalto gris, tenían en los rostros el gesto indiferente de los seres que no padecen una tristeza profunda ni una alegría excesiva: signo inequívoco de las personas que vegetan.

En el mundo nebuloso de los basureros, los hombres continuaban inclinados, casi unidos a la tierra por fibras ancestrales que eran semejantes a raíces indestructibles.

Todas las mañanas, como siempre, el camión de la basura aparecía en lontananza, y los desperdicios de la ciudad se volcaban en los suburbios donde los desperdicios humanos los recogían para que los políticos y los negociantes transformaran aquella basura en materia prima con la que florecían muchas industrias que a su vez significaban fuentes de trabajo para infinidad de hombres y mujeres.

Aparentemente las cosas seguían igual; pero en el fondo de cada individuo algo se elevaba y nuevos germenés de rebeldía darían su floración de sangre en futuras elecciones, en mítines políticos o en juntas sindicales; y de la violencia de estas manifestaciones, dependía el milagro de una transformación: la transformación de la miseria en grandeza, y del servilismo en libertad.

Claro que todo eso no podía verse en la superficie, pero estaba allí, latente, como una corriente subterránea que es-

tallaba al fin en fuego, como de la tierra seca brotaba muchas veces la flama amenazadora de los volcanes en erupción. Esta misma corriente, esta misma palpitación anhelante vibraba en el mundo, en unos lugares más acentuadamente que en otros; en un sitio impulsado a todos los hombres; en otro lugar empujando sólo a un puñado de individuos; pero marcando siempre etapas importantes para la humanidad.

En la mañana gris, los hombres de los basureros se extendieron como siempre en distintas direcciones: en las calles y en los montones de basura de La Morena; en las barredoras motorizadas, en los camiones... y así recorrieron la ciudad iniciando su diaria tarea de limpieza; de estos seres del pueblo nacería periódicamente también otro deseo de limpieza superior y entonces sacrificarían vidas y familia, en actos revolucionarios depuradores.

La hez del mundo, los hombres del pueblo en todas las naciones han hecho lo mismo; son hombres que significan basura para los reyes del dinero o del poder, y sin embargo, ellos son los que marcan etapas y transformados en la lucha, se convierten en prometeos de la libertad.

La familia de Julia, una de tantas miles en el mundo, continuaba su trabajo incoloro; y allí, al parecer, no había sucedido nada. Pero Aurelia iba a dar luz, y un nuevo brote del árbol fuerte que había tenido sus raíces en Julia y Damián estallaría en luces de colores como su padre, como su abuelo, como su tatarabuelo; era la rama escogida, que fructificaría en el campo inmenso de los desperdicios, abonada con la basura de todos los rumbos, con la levadura de todas las injusticias de donde recogió su sabia inmensa y purificadora.

En la casa nadie nombraba al muerto. Julia se levantaba enérgicamente como todas las mañanas, y se dedicaba, en unión de los suyos, al trabajo. Había convertido su existencia en un apostolado: el hacer el bien ya era algo más que un gusto; era una tarea de la nueva religión a la que se dedicaba con alma y cuerpo: crear prosélitos, formar un sindicato, un sindicato de verdad, en que ni la cláusula de exclusión, ni las maniobras políticas pusiera candados en la boca de los hombres.

Durante muchas mañanas, los habitantes de los basureros que efectuaban el aseo de las calles, recogieron en sus botes

de hojalata lo único que restaba de aquella etapa en que dos hombres se habían sacrificado: los carteles electorales fijados en las paredes de México y que después de los días de lucha, habían sido arrojados sobre el pavimento para ser sustituidos por otros que anunciaban funciones de teatro, mítines, películas. . .

Las calles, muchas calles, lucían sobre el suelo la vieja propaganda electoral de los carteles en que las promesas de un mundo mejor, de justicia y de libertad, de retratos de candidatos, de nombres de partidos políticos, estaban impresas en papeles corrientes, con letra bañada en tinta roja, azul o negra.

Poco a poco esta propaganda iba siendo colocada en los botes de la basura; pero los verdaderos carteles de México, aquellos que serían inmortales, los murales-pictóricos hechos por los grandes artistas quedaban allí, incólumes, imborrables, resistiendo al tiempo y a las conmociones políticas.

Así como jamás sufrieron cuarteaduras cuando fueron zarandeados por los terremotos imponentes y lograban salvarse por el fondo de lodo que servía de cómodo colchón a los edificios de México que sólo se inclinaban en vaivén como barcos sobre mares en calma así tampoco perdían su interés, su eterno interés humano al ser estremecidos por los temblores de la política sostenida por el lodo de los procedimientos pero también por la hez del pueblo sobre la que los grandes ideales sustentados por los pobres de solemnidad, por los hombres sinceros, y por la juventud esperanzada no se destruían. México se bamboleaba, pero no se caía. Todo se conmueve, pero nada se derrumba.

En la mañana gris, el papelero, con su propaganda política llenando su bote de hojalata con los desperdicios de la propaganda política, levantó los ojos para contemplar aquellos murales históricos en que la revolución, las verdades del pueblo de México, los anhelos más grandes y las ambiciones más hermosas quedaban plasmados para siempre; allí estaban los carteles del pueblo hechos por los únicos profetas que ellos amaban y que no los traicionaron jamás porque los unía el sacrificio de la obra creadora: y el milagro: la revolución.

Algún día el sueño de los pobres, de los miserables, el sueño de los hombres de buena voluntad que moran sobre la

tierra, se tornaría realidad. Mientras esa hora de redención llegara, era necesario, inevitable, sepultar los mejores sueños bajo los sepulcros formados con basura; pero sobre ésta seguirían levantándose los carteles de los murales pictóricos como proclamas de maravilla lanzadas perpetuamente en arena rebelde al pueblo.

Y el lodo de México, una vez más, se transformaría en lava. El fuego de los volcanes revolucionarios inundaría la tierra, purificándola . . . ¡México arde!

En ensayo y biografía, Magdalena Mondragón tiene editados "*México pelado pero sabroso*"; "*Los presidentes dan risa*"; "*Saludo a la vida*"; "*Cuando la revolución se cortó las alas*"; "*Intento de una biografía del general Francisco José Mujica*"; "*El dedo en la llaga*".

Como puede apreciarse, Magdalena es una prolífica escritora y casi todas sus obras han obtenido especiales menciones de la crítica y todas un éxito literario.

"*Yo, como pobre*", constituye un tesoro para los laguneros y los mexicanos, pues amén de relatar los hechos novelados de la vida de un sector característico, marca el éxito de una escritora que ama a su patria y la enaltece con sus escritos.

800. 863

Ediciones del R. Ayuntamiento de Torreón 1985-1987

Lic. Manlio F. Gómez Uranga

Presidente Municipal